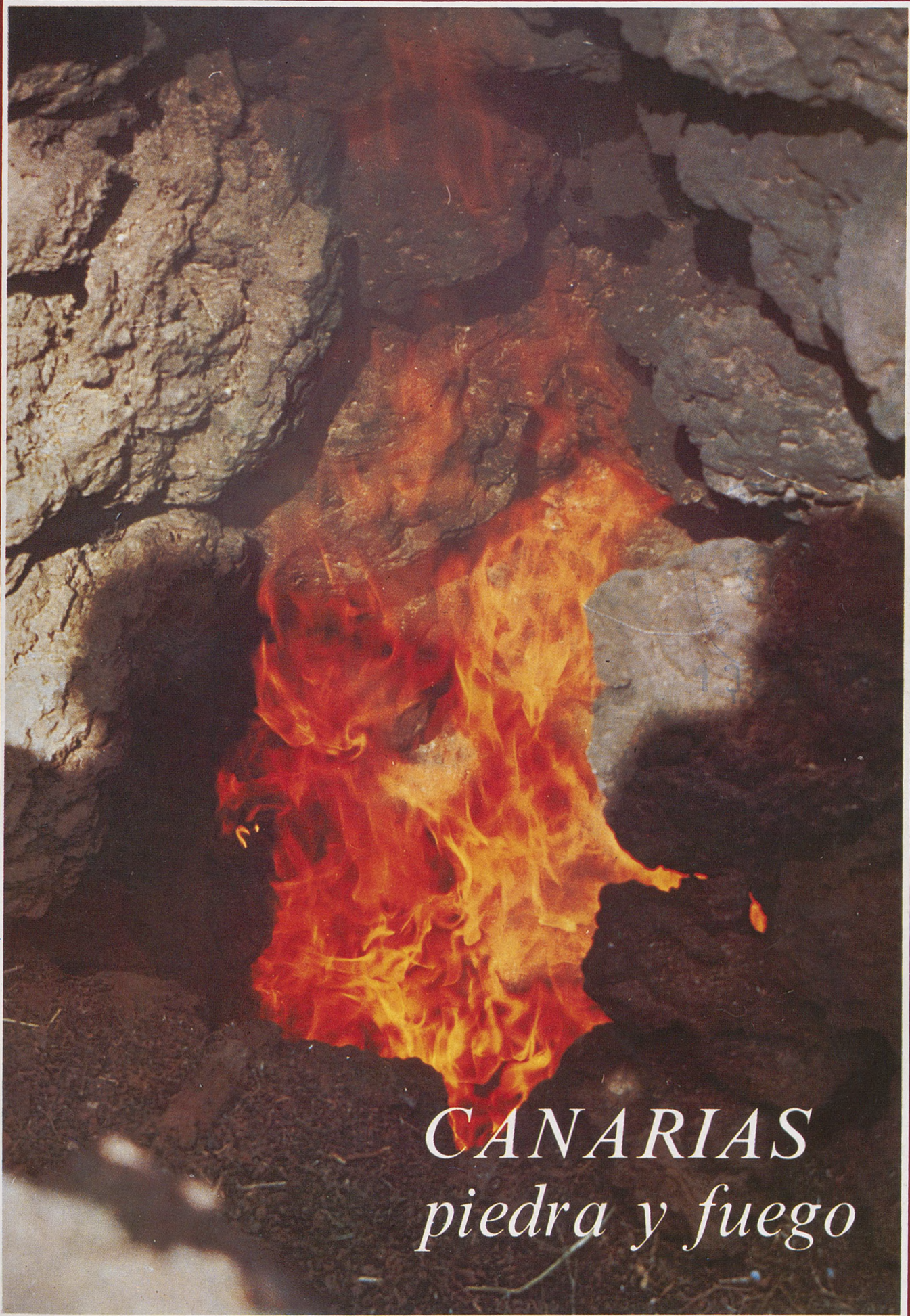
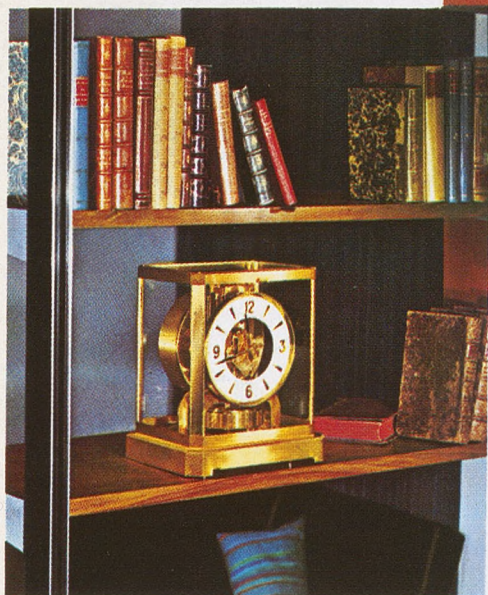


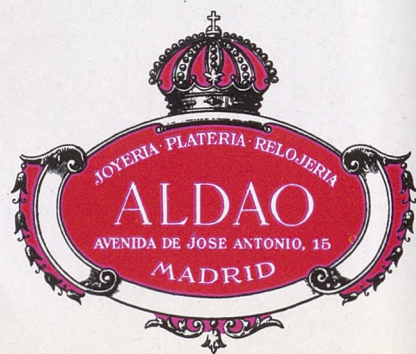


CANARIAS
piedra y fuego

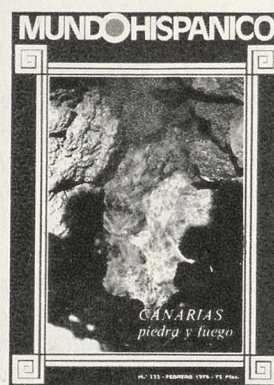


JAEGER-LECOULTRE

Un regalo que ocupa siempre el sitio de honor:
ATMOS, el reloj que vive del aire del tiempo.
Funciona sin pila ni corriente eléctrica. Es eterno.
Toma su energía de las variaciones de la temperatura.



Como a mitad de camino entre España y América existe el júbilo sufrido en unas Islas Afortunadas de cuyas cuevas en la tierra brota fuego como simbolizando el coraje y la energía de una raza atada a la península con vínculos de amor apasionado y en cuyas arenas encuentra voluptuosidad y ocio media Europa. Las Canarias no sólo son descanso sino una ilusión de paisaje y de paisanaje hecho compromiso histórico. En medio de todo camino por el mar la fuerza y la dulzura de Canarias.



SUMARIO

Cartas al director	4
Canarias, piedra y fuego	5
Canarias, puente entre dos mundos	20
Entrevistas	
Jesús Fernández Santos	41
Francisco Nieva	58
Horacio Guarany	61
En el estudio del fotógrafo Alfonso	69
Artículos	
Gonzalo Torrente Ballester	6
José Pérez del Arco	14
Fernando Murillo: Andrés Bello, educador de América	50
Galvarino Plaza	72
Marcos Ricardo Barnatán	88
Arte	
Adiós a Oscar Esplá	12
Cristóbal Toral, patetismo espacial	15
Soledad y misterio en la pintura de Juan Storm	80
Literatura	
Castilla la Vieja vista por Dionisio Ridruejo	23
Precursores del boom: Palma, Mariátegui, Vallejo y Arguedas	30
Onetti y Felisberto Hernández	56
Lezama Lima: «Los dioses» (poema)	64
Reportajes	
Crónica del Año Internacional de la Mujer	8
En la ruta de Darwin	26
El carnaval del Pero-Palo	35
Nueva York de los hispánicos	45
Historia sentimental de la Real Academia Española	84
Libros	57
Música	60
Cine	62
Filatelía	81
Humor	82
Balcón de América	67
Hoy y mañana de la Hispanidad	73

DIRECTOR
J. L. CASTILLO-PUCHE

REDACTOR JEFE
Ramón Pedrós
REPORTAJES ESPECIALES
Felipe Mellizo
y
Javier del Amo
DIRECTOR ARTISTICO
César Olmos

MUNDO HISPANICO es una revista abierta a toda clase de colaboraciones, siempre que ofrezcan interés informativo, documental o de pensamiento para la comunidad iberoamericana. No obstante, las opiniones emitidas son exclusiva exposición del pensamiento de sus autores.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION: Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid-3. TELEFONOS: Redacción: 244 06 00; Administración: 243 92 79. DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS: Apartado de Correos 245, Madrid. EMPRESA DISTRIBUIDORA: DESPLA, S. L. Altos Hornos, 16. BARCELONA. Impreso por Heraclio Fournier, S. A. - Vitoria. Entered as second class matter at the post office at New York, monthly: 1969. Number 258. «Mundo Hispánico» roig spanish books, 29 west 19th. Depósito legal: M. 1.034 - 1958. PRECIOS DE SUSCRIPCION: ESPAÑA Y PORTUGAL: Un año, 750 ptas. Dos años, 1.200 ptas. Tres años, 1.800 ptas. — IBEROAMERICA Y FILIPINAS: Un año, 21 dólares. Dos años, 36 dólares. Tres años, 51 dólares. — EUROPA, ESTADOS UNIDOS, PUERTO RICO Y OTROS PAISES: Un año, 30 dólares. Dos años, 52 dólares. Tres años, 75 dólares. En los precios anteriormente indicados están incluidos los gastos de envío por correo ordinario.

CARTAS AL DIRECTOR

FORMATO DE M. H.

Como colaborador de esa revista, como miembro titular del Instituto y como compañero que ha seguido de cerca tu vida profesional, me complazco en desearte todo género de aciertos en la dirección de MUNDO HISPANICO, reiterándote mi modesta colaboración.

Ahora bien, como lector de M. H. que conserva íntegramente la colección desde el primer momento, desde el primer número, te ruego consideres el perjuicio que supondría para los que están en mi caso el hecho de que fuese modificado el formato. Si puedes conseguir que el formato permaneciese inalterado, mucho te lo agradeceremos.

Emilio de la Cruz Hermosilla
Director del «Diario de Cádiz»

SALUDO

Estoy seguro que sabrá dirigir en forma magnífica MUNDO HISPANICO en esa noble misión de acercar los pueblos hijos de la Madre Patria intensificando los sentimientos de mutuo afecto y simpatía.

Ya sabe que estoy a su entera disposición tanto oficial como particularmente y me complace reiterarle mi más cordial felicitación.

Sin otro particular, reciba las muestras de mi más alta y distinguida consideración.

Francisco Delgado Soriano
Cónsul de Guatemala en Barcelona

HOUSTON-HISPANIDAD

El verano de 1975 fui a España con mis estudiantes del curso Civilización Hispánica. Algunos eran anglosajones, otros hispanoamericanos, y todos con diversidad de actitudes ante lo español. Algunos iban con curiosidad, otros con gran interés en cristalizar la cultura que habían conocido a través de sus estudios, o heredada por herencia de sangre, y los había también de los que estaban en el proceso de desprenderse de la nefasta leyenda negra, pues yo les había enseñado en mis clases el adoptar una postura más científica en averiguar las realidades históricas, donde el juicio sereno no admitiera juicios negativos cuando no hubiera sólidos fundamentos. Fuimos a España y España entró en los estudiantes de la Universidad de Houston. El pueblo español nos recibió con la generosidad, cortesía y nobles sentimientos de que goza su buena reputación, y los españoles se volcaron en lo mejor de ellos mismos. Estos jóvenes

—futuros hispanófilos algunos de ellos— conocieron a España en su contexto espiritual, artístico, humano y material, y es a mi parecer la base para comprender los valores permanentes y trascendentes.

Texas, Nuevo Méjico, Arizona, California y La Florida son estados originalmente hispánicos, y el interés en



seguir en esta cultura se manifiesta constantemente, floreciendo en la arquitectura, la lengua, música, literatura, etc. Las asociaciones de amantes de lo hispánico existen por todas partes, y en Houston hay varias de ellas, como La Casa de España, Méjico Bello, Sembradores de la amistad, La Casa Argentina, y el Instituto de Cultura Hispánica de Houston, oficialmente enlazado con el de Madrid, y del cual tuve el honor de ser su presidente en el año 1969. De todos estos centros, el Instituto de Cultura Hispánica es el más ecuménico por abarcar toda la hispanidad sin excluir a ningún miembro de la familia. Sus fundadores han sido de diversos orígenes, reflejando el carácter heterogéneo de este país y la dinámica proeza hispánica. Entre sus presidentes se contaron un cardiólogo español, un cirujano mejicano de origen árabe-libanés, un neurólogo chileno, dos hispanófilos norteamericanos, la cónsul de Guatemala —actualmente es embajadora de su país en Colombia—, un abogado norteamericano enamorado de lo hispánico, y para el año 1976 una tejana de origen mejicano y directora de los idiomas de todas las escuelas públicas de esta ciudad. En esta diversidad donde tanto las razas como las religiones son diferentes —pues hay judíos, moros y cristianos— se puede apreciar el espíritu internacional que prevalece en esta empresa hispánica. Esta actitud ecuménica exige un alto grado de idealismo y la ausencia de política en el sentido negativo del concepto. Se requiere buena voluntad y un deseo de recoger las aportaciones positivas de todos los países que han recibido, y han dado su ingenio para el engrandecimiento de los valores hispánicos, que son al fin y al cabo, universales. El español que se considera superior por ser español está tan equivocado como el hispanoamericano que manifiesta la misma actitud. Pero, en cambio, cuando ambos comprenden que la supuesta superioridad del uno sobre el otro es una postura pueril, y que es

además una muestra de carencia del entendimiento del mestizaje y asimilación del proceso cultural, estarán de acuerdo con el gran erudito mejicano José Vasconcelos, que en su obra Raza Cósmica dice: «Nosotros no seremos grandes mientras el español de la América no se sienta tan español como los hijos de España.»

Walter Rubin
Houston

SUGERENCIA

Como interesado profundamente en todos los temas iberoamericanos, me atrevería a pedir de la nueva dirección de MUNDO HISPANICO la mayor atención posible, dentro de su periodicidad, a la información neta en torno a los problemas económicos y políticos del continente, tarea sumamente útil para quienes vivimos alejados de España o de los países de nuestra cultura.

Ramón S. Galvis
Estocolmo

LAS AFORTUNADAS

Expongo a su estudio y consideración las siguientes sugerencias: Una de las tierras o regiones de España menos co-



nocida en la Argentina es el archipiélago canario, a pesar de la «limitada propaganda» realizada por vuestra prestigiosa empresa aérea. Es evidente que las Islas Canarias no sólo encierran reales bellezas naturales sino que, por ejemplo, posee la moderna ciudad de Las Palmas, plena de luz y, hacia el Sur, la isla de Gran Canaria o la plácida Santa Cruz de Tenerife y el Valle de la Orotava y las otras islas, Lanzarote, Fuerteventura, etc. Se trata de la única tierra española allende los mares y debe ser mejor y más conocida por los propios españoles y por los extranjeros. MUNDO HISPANICO tiene la palabra.

María Tel de González
Buenos Aires

CANARIAS, piedra y fuego



EN medio del camino hacia América, sobre las rocas volcánicas y las doradas arenas, siempre tuvo España un estribo entrañable.

En un tiempo sería paradero de ida y vuelta, estación de solidaridad y refugio seguro, avanzada en el ensueño de aventura y descanso tras la jornada heroica. Las Islas Canarias son para nosotros algo más que puertos flotantes en el ilusionado tránsito de la navegación, son punto de convergencia entre dos mundos, afortunadas tierras de los venturosos mares, plenas a la vez de españolismo y de americanismo.

Ahora precisamente concentran las Canarias una atención del mundo que para algunos puede ser episódica, por no decir anecdótica, mientras los sentimientos, no sólo las palabras, de las Islas son cada día más claras y terminantes en su conciencia de solidaridad, pero también de originalidad y de renacida insularidad comunitaria. Las Islas Canarias no están lejos de España, como algunos pueden creer, y aunque alguna vez lo hayan estado en la desgana y la apatía administrativas. Pero hay distancias que la cultura común, la lengua y el amor acortan milagrosamente. Los canarios no viven mundos pequeños, sueltos y fragmentarios, no son vísceras desparrahadas en el océano, sino que forman una unidad entrañada en una cultura, una tradición y un empeño común en el comunal quehacer histórico. Desde los promontorios de nieve y desde las playas inmensas y a la vez recoletas, se vive intensamente no ya la romántica caricia de un eco peninsular atento, sino la personalidad integradora y entrañada que es el complemento necesario de una vocación insular anclada firmemente y fielmente a la tierra firme y madre.

Es verdad —ya lo dijimos— que no siempre las Islas, estas bellas y nostálgicas islas, han estado lo cercanas y próximas que debieran en la sensibilidad de la península, pero ahora, con el trasiego constante que imponen los tiempos y esa especie de nudo entrañable que forman las familias hispánicas en sus ansiadas estadías por esta fortuna de las Islas Afortunadas, las Canarias son unidad y centro en la presencia y en la preocupación del resto de los españoles e hispánicos. Podría decirse que nunca, no sólo en el anhelo

sino en la realidad, las Islas Canarias han estado tan vinculadas, radicadas, incorporadas al solar común de la hermandad y la proyección histórica. Ellas saben muy bien dónde está el techo y el suelo de su destino, ellas entienden, incluso mejor que muchas regiones peninsulares, hacia dónde apunta nuestro futuro, un futuro común y solidario. La raíz, la esencia, el elemento básico de la propia existencia sólo está donde se vive una vida y un ensueño comunes.

Cuando hace unos meses el director del Instituto de Cultura Hispánica definía en Garachico al canario como espíritu emprendedor, práctico, aventurero y fantástico, nos trajo a colación aquella calificación que ya al año del Descubrimiento andaba en una canción popular y aludía a este mundo intermedio y flotante entre España y América, con palabras de un anónimo florentino, como «Nuove Isole di Canarie Indias».

Por eso no sólo España sino toda Hispanoamérica tiene a estas Islas presentes y vivas, en el pensamiento y en el sentimiento, en la gratitud y en el recuerdo, tanto así que ellas, en medio del mar, son la región más íntima y allegada al corazón del cogollo común, ya que nunca fueron simple trampolín estratégico sino tierra avanzada y firmísima más allá del embrujo y la osadía del Finisterrae.

Por eso mismo, las Islas Canarias, piedra y fuego, han sido, son y serán siempre la «prima terra» del nuevo Continente y pertenecen por igual en emoción a la tierra madre que les dio el derecho y la libertad y a esas Américas varias que le dan hoy pálpito y vida, y por eso también las Islas, como las Américas de Río Grande abajo, han quedado marcadas con la prolongación de una identidad original; de una trayectoria en el futuro, de una exclusividad en el verbo.

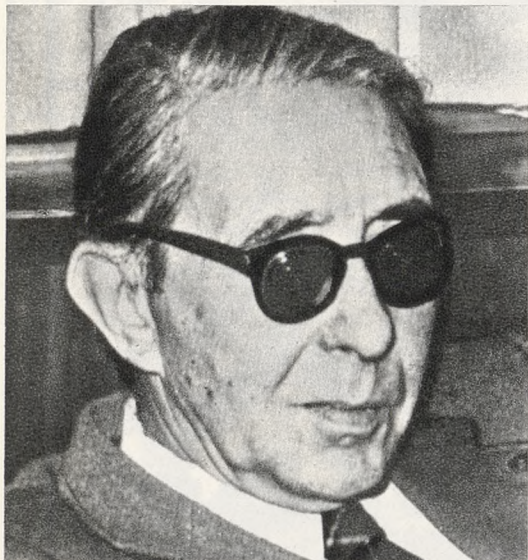
Canarias, ensayo previo, lección preliminar, frontera ideal, plataforma sentimental, intendencia abastecedora, capilla de invocación, refugio seguro para la gran aventura de América, hoy siglas para el futuro.

Gran enjundia y gracia, fortaleza y posibilidades, tiene la propuesta de quien considerando a las Islas el nudo gordiano de la Hispanidad, quiso llamar al continente hermano conmovedora y acertadamente «Canarioamérica».



Memorial de McKownville

I. LOS PREPARATIVOS DEL VIAJE INTELECTUAL



Por GONZALO TORRENTE BALLESTER
De la Real Academia Española

Con este número inicia una colaboración habitual en MUNDO HISPANICO el escritor, profesor y ensayista Gonzalo Torrente Ballester, miembro de la Real Academia Española y una de las firmas más prestigiosas e importantes de la literatura española contemporánea. Dramaturgo, crítico, historiador de las letras y novelista, su obra narrativa «La saga-fuga de JB», que obtuvo los Premios de la Crítica 1973 y «Ciudad de Barcelona», llevó a su más alta cumbre una larga trayectoria literaria de más de treinta años de creación ininterrumpida. A partir de hoy, y bajo el título genérico de «Memorial de McKownville», escribirá para los lectores de MUNDO HISPANICO las memorias de sus años como profesor de literatura española en Estados Unidos.

AL regresar definitivamente de los Estados Unidos, más de un amigo me preguntó si no pensaba escribir un libro contando lo que había hecho, lo que había visto o lo que me había parecido. Yo respondía, más o menos, que no había hecho nada extraordinario; que lo visto ya había sido descrito por otros, y no había por qué insistir, y que lo que me había parecido no tenía otro valor que meramente el personal de experiencia o recuerdo. Solían argüirme con que Fulano, Zutano y Perengano, viajeros como yo y más o menos estantes, habían dado a la estampa sus opiniones, y que yo bien podía dar también las mías. Mi reargumento siempre fue el mismo: carecen de valor; no es tanta mi perspicacia que pueda averiguar, en unos años, el modo de ser de un pueblo; no creo, además, que haya modos de ser colectivos que, con toda precisión, permitan diferenciar a los ciudadanos de un pueblo de los que no lo son, fuera de la lengua y de ciertos hábitos más o menos superficiales. Reconozco, eso sí, que algunos viajeros más penetrantes que yo hayan podido señalar circunstancias distintivas de los pueblos visitados; pero lo más probable es que fueran a eso, provistos de instrumentos intelectuales que permitían discernir lo general por encima o por debajo de lo singular. Keyserling fue uno de ellos; otro, Alexis de Tocqueville. El primero lo había leído antes de mi viaje; el segundo, durante mi estancia en McKownville, en un volumen hallado y adquirido en la librería francesa de Rockefeller Center. Quiere esto decir que jamás me sorprendió el gran número de viejas que por aquellos pagos transcurren, pues lo sabía de antemano porque Keyserling me lo había advertido, y que tras la lectura del francés, me di perfecta cuenta del sentimiento de libertad política y civil de los norteamericanos. Sin el gigantón báltico y sin el diplomático galo, ¿la libertad y las innumerables viejas me hubieran pasado inadvertidas? No lo sé. Estoy poco dotado para el descubrimiento y la comprensión de lo genérico: no veo, en la realidad, más que individuos, y de los que conocí y traté por allá puedo decir que, uno a uno, se sentían libres más o menos como me sentía y me siento yo.

Otra cosa es que ellos tengan más

facilidades de las que yo tengo para vivir libremente. Pero es una cuestión de leyes, no de psicología colectiva, me parece.

UNA ALDEA EN EL ESTADO DE NUEVA YORK

Ahora, para salir de un compromiso, voy a contar en este «Memorial de McKownville», lo que recuerdo del tiempo que viví en esa aldea del Estado de Nueva York. No albergo la menor pretensión de que lo que pueda contar sea de antemano interesante, porque no es cuestión de materiales, sino de formas. Si acierto con las palabras, con el tono, todo irá bien. En el caso contrario, habré cometido un error que recaerá inexorablemente sobre mi reputación de literato, por la que, por supuesto, no doy un chavo. Me preocupa, más que la opinión del lector, su sentimiento e incluso su sensación: me sentiría avergonzado si alguno me dijese: «Oiga, amigo, ¡qué aburrido es eso que usted publica en MUNDO HISPÁNICO!» Un texto puede pesar impunemente si, en vez de diversión o entretenimiento, ofrece verdades profundas o de alcance difícil, o bien fórmulas viables para resolver los males del mundo, en su conjunto o uno a uno. Pero ninguno de éstos es mi caso. Mis aspiraciones de escritor han sido siempre más modestas, pero, aún así, tienen un riesgo grave. Si mi lector aparta el texto, fatigado, ¿para qué diablos escribo?

EMIGRAR A NORTEAMERICA

Cuando yo tenía veinte años, pensé alguna vez en emigrar a Norteamérica. No veía muy claras mis cosas personales, y la emigración me ofrecía, como a tantos otros, una esperanza, si bien incierta. Si mi propósito no fue adelante, si no tomé un barco en Vigo para buscar fortuna en el allende, fue porque me enamoré y me casé, y nos pareció, a Josefina y a mí, que era aquí donde teníamos que abrir nuestro camino, y no en América. Unos años más tarde, empezada la guerra civil, me encontraba en París sin saber qué hacer de mi vida. Mis circunstancias habían cambiado algo: tenía un título universitario y era profesor modesto

Memorial de mckoenzville



de una universidad: no gran cosa, pero sí algo que pudiera valer como punto de partida. Me enteré de que algunos españoles, cogidos como yo por el ramalazo, habían conseguido desde allí mismo, desde París, un buen trabajo, o, al menos, una colocación pasable. Había que gestionarlo en la Embajada, servirse de intermediarios, darse a valer. Lo pensé mucho y no lo hice, porque mi timidez me impidió buscar quién me ayudase. Regresé a España y seguí mi suerte. Y puedo asegurar que, durante treinta años, jamás se me ocurrió pensar que en los Estados Unidos pudiera hallar remedio a mis dificultades, aunque a partir del cuarenta y cinco, fuera más fácil hallar una colocación idónea. Más aún: algunos amigos, bien reputados allá, me hubieran ayudado de habérselo pedido. Por aquel tiempo, los Estados Unidos, o, más bien, sus universidades, eran la Meca y el Paraíso Lejano, a juzgar por lo contado por los que de allá venían o allá estaban. Sin embargo, de habérmelo propuesto, hubieran embarazado mi proyecto, ante todo, lo numeroso de mi familia, y, después, la conciencia que tenía, muy aguda, de que mis saberes resultaban escasos y, probablemente, atrasados, ya que, de universitario vocado a profesor, había derivado a escritor desconocido y periodista. No obstante, cuando en 1962 me encontré con el sol y la luna por todo patrimonio, objeto de una sanción política que me había dejado en el aire, aunque no airoso, hubiera agradecido la oferta más humilde. No llegó porque no podía llegar, y un amigo a quien encomendé una gestión exploratoria, o no tuvo éxito, o la olvidó. No me quedaba otra salida que pechar con mi fortuna, más bien mala de momento, y peor en el tiempo que siguió, porque a lo dado se añadió el fracaso de mi novela *Don Juan*, publicada por entonces y que no gustó más que a unos pocos amigos. Supongo que mi marcha, por aquel tiempo (1964), a Galicia, debe de ser interpretada como «retorno al regazo materno». Es posible que así sea, y no me avergüenza que así sea, porque para eso están los regazos de las madres. Pontevedra, la ciudad elegida, me fue bastante propicia, y aunque las cosas en general no me fuesen mejor, la convivencia con personas agradables, y la tierra misma, me levantaron el

ánimo, al menos lo suficiente como para empezar otra novela. Esto ocurría en el sesenta y cinco.

PROFESOR EN USA

El cambio sobrevino sin esperarlo, efecto de un sistema de causas al que yo era perfectamente ajeno, y que ignoraba. Un día de enero de 1966 se recibió en la casa en que había vivido en Madrid una carta de los Estados Unidos, en que el profesor John Falconieri, al que había conocido un tiempo atrás, y que había traducido al inglés y publicado un ensayo mío sobre teatro, me proponía un curso, en una universidad neoyorkina, de un año de duración. Pocos días después, y sin que yo hubiera todavía aceptado o rechazado la oferta, una segunda carta, ésta del profesor Javier Fernández, de la misma Universidad, la corregía en el sentido de hacerla permanente y con *tenure*, como dicen allá, y no por un año. La decisión, en estas condiciones, era más difícil, pero también más tentadora. No sólo mi mujer, sino mis hijos mayores, y otros miembros de la familia, fueron consultados, y a todos les pareció bien, si no fue a mi madre, quien, con su sorna habitual, me preguntó: «Pero, ¿qué se te ha perdido a ti en los Estados Unidos?» El voto de mi madre fue uno contra muchos. Acordamos aceptar, y ahí empezó un ir y volver de cartas, no sólo con Fernández y Falconieri, sino con el *chairman* Colman y con el profesor Munro, algo así entonces como secretario del Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de Albany. La correspondencia con Claire Munro tomó desde un principio un matiz humorístico, anuncio de la buena amistad que desde entonces nos une: no sólo se trataba en ellas de los negocios oportunos, sino también de brujas y de otros temas adyacentes.

El convenio, en un principio, era de que se me contrataría como *full professor*, pero en los dimes y diretes se cambiaron las propuestas, y la última y definitiva fue de que yo entraría en el departamento en calidad de «*distinguished professor*», jerarquía cuyo alcance y ventajas no podía sospechar, pero que mis presuntos amigos me encarecían. Los trámites devoraron meses —la burocracia es tortuga en todas

partes— pero, hacia fines de julio, recibí mi contrato, con las firmas y los sellos requeridos, y, algo después, el cheque que me permitiría hacer el viaje con la familia y los bártulos.

ANTICIPACION DE LA MORRIÑA

Varios sucesos que no hacen al caso habían modificado entre tanto, mis sentimientos, hasta el punto de que lo que en un principio no pasaba de aventura emigratoria sobre bases bastante seguras, se había convertido en necesidad personal de poner tierra por medio y de empezar la vida en otra parte, quizás para continuarla y terminarla allí. Recuerdo que, por entonces, empecé un nuevo cuaderno de mis notas personales, y en él inscribí, como lema, una frase de Amiel que habla de «la muerte en exilio». Así andaba mi talante, y por él me sentía uno con aquellos de mis paisanos que buscan en la emigración solución y salida. De ahí que el tiempo largo de los trámites haya sido particularmente inquieto, y que cada dificultad o dilación llevasen mi esperanza muy cerca de la desesperación. Por otra parte, y contradictoriamente, lo que iba a dejar aquí empezaba ya a sentirlo como distante, y el sentimiento de vacío que después experimenté con viveza, y que durante cuatro años actuó como una maroma que, desde mi tierra, tirase de mí, se insinuó y estableció como componente inamovible de mi mundo sentimental. Yo lo entendía, entonces, como anticipación de la morriña. Hubo momentos en que me hizo ver el futuro inmediato, más que como soledad, como desolación. Por fortuna, conocía bastante bien el modo de comportarse mis sentimientos, y sabía que, si bien jamás había sido capaz de dominarlos, los había al menos mantenido a raya por el procedimiento elemental de reírme de ellos. Así que el miedo a la expatriación acompañó siempre a mi decisión de expatriarme, pero no la impidió, aunque haya influido en la calidad y número de mis bártulos: no hubo, entre las mías, cosa que guardase un recuerdo o una significación, que no apartase y empaquetase y añadiese al montón ya amenazador de mi impedimenta. Cargado de temores, inquieto de soledades, tampoco mi equipaje material era ligero.

1975 AÑO INTERNACIONAL DE LA MUJER

CRONICA DE UN DESENGAÑO

Por Consuelo de la Gándara

AL cerrar el ejercicio de 1975 parece de rigor hacer balance y un poco de historia de cómo ha transcurrido en España la conmemoración del Año Internacional de la Mujer propuesta por las Naciones Unidas.

No creo exagerar si digo que la simple formulación ha suscitado más risitas y gestos claramente escépticos que de entusiasmo. Casi todos hemos pensado que tales conmemoraciones suelen ser más bien ornamentales, suponen de entrada una actitud discriminatoria hacia el sujeto conmemorado —el niño, el hambre, el libro, el teatro, los negros—, que se traduce en muy pocos logros y se diluye en un políglota *bla-bla-bla* de vagas promesas.

A pesar de todo, los 365 días de este «Año», han servido de pretexto para que sucedieran entre nosotros unas cuantas cosas, se hayan suscitado algunos encuentros y clarificado ciertas posturas personales que son el pobre fruto con que nos encontramos en las manos al finalizar el plazo. Para quienes no esperábamos apenas nada, no se puede hablar de *deseño internacional*, pero a quienes veían en la celebración una especie de «Reina por un año de la mujer», según aquel tremendo programa de televisión en el que a una muchachita especialmente desgraciada por su físico y las circunstancias sociales de su casa se le iban regalando toda clase de objetos —desde la muñeca pepona hasta la lavadora—, que ella recibía a lo largo de una inacabable jornada televisada cubierta con su manto de armiño y ceñida la corona, a esos, supongo, les habrá parecido que los regalos de marca acreditada no merecían la pena.

LIBROS

ENTRE las cosas que no habrán sido baldías me atrevo a considerar las que han quedado impresas en forma de libro o de nú-



mero monográfico de revista. La bibliografía española sobre feminismo es muy escasa en comparación con la francesa o la inglesa, pero este año se enriquece con unos cuantos títulos, que espigados podrían ser:

La *Antología del feminismo* con introducción, comentarios, notas y bibliografía recogida por Amalia Martín Gamero para Alianza Editorial. En ella se reúnen textos, ya clásicos, sobre el debatido «problema de la mujer», ordenados cronológicamente desde María de Zayas y Sotomayor, del siglo xvii, hasta H. G. Welles, de la primera mitad del xx. Por razones de espacio la antología se detiene hace demasiados años y echamos de menos algunos textos más actuales que sería muy útil tener recopilados. La cubierta del libro tiene un aire provocadoramente divertido: sobre fondo azul se recorta el mecanismo interior de una muñeca antigua de la que sólo quedan las piernas con sus zapatitos y sus calcetines; la muñeca que anda sola, la muñeca mecánica de nuestra niñez, a la que se le daba cuerda y empezaba a andar. Si alguien quiere saber cómo empezó «la cuerda» lo encontrará en estos textos.

También por su valor histórico merece citarse *La condición social de la mujer en España*, escrito por Margarita

Nelken en 1919 y reeditado ahora con un prólogo clarificador de María Aurelia Capmany. El feminismo de la diputado socialista, que murió en Méjico hace siete años, está basado en una visión económica global del mundo del trabajo tanto masculino como femenino.

Amando de Miguel, uno de los sociólogos españoles con más dedicación al personaje mujer, ensayó durante la primavera una experiencia radiofónica que me pareció estupenda: Radio Madrid, después de comer, anunciaba una conocida marca de café; la emisión aconsejaba a las mujeres que hicieran una pausa —el locutor las imaginaba fregando los cacharros— y saboreasen una taza de la aromática bebida mientras escuchaban al catedrático Amando de Miguel. Después el profesor explicaba con su claridad habitual, algunos problemas de la incorporación de la mujer al mundo en que vive. Aquellos guiones radiofónicos —«machismo y feminismo», la posición de la trabajadora, la mitificación del hogar, la profesión de ama de casa, las resistencias al control de la natalidad, la educación de los sexos, etc.— se han convertido en un volumen titulado *El miedo a la igualdad*.



EN las listas oficiales de libros más vendidos que se publican mensualmente han solido figurar en primerísimos puestos los dos «Varones» de Esther Vilar, autora que posee la clave del éxito comercial. La escritora de origen germánico nacida en la Argentina ya famosa por *El varón domado*, vino a España en el mes de abril a presentar su segundo libro sobre el tema, titulado esta vez *El varón polígamo* y se le ofrecieron todos los medios de difusión. En el plazo de una semana participó en el programa «Directísimo» de Televisión, fue entrevistada por varias emisoras de radio, su foto apareció en las revistas más leídas y ¡para colmo! habló en el Ateneo donde se armó la marimorena a la hora del coloquio.



El «boom» de Esther Vilar, a quien los varones hispánicos han leído con una complacencia que no acabo de diagnosticar, trajo sus consecuencias. Fruto de él son los libros *La bomba Esther Vilar*, recopilación de las cartas y contra-cartas recibidas con motivo de la famosa emisión televisada del sábado por la noche de Iñigo y *El varón domado replica*, de José Antonio Valverde, en el que desmonta las tesis de la tudesca pampera capítulo por capítulo.

El interés por los temas relacionados con la mujer se refleja en el libro de José Antonio Ramírez *El comic femenino en España* lanzado por «Cuadernos para el diálogo». Hasta ahora los estudios de este tipo de sub-literatura se habían polarizado casi exclusivamente en los tebeos infantiles;

la amplia gama de productos destinados a la mujer, de ínfima calidad literaria, nacidos en la inmediata postguerra, que van desde el serial radiofónico hasta la fotonovela, apenas habían sido objeto de estudio si se exceptúan los sagaces trabajos de Andrés Amorós sobre la novela rosa. De ahora en adelante habrá que contar con este estudio e historia del «comic», de deliciosa lectura.

¿MUERTE CIVIL DE LA ESPAÑOLA?

TRABAJO concienzudo y minucioso es el realizado por la abogada catalana Nuria Beltrán *¿Muerte civil de la española?* que aporta datos interesantes sobre la situación de nuestras féminas ante la ley. Son ciento ochenta y ocho apretadas páginas que se leen de un tirón. A la autora se le notan las horas de bufete que le permiten dar un enfoque jurídico a los problemas de la mujer, en el matrimonio, en la separación, al quedarse viuda, en las cuestiones sexuales, en el caso de la madre soltera, en el trabajo, en las situaciones extremas de criminalidad.

Diferente, pero siempre dedicado al aspecto jurídico es el librito de José Luis Lacruz Berdejo: *El nuevo derecho civil de la mujer casada*. Su autor piensa que la reciente reforma del código viene dictada por un cierto afán de quemar etapas en la incorporación al mundo occidental que se manifiesta «en la audacia con que hemos sido capaces de transferir a nuestras hembras casadas, en un abrir y cerrar de ojos, desde el harén monógamo donde la custodiaba el viejo artículo 57 del Código Civil a la pensión de familia abierta por el nuevo precepto».

Como no se trata de agotar la bibliografía española sobre la mujer aparecida en el 75, prescindiendo de las traducciones y recopilaciones de textos políticos, feministas o legales que han visto la luz al calor de la conmemoración, pero no quisiera abandonar el tema de los libros sin recordar el gracioso e intencionado *Mujercitas* de Nuria Pompeia, joven madre de cinco hijos y escritora catalana que tiene en su haber otros títulos como *Y fueron felices comiendo perdices* (1970) y *Maternasis* (1968) personalísimos comics donde con amargo humor y mucha dosis de ternura denuncia las tribulaciones de la chica casadera,



casada y madre de familia. La portada expresiva: una gran tarta helada de tres gustos, vainilla, chocolate y fresa, adornada con melocotón melba y fresones, sirve de soporte a doce mujercitas que con difícil equilibrio ocultan sus cuerpecillos tras las frutas. Deben de ser ellas las destinatarias de la dedicatoria: «A todas las mujeres, mujercitas y mujerzuelas que han he-

ALGUNOS LIBROS PUBLICADOS EN 1975

Antología del feminismo. Introducción, comentarios, notas y bibliografía por Amalia Martín-Gamero. Alianza Editorial, Madrid 1975 (Colección «El libro de bolsillo», n.º 570).

Nelken, Margarita: *La condición social de la mujer en España*. Prólogo de María Aurelia Capmany. CVS Ediciones, Madrid 1975.

Miguel, Amando de: *El miedo a la igualdad. Varones y mujeres en una sociedad machista*. Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1975.

Valverde, José Antonio. *El varón domado replica. Proceso a la obra de Esther Vilar*. Sedmay Ediciones, Madrid, 1975.

Beltrán, Nuria. *¿Muerte civil de la española?* Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1975.

Lacruz Berdejo, José Luis. *El nuevo derecho civil de la mujer casada*. Editorial Civitas, S. A., Madrid, 1975.

Pompeia, Nuria. *Mujercitas*. Punch Ediciones, Barcelona, 1975.

cho, hacen o harán que la situación de la mujer mejore.» A continuación una serie de dibujos encantadores nos cuentan la historia de casi todas nosotras en esta sociedad patriarcal que nos ha tocado vivir.

REVISTAS

LAS revistas más sensibilizadas hacia los actuales problemas sociales, dedicaron números especiales al tema de la mujer.

El Urogallo se adelantó al publicar un bien nutrido número doble (enero-abril) en el que se entreveran artículos de creación literaria, prosa y poesía con otros de sociología, historia, psicología y jurídicos. Se inicia con una «mesa redonda» en la que participamos mujeres de tendencias, edades y profesiones diversas para opinar sobre el bendito «Año». Era una opinión «a priori» que ahora, trascurridos los 12 meses, no necesito rectificar.

En abril fue *Triunfo* quien se ocupaba de «el sarcasmo de un año internacional» con un número titulado «Ser mujer, al fin». Contemplaban su portada un grupo de apacibles abuelas y madres de familia con sus pequeños al sol; unas charlaban sonrientes, otras seesteaban cansadas y embrutecidas por el rutinario trabajo doméstico, una, más joven, leía las aventuras y desventuras de Mafalda. El numerito me resulta pobre; apenas dos artículos: uno de Mariella Righini que además de defender los atributos femeninos diferenciales propone un mundo más habitable donde la naturaleza de la mujer tenga un papel co-protagonista; y otro de María Victoria Abril y María Jesús



Miranda sobre el trabajo de la mujer con responsabilidades familiares donde se llega a la conclusión de que la mujer casada española de hoy vive en absoluta dependencia, económica y afectiva, del jefe de familia y ello no tanto por causa de normas legales establecidas como de pautas sociales profundamente arraigadas que han afectado a la estructura psíquica de los individuos.

En plenas vacaciones de verano «Cuadernos para el Dialogo» lanzó un «extra» sobre «Las mujeres» ilustrado por Isabel Villar y al que se incorporaban los nombres de las más jóvenes feministas españolas (Natalia R. Salmones, Felicidad Orquín, Trini Rubio, Charo Ema, Carlota Bustelo, etc.) junto a otros ya más gastados por el tiempo como pueden ser Pilar Bellosillo, Lidia Falcón, María Aurelia Campmany y yo misma. El propósito de este número era dar un enfoque innovador a la cuestión de la mujer y eso, lamentablemente, no me parece conseguido; resulta más bien cajón de sastre, pero válido.

APERTURA, CURSOS, CONFERENCIAS

HA habido, naturalmente, los actos oficiales de rigor. La apertura oficial del «Año» se celebró con discursos y flores en el Palacio de Exposiciones y Congresos y asistencia de las más altas jerarquías del país. Después se nombraron Comisiones de trabajo cuyos frutos aún no son conocidos.

Por su parte, las Fundaciones han querido contribuir a la brillantez de la conmemoración según su imaginación y posibilidades: la Mediterránea organizó un curso de conferencias dictadas por nombres ilustres (Rafael Carballo, Dietrich Hochleitner, etc.) que cosechó gran número de público. A mi entender hubo dos fallos: la falta de coloquio con los conferenciantes y la ausencia de una de las «vedettes» del cursillo, el sociólogo Fourastié, que estaba programado.

La Universitaria organizó un ciclo sobre mujeres famosas dictado por otras tantas escritoras relacionadas con ellas; así por ejemplo se emparejaron: María Campo Alange y Concepción Arenal; Marina Mayoral y Rosalía de Castro; Nelly Clémessy y Emilia Pardo Bazán, etc. Las con-



ferencias fueron gratas, eruditas y hasta sabias, pero no creo que respondieran a los objetivos del «Año Internacional de la mujer».

Por su parte, la Fundación March también montó un gran «show» a iniciativa de la aún joven APEC (Asociación para la Promoción y Evolución Cultural, que dirige la intrépida Pilar Yzaguirre). Para ello invitó a una gran estrella, la norteamericana Betty Friedan, que en sus 24 horas madrileñas derrochó energía y palabras a raudales. El salón abarrotado hasta los topes de un público con el que los precavidos organizadores no contaban, excitación inusitada en un ámbito tan respetable y acolchado, chicas de 20 años sentadas por los suelos, fotógrafos encaramados por todas partes y aparición de la fundadora de la NOW vestida de largo con cierta prosopopeya y torrencial inglés para exponer atropelladamente lo que ya había contado hace 12 años con gracejo y eficacia en su libro *La mística de la feminidad*. Lily Alvarez la presentó con las palabras justas y a mi me tocó la ardua tarea de moderar lo inmoderado, un coloquio bilingüe sobre el apasionante tema del feminismo con interlocutores dispuestos a poner en evidencia los puntos vulnerables de las tesis de la americana. No ardió Troya pero... se llegó a una alta temperatura.

LA MUJER Y LA PAREJA

MENOS multitudinaria asistencia se registró en el ciclo organizado por APEC ya cuando los calores estaban encima y en una zona de extrarradio, la de los

Colegios Mayores. Con el tema general de: *La mujer y la pareja* se llevaron a cabo unas charlas-coloquios en las que Carlos París, Luis González Seara, María Telo, María Angeles Durán, Marisa Muñoz, Carmelo Monedero, Amando de Miguel y yo misma pasamos revista a los problemas más importantes que tiene planteada la nueva pareja en el mundo de hoy. Dialogamos mucho y discutimos demasiado. El punto de mayor conflicto, que dividió en dos bandos bien definidos fue cuestión de prioridades: ¿qué es más urgente: arreglar la sociedad en que vivimos porque no nos gusta cambiando su estructura mediante la lucha de clases o promover la incorporación de la mujer para que participe en paridad de condiciones con su compañero y juntos creen una sociedad nueva? Así, hablando, ha-



blando, nos dieron varias veces la una y las dos de la madrugada.

No pretendo hacer una reseña completa de todo lo ocurrido y por ello me salto, aún lamentándolo, algunos sucesos destacables: la conferencia de Rosa Chacel, la gran novelista vuelta a España tras largos años de exilio, el cursillo-coloquio sobre derecho matrimonial organizado por las mujeres juristas, la docta disertación del profesor Garrigues comentando la reforma del Código Civil. ¡Qué difícil que llueva a gusto de todos! Las mujeres abogados, que han valorado el alcance de las reformas, todavía reclaman cosas importantes aún sin conseguir y los juristas, por su parte, muestran recelo ante una igualdad de derechos civiles que temen peligrosa para el futuro de la familia.

No es necesario decir que durante

el «Año» se le han dado bastantes toques al tema del divorcio, pero siempre desde esferas no oficiales; encuestas, dos libros, por lo menos, sobre el tema (Padre Aradillas y Carmen Debén) y la actividad incesante de la «Asociación de mujeres separadas legalmente» que no se cansa de repetir que España es, con Irlanda, Andorra y el Estado Vaticano, el único país europeo donde no hay una ley que lo regule.

PECULIARIDADES HISPANAS

TAMBIEN el «Año» ha traído consigo algunos acontecimientos que sería más adecuado encuadrar en el folklore celtibérico. En el 75 las mujeres han salido a los ruedos para matar unos toritos con suficiente trapío gracias a la resolución dictada por la Sala 6.^a del Tribunal Supremo favorable a que la mujer toree a pie. Esto no ocurría desde la II República, pero ha permitido que Angela, Alicia Tomás y la colombiana Morenita de Quindío llenaran este verano las plazas de toros con un público más aficionado a la novedad del espectáculo que al arte de la torería.

Las Reales Academias, mientras tanto, permanecen inexpugnables. Es bien conocida la polémica que hace un siglo sostuvo la Condesa de Pardo Bazán con su amigo don Juan Valera «Sobre la cuestión académica», y cómo fracasó con sus intentos de acceso al reducto defendido por los sabios varones, según nos consta en las cartas de desahogo que dirigió a Gertrudis Gómez de Avellaneda. Pues hasta la fecha nada ha variado en ese terreno. Es verdad que al producirse una vacante y recontar los candidatos para cubrirla suelen sonar nombres como el de Carmen Conde, poeta, o María Moliner, compiladora de un excelente diccionario, pero, por ahora, su candidatura no cuaja. La docta Corporación no dice abiertamente nada en contra, pero su postura real es elocuente.

En otro orden de cosas se podría decir que al nutrido grupo de españolas que se integran en ese vasto campo laboral que es el servicio doméstico le ha salido un líder formado más allá de las fronteras. No es extraño. Las muchachas españolas que han ido a servir a las casas de la bur-

guesía europea vuelven a España con un conocimiento vivido de la problemática del trabajo que tenía que cristalizar de alguna manera. María Arondo, criada de servir en Francia, joven navarra de treinta años, menuda, morena, segura de sí misma, perteneciente a una profesión que a corto o largo plazo va a desaparecer, ha escrito un libro mitad autobiografía, mitad documento reivindicatorio: *Moi, la bonne*.

Y como cada cual arrima el ascua a su sardina hemos asistido también este año a la rivalidad entre los grandes Bancos por conquistarse la clientela femenina con el pretexto de la conmemoración. El de Bilbao se adelantó a los otros creando un «Banco de la mujer» donde ésta encontrará un ambiente especialmente acogedor para su débil condición diferente de la del competitivo varón. No creo que muchas mujeres agradecieran el innecesario apartamiento. En la operación de cobrar un cheque o de ingresar unas pesetas en la cartilla de ahorros las diferencias sexuales no cuentan. Pero ello incitó al Banco Hispano Americano a una publicidad de gran alarde para atraerse a las clientes con un «slogan» que decía poco más o menos así: «Nosotros creemos en la inteligencia de la mujer» y se declaraba «Banco de todos los seres humanos» al par que insertaba fotografías de ilustres féminas de la Historia.

Podríamos seguir muy largo por este camino de anécdotas, pero no conduciría a nada.

Que en Francia las prostitutas hayan llevado adelante un programa de reivindicaciones civiles y laborales que han conmovido al país, mientras las españolas trabajan encubierta y silenciosamente o pasan algunas temporadas en un centro penitenciario, cuando el resto de los ciudadanos ha tranquilizado su conciencia con una ley que prohíbe la prostitución, son posturas que reflejan diferencias de no muy gran entidad respecto de la situación de la mujer en la sociedad en que vivimos. Situación que cambiará, probablemente, a muy largo plazo sin duda; y cuyo cambio será el resultado de una evolución de la mentalidad de todos, hombres y mujeres, no el fruto de una conmemoración internacional a plazo fijo que acabó, quíerose o no, el 31 de diciembre de 1975.

ADIOS A OSCAR

FALTABAN sólo unos meses para que cumpliera noventa años, pero su muerte nos ha cogido desprevenidos, porque habíamos aceptado la idea de que el maestro Oscar Esplá estaría siempre, entre nosotros. En la última temporada de ópera en Madrid, se estrenó su obra «El pirata cautivo», y el maestro asistió a todas las funciones. Sentado en primera fila de butacas, se inclinaba sobre el foso de la orquesta ampliando su pabellón auditivo con la palma de la mano. Su oído de calidad permanente había perdido intensidad, pero el interés por músicas ajenas no había cedido. Nervioso en el gesto, parecía estar por encima del tiempo.

En Oscar Esplá se habían unido el ingeniero industrial, el licenciado en Filosofía y el músico, pero era la música la que gobernaba los otros saberes, la que se servía de ellos. De la ingeniería, para sorprendernos con el equilibrio de sus construcciones musicales; de la filosofía, para sentirse siempre inmerso en su tiempo, comprendiéndolo, para aceptar o rechazar, según los casos. Y en su música, escrita aquí o fuera de España, la presencia más o menos velada de su Levante, de su Mediterrá-

neo, que se traduce en reiteradas atenciones al piano, ya sean para el monólogo, ya para hacerlo protagonista.

Pero su obra no ha sido suficientemente programada en España y nos ha dejado sin que se le haya rendido el mejor homenaje de su audición. En los últimos años se puso de manifiesto ese abandono y ya habían comenzado los esfuerzos por borrarlo. Surgen los encargos, el estreno de títulos que, como la «Nochebuena del diablo» llegó en 1967 —con motivo del II Festival de Música de América y España—, que esperaba turno desde 1924; diversas menciones, y el homenaje organizado por el Club Urbis y el Tercer Programa de Radio Nacional de España en 1974. Aún queda mucho por hacer y ha de hacerse. Sin embargo, el nombre de Oscar Esplá ha estado, desde la muerte de Falla, a la cabeza de nuestra nómina de compositores, dentro y fuera de España. En 1949 la UNESCO le encarga una obra para el I Centenario de la muerte de Chopin; nace la «Sonata Española». Comendador de la Orden de la Corona Belga, Francia le concede las insignias de

Oficial de la Orden de las Artes y las Letras, y a estos reconocimientos en el extranjero se suma su calidad de miembro de honor de la Sociedad Internacional de Música Contemporánea, de cuya Sección Española ha sido presidente hasta su muerte.

EXITOS INTERNACIONALES

Su ir y venir cruzando la frontera está marcado por el primer éxito internacional con su «Suite en la bemol», que recibe el primer premio de la National Gesellschaft «Die Musik», de Viena. Y rotos los límites, el nombre de Oscar Esplá inicia sus frecuencias en las programaciones europeas. Después vendrán títulos como «El sueño de Eros», «La pájara pinta», «Sonata para violín y piano» o «Don Quijote velando las armas», compuesto en 1924 y uno de los más interpretados en Europa. Dos obras próximas en la creación y distantes en el contenido, suponen un alto escalón en su subida: «Soledades», para soprano y orquesta, que conmemora el III Centenario de la muerte de Góngora, y el ballet «El contrabandista» que estrena en París



En la fotografía, Oscar Esplá pronunciando una conferencia en el Instituto de Cultura Hispánica. Le acompañan los señores Suárez de Puga, Espinosa y Cristóbal Halffter. En octubre de 1964, el Instituto de Cultura Hispánica, en colaboración con la Organización de Estados Americanos y el Ministerio de Información de España, organizó un gran homenaje al ilustre músico alicantino, en cuyo marco se estrenó su Sinfonía Aitana, interpretada por la Orquesta Nacional de España bajo la dirección del maestro Frühbeck de Burgos.

Gerardo Diego, Oscar Esplá y Federico García Lorca, en Madrid (1930).



«La Argentinita» con un éxito de excepción.

Según se afirma su personalidad, se hace más patente su vinculación levantina. Nacen las «Canciones playeras», con letras de Rafael Alberti, y las suites «La Sierra» y «Cantos de antaño». Para la Orquesta Sinfónica de Boston compone su «Sinfonía coral» y su «Sonata del Sur», una de sus mejores. Años después nos llega de nuevo el tema levantino con la «Sinfonía Aitana», que estrena la Orquesta Nacional de España. La Orquesta Sinfónica y Coro de la Radiotelevisión Española será, a su vez, la que estrene su «Cantata sobre los Derechos Humanos», compuesta en conmemoración del XX Aniversario de la Declaración de los Derechos Humanos por la ONU.

Hay otros títulos, muchos otros, pero importaba recordar los más significativos, los que de alguna manera nos dibujan el perfil del compositor, la curva que nace y muere en su Levante, después de dar la vuelta al mundo. En sus coordenadas mediterráneas vemos las intercesiones de Viena, de París, de Nueva York o de Boston. Su nacionalismo está escondido para los oídos ajenos, que per-

ciben únicamente la calidad de su música.

MUSICA Y CULTURA

Para concluir este recuerdo preferimos reproducir lo que apuntamos con ocasión del homenaje que se le tributó en 1974: «He considerado siempre a Oscar Esplá, al margen de su valoración como creador, como el símbolo de las nuevas generaciones españolas de compositores. Para éstas, la música no termina en sí misma, sino que forma parte de la cultura, porque al igual que se dice en las profesiones, el que sólo sabe música es que ni música sabe. Oscar Esplá es un hombre de la cultura, que desarrolla su labor de creación en la música. Luego, sin un orden especial de prelación, está su dominio de la técnica, lo mediterráneo de su música, o sus contactos con el mundo extrafronterizo de la música de su tiempo. Todo junto ha ido conformando sus «Canciones playeras» o su «Levante», su «Nochebuena» o sus «Soledades», lo completo de sus creaciones, porque Oscar Esplá es parte activa de la cultura de nuestro tiempo.»

MAESTRO TUTELAR DE LA MUSICA ESPAÑOLA

EL Día de Reyes de 1976, cuando los niños rompían los juguetes recién estrenados, murió en Madrid Oscar Esplá, el gran músico alcantino, con toda seguridad uno de los creadores españoles más brillantes, profundos y originales de todos los tiempos. Era Esplá maestro tutelar de la música española, un hombre «distinto» y un músico «distinto».

Matemático, ingeniero y filósofo, su formación juvenil y el posterior desarrollo de su cultura le concedieron capacidades muchas y extensas, y esa manera de saber las cosas estaba en su música, difícil y popular al mismo tiempo, entroncada en la luz y las tradiciones de su tierra levantina y, simultáneamente, música culta, arriesgada técnicamente, rica en sugerencias misteriosas y en incitaciones a la inteligencia. Con su muerte, que ha puesto fin a una vida larga, silenciosa, laboriosa y profunda, España y la cultura universal han perdido una gran cabeza y un gran corazón.

* * *

Oscar Esplá nació el 5 de agosto de 1886 en Alicante. Empezó los estudios de Ingeniería, que abandonó en el último curso para pasar a la Facultad de Filosofía y Letras. Al mismo tiempo realizó estudios musicales, que habría de ampliar luego en Francia y Alemania. En los años treinta fue catedrático de Composición en el Conservatorio Musical de Madrid. De 1945 a 1950 fue director del Laboratorio Musical Científico de Bruselas.

Fue director del Conservatorio Profesional de Alicante, director del Instituto Musical de la Caja de Ahorros del Sureste de España, presidente de la Sociedad Internacional de Música Contemporánea y del Comité Delegado del Consejo Internacional de la Música de la Unesco. En junio de 1969 fue nombrado presidente de honor del Consejo Asesor de la Música. Era académico de número de la Real de Bellas Artes de San Fernando, miembro numerario del Instituto de Francia, correspondiente de The Hispanic Society of America. Obtuvo, entre otros, el premio internacional de Composición (Viena 1911), acontecimiento que decidió su carrera musical; era titular del premio Oscar Esplá, creado por el Ayuntamiento de Alicante. Estaba en posesión de la gran cruz de Alfonso X el Sabio, de la Orden de la Corona de Bélgica y oficial de la Orden de las Artes y las Letras de Francia.





TRES CENTENARIOS: EXTREMADURA Y AMERICA

Por
JOSE PEREZ DEL ARCO

TRES hombres de excepcional dimensión nacieron en las recias tierras de Extremadura hace quinientos años; vivieron vidas paralelas, marcadas por su férreo temple, su coraje extraordinario, su indecible audacia, y su indomable dureza; tuvieron los tres muerte violenta; y su papel en la Conquista del Nuevo Mundo fue tan fundamental, que bien hubieran podido decir como Goethe en Valmy: «Aquí se abre un nuevo capítulo de la Historia Universal, y nosotros podremos decir que estábamos presentes».

El hecho de que, durante el pasado año se hayan cumplido paralelamente —con escaso eco en la prensa española, por cierto— los centenarios del nacimiento de

Vasco Núñez de Balboa, Francisco Pizarro y Diego de Almagro, invita de nuevo a una meditación en torno a un tema como el de la Conquista que, siendo uno de los capítulos de mayor altura épica de los que ampliaron el ámbito del Occidente, ha sido, con demasiada frecuencia —como es bien sabido— objeto de una malévola tergiversación, iniciada en los siglos en que al producirse el declinio histórico de nuestro país, mientras se alzaba al mismo tiempo la estrella del poderío de otras naciones europeas, fue España víctima de una Leyenda Negra, determinada y atizada más por factores de rivalidad que por lo que a la verdad y a la justicia correspondía; leyenda que, acentuando al máximo algunos aspectos —inevitables, por humanos— de aquella gran gesta, ignoró deliberadamente la magnitud de la misma, ignorando también que incluso en los capítulos más nobles de las leyendas épicas de todos los pueblos, los héroes epónimos, o los semidioses, creados por la imaginación de los poetas, no estuvieron jamás exentos de dureza y ambición, pues ni incluso la épica literaria pudo escribirse totalmente, nunca con guante blanco.

No viene mal meditar de vez en cuando en la necesidad que la Historia misma tiene de volver periódicamente la vista atrás, para hacer balance y para poner a punto actitudes y juicios. Este volver la vista atrás, panorámicamente, arroja siempre nueva luz y necesaria objetividad sobre hechos que continuarían confusos, y unilateralmente interpretados, si así no ocurriera. Y, cuando esto se hace fuera de nuestras fronteras —como viene haciéndose con creciente frecuencia por sectores diversos y calificados de la crítica histórica de varios países— la Conquista de América queda ante todo ennoblecida por la estatura realmente ciclópea de sus intérpretes, de dimensión similar a la de aquellos héroes de los viejos poemas; aunque fuera inevitable el que muchos de estos gigantes, por ser humanos, tuvieron alguna vez los pies de barro.

Hace diez años, tuve ocasión de visitar, en Méjico, la espléndida «Plaza de las Tres Culturas», de Tlatelolco, en la que con muy exacto sentido de los irrenunciabiles elementos que han integrado el ser de aquella gran nación se han restaurado, junto a monumentales bloques de modernísimas viviendas populares, que acentúan el sentido social de nuestro tiempo, una iglesia y un colegio de la Epoca Colonial, y una pirámide azteca; hallándose esta Plaza exactamente en el lugar donde Cortés ganó la batalla final de su Conquista, que, según reza una placa conmemorativa que hay en el lugar: «No fue ni triunfo, ni derrota, sino el proceso del nacimiento de una nación». Justamente en aquellos años se había publicado allí, por no recuerdo qué grupo, un manifiesto en el que se pedía fueran devueltas a España las cenizas de los conquistadores, los vireyes, y los gobernadores, a fin de subrayar así un gesto de total ruptura con la tradición hispánica, de la que aquel grupo desearía desprenderse.

Y vinieron entonces a mi memoria los profundos y maravillosos versos que un hidalgo madrileño, llamado don Francisco de Quevedo y Villegas, dedicó a la pervivencia después de la muerte —(«Serán ceniza, más tendrán sentido / Polvo serán, más polvo enamorado») — pues tal manifiesto olvidaba evidentemente la inevitabilidad de lo que está en la esencia misma

de las cosas, y también que el pasado es absolutamente irrenunciable y que muy escaso valor tiene, por ello, el hablar de lo que pudo haber sido y no fue.

Pensé al mismo tiempo que habría que llamar una y otra vez la atención al hecho de que España, cuando llegó a las orillas de América, no fue sola, ni a sí misma se llevó exclusivamente. Pues los grandes pueblos que expandieron su propio ser fuera de sus fronteras naturales —en cualquier época— nunca llegaron ensimismados y solitarios a otras orillas, sino que transplantaron, al hacerlo, mucho de lo que en sus propias épocas se había creado. Y, así también, España, al llevar a América su propio perfil nacional, forjado en los largos siglos de la Reconquista, llevaba en su bagaje todo lo que de gran potencia de su tiempo era (como ocurre en nuestros días con los países pioneros en la exploración espacial, que resumen, en ésta, siglos de evolución científica y técnica conjuntamente elaborados por muchas naciones) y con ello la experiencia y sabiduría acumuladas durante siglos por una civilización, como la de Occidente, que a su vez se integró durante milenios con aportaciones heterogéneas y múltiples.

Es por esto, por lo que, hoy, Hispanoamérica, abierta al horizonte del mañana, con un ser tan profundamente individualista y perfilado, vuelve su mirada cada vez con mayor atención a todos los capítulos —no a unos cuantos— en que se formó el alma nacional de sus pueblos, en auténtica simbiosis de sus orígenes ancestrales con lo que España-Occidente trajo a ella. Y, al hacerlo así, queda muy atrás aquella ingenua interpretación de la Historia, elaborada por algunos sectores, que olvidó que todo acontecer histórico auténticamente creador es plural, por coincidir en la esencia misma de lo humano mundos muy diversos.

El acontecer histórico no ha sido nunca, ni lo será jamás, tan simple como un cuento infantil de buenos y malos, o como una de aquellas películas del «Far West» que hace años se regían por este esquema simplista.

Ese acontecer ha consistido por lo general en una tarea compleja y trabajosa, condicionada con frecuencia por imperativos que han dictado evoluciones y contrastes. Y en esta época nuestra en que, justamente por la intercomunicación en que nuestro mundo se apoya, hay que aproximarse cada vez más hacia un serio y analítico propósito de interpretación del pasado si queremos entender el presente, la imagen de la Conquista de América y la de los hombres que la realizaron con su excepcional dimensión va ganando afortunadamente la estatura exacta que le corresponde, y va pulverizando sin remedio los párrafos dictados por quienes difundieron la Leyenda Negra.

En «Contra esto y aquello» escribió aquel recio y meditante vasco que fue don Miguel de Unamuno que, al viajar por la Grecia Antigua, comprendía que se asomaba a sus propios y personales reinos interiores. Así fue, en el fondo también, la formación de Hispanoamérica, continuidad y ampliación de la propia personalidad de España; y a la que tanto contribuyeron hombres como esos tres extremeños nacidos en 1475, cuya excepcional dimensión les hizo casi iguales a los héroes epónimos imaginados por los poetas épicos. Aunque, como ellos, y por ser humanos, tuvieran con frecuencia los pies de barro.

CRISTÓBAL TORAL

patetismo espacial

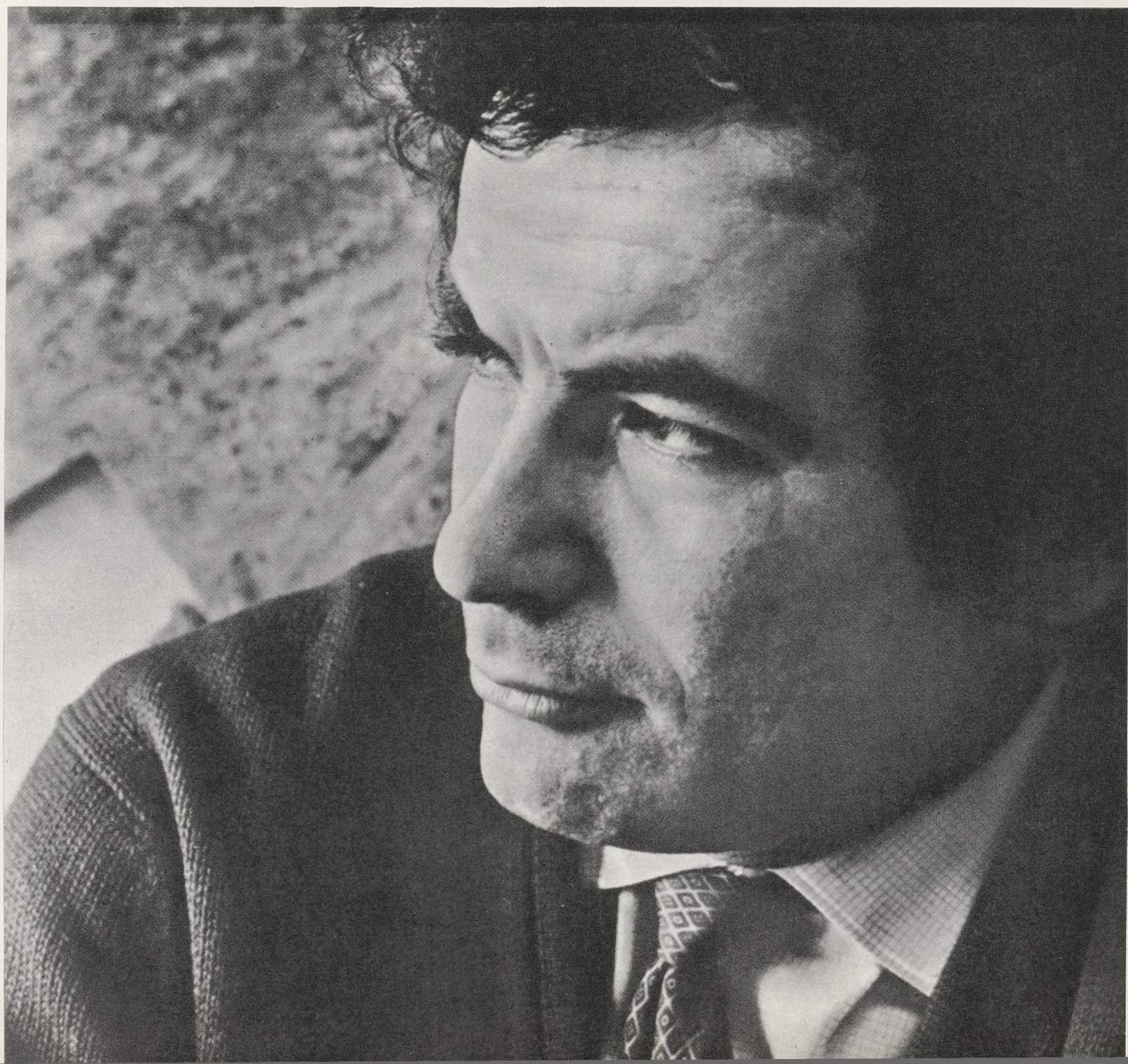
Por J. L. Castillo-Puche

A menudo resulta muy útil y esclarecedor relacionar la vida del artista con su obra, la personalidad del pintor con su creación, y tanto cuando hay una íntima conexión como cuando se percibe una franca disparidad entre ambos tal comparación resulta fecunda.

Cuando yo conocí a Cristóbal Toral, lo primero que me sorprendió en él fue su inquietud de tipo existencial. Recuerdo que me dio a leer unas cuartillas escritas por él en las cuales el pintor trataba nada menos que de acer-

carse al fenómeno Kafka para explicar la soledad de sus criaturas pictóricas, bien en el vacío de la intensidad astral, bien en el dramático y fantasmal andén de una estación ferroviaria sin punto de partida ni de destino.

O sea que, lo que es sin duda alguna una colosal irradiación romántica, ha querido el artista explicarlo y transmutarlo en alegoría, y lo que es un hallazgo personalísimo dentro de una técnica magistral, ha estado desde



CRISTOBAL TORAL

el primer momento transido de angustia filosófica, estremecedora búsqueda semiconsciente de ese límite de lo indefinido que debe ser el arte, distancia y presencia conjuntadas y compenetradas en patética realización plástica.

PERSPECTIVA DEL DESAMPARO

¿Y por qué ha de ser necesario, ni tampoco real, el propósito consciente y deliberado dentro del proceso artístico para que una obra de arte, y todo el conjunto de la obra de un artista, aboque y se plasme en tales consecuencias? El artista, si lo es de verdad, como lo es Toral, transfigura la obra, en un proceso inconsciente,

haciendo de ella símbolo radiante e imagen tocada de intemporalidad, por obra de la inquietud más que de la intención, porque hay en todo acto creador un factor involuntario, como ajeno y supremo, que está por encima del creador y lo arrastra y enajena en el rapto creacional.

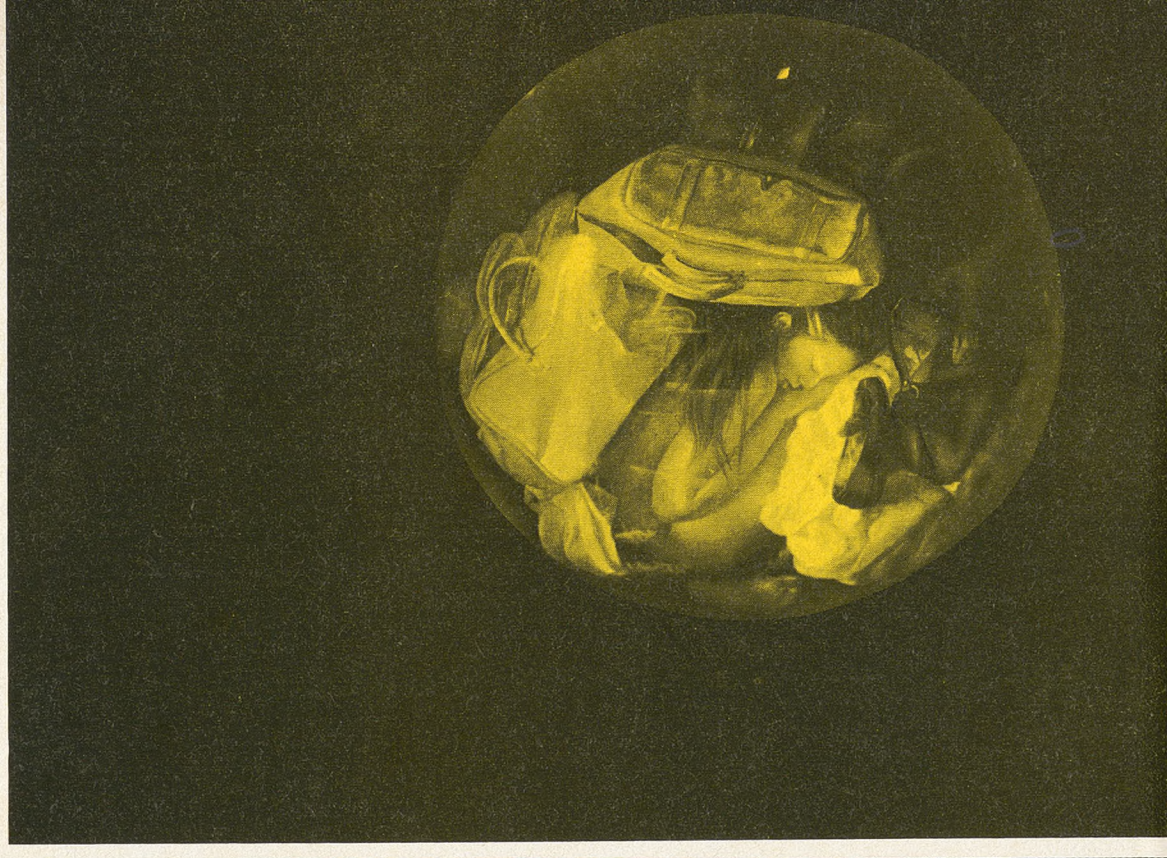
Lo que me seduce en la obra de Toral es, por una parte, su espacio y su tiempo, y por otra esa integración perfecta de todas sus motivaciones en la perspectiva del desamparo, piénsese en Kafka o en Hölderlin, el vértigo incierto de la ingravidez, el soporte sin soporte del mundo espacial, esa sublimación de la materia que la hace irreal realidad —telas, frutas, carne—, todo adquiere una calidad y consistencia novísima en afán dramático por descubrir una nueva naturaleza.







«Viaje interplanetario»



CRISTOBAL TORAL



PINTAR LA SOLEDAD

Pintar la soledad es de los intentos más dramáticos, más temerarios, tentadores y difíciles que puede proponerse un pintor, pero es sobre todo tentador en estos momentos y a estas alturas de la historia del arte, y yo diría que éste es precisamente el reto aceptado por Toral, su abismal atracción, y hay que decir que en cada obra y cada día se hace más clarificada su penetración hacia las tenebrosidades del prodigio. Y aún diría que el arte de Toral, en este sentido, está en sus comienzos, unos comienzos que se adivinan de larga y profunda andadura. Hay un descubrimiento, un encuentro feliz, una como iluminación a través de un ojo mágico que hacen de una vieja cama, de un montón de maletas, de una rosa marchita, de la mancha de podredumbre de una manzana, de las manos abandonadas de una muchacha, algo así como un filtro de seducción hacia la intemporalidad inasible, hacia ese principio de muerte y aniquilamiento que es la vida del arte.

Esa obsesión de ausencias que se viven en sus presencias, la fijeza del espacio como vacío en torno a la criatura humana o a los frutos terrenales, ese aire de despedida permanente de seres y cosas, la huida o migración transida de incertidumbre y melancolía —nada más ajeno a un posible espíritu de aventura, ni tan siquiera de esperanza, en esas traslaciones siderales— hacia lo ignoto, todo lo que se piensa, se siente, se intuye, se concientiza,

como mundo ajeno e inhabitable, aparte por supuesto de experiencias cotidianas domésticas y habituales, se trastrueca en un mundo particular de resignado vislumbre patético e inesquivable, algo que se quiere hacer presentir, algo que urge alumbrar, aunque no se sabe lo que es, ni si es, ni dónde reside.

POESIA Y TORMENTO

Realizarse a tientas en el espacio es desprenderse en gran parte del mundo real, pero Toral ha querido llevar al espacio una nueva tragedia para acrecentar el pánico metafísico de la soledad, y sólo por esto el desarraigo de sus criaturas no se queda en anécdota ni resta profundidad ni calidad a su pintura, sino que la enriquece poderosamente. El espacio se hace en Toral telón de la nada y de la noche y del abismo, sin más atadura que la nostalgia prendida en etiquetas, telas o colores.

La obra de Toral, pues, tiene ancho espacio por delante para su patética navegación, porque brota además de un hilo imaginativo rico y fecundo, capaz de producir esa pesadilla entramada de poesía y tormento, de sorpresa y magia, de destierro y drama, de inercia y vida, de espacio y nada, mundo tan experimental como fascinante, cautivador y revolucionario. Un camino abierto que ya hace escuela y tiene imitadores. Como debe ser.—J. L. C. P.



CANARIAS, PUENTE ENTRE DOS MUNDOS

Por Sabas Martín

COMO árboles marinos. Como semanario hecho de espuma, fuego y nieve. Coronadas de volcanes, jardines y barrancales. Secularmente adormecidas por las notas de un arrorró milenario que se mezcla con el vaivén de las olas. Como estrellas de una constelación aferradas en el Atlántico y la mirada confundida con el horizonte. Con el dolor, los ajijides, la tristeza de la tierra que se ve despoblada de sus hombres. Con el padre gigante Teide testigo de la locura de Beneharo, de los amores de Tinguaro y Guayrmina, de guanches, menceyes y achamanes, del adiós de la Bobadilla y Colón, de colonizadores, piratas, de la pérdida del brazo del almirante Nelson frente al cañón «Tigre».

Con vocación universal, en la encrucijada de tres continentes, Canarias es un universo propio, que se incorporó a la aventura americana desde el momento mismo de la firma de las Capitulaciones de Santa Fe.

América no se entiende sin Canarias. En la Gomera, embrujada de silbos y hombros recios, dejó Cristóbal Colón la última mirada hacia el Viejo Mundo. Allí tomó el agua preciosa que refrescó los labios y las secas gargantas de aquellos hombres que emprendieron dramático viaje. De estas tierras salían para el Nuevo Continente los productos propios de la fauna y de la flora y que tan similares hacen sus geografías. La bondad del clima, cantada por Virgilio, Salustio, Homero, Plutarco..., se ofrecía como descanso para aquellos héroes que se adentraban por el Mar Tenebroso para arrancarle sus secretos a las tierras desconocidas que cobraban cuerpo de tanto soñarlas.

Agua fresca, frutos, carne, la rica malvasía, cantada en isas y folías —«que rica la malvasía de Tenerife que se le mete a los ingleses por las narices...»—, losas y piedras sacadas de las canteras insulares, animales, piedras de filtro: antiquísimas neveras, gofio, pescado salado, manteca de la isla, queso montañoero, pan canario....

«Llegaron a los lugares agrestes y a los vergeles deliciosos de los bosques afortunados, donde se halla la morada de los bienaventurados.»

VIRGILIO



Todo lo que los isleños podían ofrecer con un corazón sin límites a quienes tomaban el incierto rumbo de las Indias. Y los humildes telares de la Palma, Hierro, Gomera y Gran Canaria que —arañas o gusanos gigantes— hilaban trajes y sedas. Y los ingenios que desgranaban su dulce regalo de miel y azúcar. Y el abrazo salado de las minúsculas calas a las naves fondeadas, como un último regalo antes de avizorar Venezuela, Campeche, Santo Domingo, La Habana, Guayana, Trinidad, Canadá, Puerto Rico... La generosidad de una tierra y la amistad sin precio de sus hombres.

Pero la aportación más importante, más aún que la posición estratégica y los productos de las Islas, fue el regalo inmenso que Canarias entregó a sus hermanos americanos: sus hombres. La presencia canaria en los países de América forma parte de la entraña de su historia. Aquellos isleños —y los de ahora— se insertaron en las nuevas tierras, formaron parte de su sangre virgen. Los canarios sabían de relatos de naufragos, de asaltos de la piratería, de dolorosas enfermedades, de tormentas, hambre y peligros nunca imaginados.

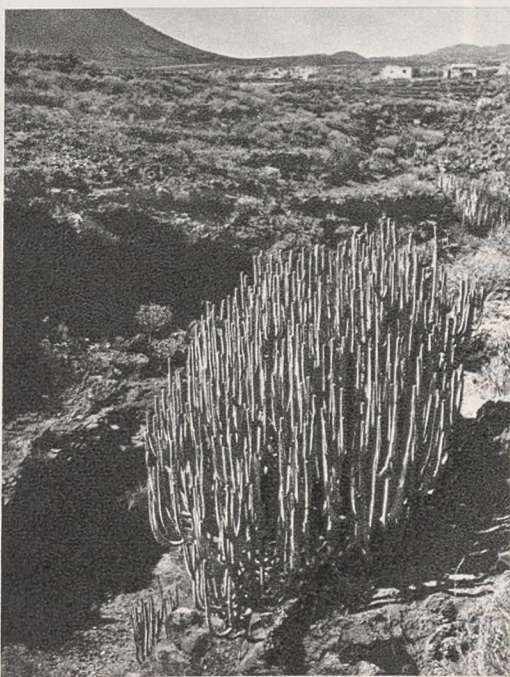
Pero, con ello, aguardaban impacientes la aventura de poder dejar sus huellas en la otra orilla del Atlántico.

Y los isleños fueron a la Nueva Tierra Americana y comenzaron a levantar pedazos de España. Ellos fueron los primeros criollos. Los pueblos, villas, ciudades, torres, casas, cantos, comidas, palabras... empezaron a fundirse en un mismo estilo que recordaba el hogar dejado atrás: la sombra del Teide gigante; el verde de pincel de las plataneras de la Orotava; las orquídeas de piedra y lava; el rumor de la mar como balcón abierto a los sueños.

Sí. América no se entiende sin Canarias. Ni Canarias sin América. Este puente abierto en el océano es la esperanza que une a dos mundos en una sola sangre.



El «Drago», árbol totémico de Canarias.—La Cruz de Garachico, en Tenerife, abierta sobre el mar.—La Orotava y el espectáculo fascinante del Teide. Cactus gigante de Granadilla, en Tenerife.—El Rincón, de Lanzarote.





Las
espadas
que
fueron
historia

GRANDES CAPITANES ESPAÑOLES

POR EPOCAS HISTORICAS
Y ZONAS GEOGRAFICAS

Una emisión de alto estilo realizada por **Acuñaciones Españolas, S.A.**
en adhesión al **DIA DE LA HISPANIDAD**
con los auspicios del Instituto de Cultura Hispánica

LA COLECCION SE COMPONE DE 16 ACUÑACIONES



DON PELAYO



HERNAN CORTES



SANCHO DAVILA



JUAN MARTIN DIAZ, EL EMPESINADO



RODRIGO DIAZ DE VIVAR, EL CID CAMPEADOR



FRANCISCO PIZARRO



DON JUAN DE AUSTRIA



TOMAS DE ZUMALACARREGUI E IMAZ



BERENGUER DE ENTENZA



FERNANDO DE AVALOS, MARQUES DE PESCARA



FERNANDO DE AUSTRIA, CARDENAL-INFANTE



JUAN PRIM Y PRATS



GONZALO FERNANDEZ DE CORDOBA, EL GRAN CAPITAN



ALONSO DE AVALOS, MARQUES DEL VASTO



FRANCISCO JAVIER CASTANOS



JOAQUIN VARA DE REY Y RUBIO

Emisiones **rigurosamente limitadas** para todo el mundo, numeradas y acreditadas por certificación "ad personam" con el mismo número de la colección.

EMISION EN ORO DE 24 KILATES 999/1000

XV Colecciones

(Estuches de piel)

Peso de cada pieza: 105 gr.

Diámetro » » 60 mm.

EMISION EN ORO DE 22 KILATES 917/1000

25 colecciones

(Estuches de piel)

Peso de cada pieza: 105 gr.

Diámetro » » 60 mm.

100 colecciones

Peso de cada pieza: 35 gr.

Diámetro » » 40 mm.

También se han realizado emisiones no limitadas en oro de 22 quilates 917/1000, en los diámetros de 32, 24 y 20 mm., acompañadas con certificado de garantía
PUEDEN ADQUIRIRSE PIEZAS SUELTAS



Fabricación y distribución en exclusiva mundial a cargo de:
Acuñaciones Españolas, S.A.

Córcega, 282 - Teléfono 228 43 09* - Telex 52547 Aurea - Dirección telegráfica: Acuñaciones - Barcelona-8



memoria
y
presencia
de
un
poeta



CASTILLA LA VIEJA VISTA POR DIONISIO RIDRUEJO

VER a Ridruejo hoy, pensar en él, soñar con él en una España mejor: esto pretenden estas líneas, que son memoria de una vida honrada y rigurosa, pero que son presencia también porque —como decía, en éstas mismas páginas, con esa profundidad que tiene todo verdadero lirismo Luis Rosales del otro poeta desaparecido, Luis Felipe Vivanco— el escritor auténtico, el hombre de pensamiento y de emoción nunca se va del todo, aunque la muerte física se interfiere en su camino.

Pensar en Dionisio Ridruejo, al que

hemos seguido minuciosamente a través de esos dos magníficos y conmovedores libros de Castilla la Vieja, editados por la Editorial Destino.

El podía haber escrito una gran obra de ficción —como Neruda hizo— sobre Castilla, a la que amó intensamente, pero dedicó todo su esfuerzo a sistematizar los conocimientos y la experiencia vital al servicio de un mundo objetivo.

Un minuto, pues, de silencio, para Ridruejo, un silencio parecido al que nos da de los pueblos y tierras castellanas que él registró en unas páginas densas,

intensas, y en las que —paradójicamente— el poeta sólo aparece en segundo término. Castilla era, diríamos, tan incuestionablemente objetiva que no hizo, al verla, al escribirla, poesía sino inventario, emoción profunda sino amorosa constatación.

Las dos guías, que salen a la luz poco antes de su muerte, son guías para el viajero, pero también caminos espirituales para ver el mundo. La historia de nuestras tierras, su geografía, su colorido, su arte, sus gentes, están ahí, no desvinculadas del escritor, sino entrañablemen- ▶



te unidas a un testimonio que, en definitiva, es un testimonio personal, un modo de ver el mundo.

Junto a ese amor a Castilla, tienen estos textos enjutos, vivos pero clásicos también, el vigor del intelectual puro, y en ellos encontramos el mundo interior de Ridruejo, un limpio cristal donde se refleja España, donde ha de reflejarse todo el que dolorosamente la busque.

Estas dos guías de Castilla son guías para nuestra espiritualidad: reflejan lo que debe uno mirar, seguir, sentir, cuando la mirada busque por dentro de las cosas, de las piedras; escarba en esta Castilla que él nos hace viva, que él nos da para una nueva reelaboración.

Dionisio Ridruejo, el hombre bueno del que hablaba Machado, nos ha dejado, pero su figura, su mirada, su labor intelectual quedan y con ella han de contar las generaciones venideras para un mayor entendimiento de la identidad de España.

Dionisio Ridruejo no cuenta explícitamente su mundo interior al analizar el arte, la sociología, la geografía de Castilla, pero, inarticulado, aparece su mundo interior, lo que él fué, lo que quiso ser, el dolor y la esperanza de España.

La escritura, tantas veces, se revela insuficiente, como ahora: lo mismo ocurre con el apretado testimonio de estos dos libros fundamentales para entender nuestra historia y nuestro presente. Estos libros que son importantes, tanto por lo que dicen como por lo que no dicen. Libros que, como todo lo grande, tienen su secreto...

Unas páginas antológicas harán —siquiera— al lector la función de caja de resonancia, de eco de una voz estremecida de fatiga y de poderosa esperanza.

JAVIER DEL AMO



*Hacia la frontera
occidental de Burgos.
el hombre en su
soledad trajina sin
descanso.*



*«Enhiesto surtidor
de sombra y sueño».
el ciprés de Silos.
tentación de poetas.*

HUBO UNA CASTILLA QUE SE QUEDO

«**L**A Historia puede, sin embargo, escribirse desde diversos puntos de vista y no cabe duda de que, con todo lo dicho —historia política— esa Castilla con los límites en corrimiento sucesivo fue también —historia social— la habitación de un estrato de pueblo que fecundaba sus tierras e imponía a la hidalguesca pasión expansiva un contrapunto de urbana o campesina laboriosidad y de ensimismamiento sedentario. Esta es la otra Castilla, que podría responder a las acusaciones hechas a la primera con el argumento que Unamuno oponía a aquel amigo suyo, criollo de América, cuando le hablaba en Salamanca de las tropelías que en tierras incas hicieron sus antepasados —los del poeta vasco—. A lo que el rector respondió: “Querrá usted decir los suyos, porque los míos fueron los que se quedaron aquí.” Hubo, claro es, una Castilla que se quedó y es ésta, sobre poco más o menos, la que nos vamos a encontrar nosotros. Que aquella Castilla fue fundamentalmente alterada por la segunda no puede dudarse. Pero nuestro problema es ahora cómo encontrarla.»

SORIA PURA

«**Q**UE Soria, aislada, pobre, con su clima duro y a trasmano de las rutas importantes, haya llegado a ser imagen familiar para los hombres de lectura se debe sobre todo a la peripecia biográfica de un gran poeta que vino a ella en los años de su primera madurez, amó, sufrió y encontró en sus paisajes el tema conveniente a su talante espiritual. Hoy se habla de la Soria de Machado más que de la Soria numantina, mito nacional indudable y que bastaría para explicar la atención de un cierto gremio de estudiosos. Si Soria es, sobre todo, la de Machado, ello no sucede sólo por la mayor genialidad de nuestro poeta preferido, sino porque el sujeto se ajustaba bien a la óptica del contemplador, que era la dominante en un tiempo de crisis y esperanza. Por eso la imagen de Machado es ambigua. Su criticismo progresista, su patriotismo crítico, le llevará a convertir a Soria en el paradigma extremo de la España menoscabada, sumergida bajo un pasado altisonante y debatiéndose por romper «hacia la vida» con la pesadumbre de sus tierras desnudas y de su resignación, tan mineral como la entraña de los páramos. Por otra parte, su intimismo de raíz idealista le llevará a la complacencia estética que la pena de amor y de ausencia dejará en su última depuración. Vista con uno de los focos, Soria será aislamiento, lucha casi imposible con los rigores del medio, postración consolada por la dignidad, esperanza de poco sostén y mucha intemperie. Vista con el otro, Soria será el paisaje subjetivable por excelencia, el paisaje-alma, con belleza que apenas pide ayuda a los sentidos, impresionándonos desde la propia imaginación con el hayedo en el pinar, las hojitas del olmo o la mariposa del zarzal florido. Ni siquiera la referencia monumental le hace falta a Machado. La ciudad es «decrépita» y «bella bajo la luna». La sociedad es puramente tácita —Palacios, buen amigo—, mientras el paisaje más explícito va fundido a la tierra con algunos excesos de sombra. El alto llano con sus colinas próximas y sus montañas lejanas que tienen los colores del sentimiento —plateadas, cárdenas, azules, violeta, rosa— era lo suficiente.»

CASTILLA LA VIEJA VISTA POR DIONISIO RIDRUEJO

EN LA RUTA DE DARWIN

EN la península de Valdés, al sur de la Argentina, a más de 1.400 kilómetros de Buenos Aires, vive en libertad una colonia fascinante de elefantes marinos, lobos marinos, leones marinos. Casi extinguidas en otros lugares del mundo, estas especies dan testimonio del apasionante espectáculo de la vida natural, en una región intocada por la mano del hombre. El paisaje es tremendo, virgen, quieto en la integridad de su origen prehistórico.

El primer científico moderno que contempló este espectáculo fue Charles Darwin, en su viaje a bordo del «Beagle», uno de los nombres míticos de la navegación. El buque había zarpado de Río, rumbo a Montevideo, en julio de 1832 y, desde la capital uruguaya, navegó hacia el misterioso Sur magallánico, la Tierra del Fuego argentina. De toda su aventura, Darwin guardó como un tesoro el recuerdo de ese mundo conservado en su limpieza y su fascinación inmaculada. Aquél era, como diría más tarde el Conde de Keyserling, el continente del Tercer Día de la Creación, y en él encontró el naturalista británico la colección de fósiles más rica —y, sin duda, más intrigante— de cuantas han llegado a las manos de los cien-

tíficos modernos. El Museo de la Plata conserva hoy los esqueletos de megaterios, toxodontes, mastodontes, que asombraron a Darwin.

Allí estaban, también, los elefantes marinos de Valdés, esos que mostramos en esta colección de fotografías.

* * *

La península de Valdés está ubicada en la provincia de Chubut, al sur, en el extremo boreal de la Patagonia Argentina, sobre el

océano Atlántico. Viniedo desde Buenos Aires se encuentra a algo más de 1.400 kilómetros. Tiene carácter de isla, ya que está unida al continente por un istmo que, en parte, mide sólo 5 kilómetros. Este istmo es una especie de grueso cordón umbilical para esta península que tiene un ancho de cien kilómetros y, visualizada en el mapa, aparece como una especie de hacha que el continente blande sobre el Atlántico. Su clima es típicamente marino, húmedo. Esto le confiere fertilidad al panorama, animado por una intensa vida animal. Se advierten manadas de guanacos, grupos de maras, zigzagueantes ñandúes, numerosas bandadas de marti-

Carlos Darwin, por George Richmond.





ANIMALES MARINOS

Más de una vez, mientras yo buscaba animales marinos, con mi cabeza a unos dos pies por encima de los peñascos de la costa, recibí en pleno rostro un chorro de agua acompañado de un ligero y discordante ruido. Al principio buscaba en vano de dónde me venía esa agua; después descubrí que era arrojada por un pulpo, y por muy oculto que estuviera él en un agujero, ese chorro me hacía descubrirle. Este animal posee ciertamente el poder de lanzar agua, y estoy persuadido de que puede apuntar y dar con bastante acierto en un blanco elegido, modificando la dirección del tubo o del sifón que tiene en la parte inferior del cuerpo. Dichos animales arrastran con dificultad la cabeza, por lo cual les cuesta gran trabajo moverse cuando se les coloca sobre el suelo. Uno de ellos lo conservé algún tiempo en mi camarote y advertí que despedía una ligera fosforescencia en la oscuridad.

Carlos Darwin





netas copetas (aves polígamas), antiquísimos armadillos como el piche y el peludo, abundantes zorros grises, águilas, aguiluchos. Pero sin duda esta abundancia zoológica donde más impacta es en la zona de los lobos, de los leones y elefantes marinos, constituyéndose en este aspecto en el mayor santuario de mamíferos marinos del mundo.

Al sur del paralelo 42, la agresiva geografía patagónica, tiene como rasgo constante el fuerte y sostenido viento que a veces hace trastabillar hasta a las personas.

Pero hay algo que permanece al margen del viento: es el *elefante marino*. Son masas enormes, llegan a medir hasta 6,50 metros (22 pies) y el peso suele alcanzar los 3.600 kilos (8.000 libras). Después del elefante real que supera con facilidad los 5.000 kilos, el elefante marino es el segundo en tamaño y peso y además, holgadamente es el más grande de los pinnípedos, pues supera por el doble a la vaca marina.

Lo verdaderamente llamativo es que estos colosales animales se encuentran «a la mano» en un lugar como Punta Norte, en la Península de Valdés, en donde se estima que hay más de 2.000 ejemplares, la mayoría de la especie Leonina *Mirounga Linn.*

La particularidad más visible de estos ejemplares que constituyen una especie única en el mundo es que los machos llevan sobre la nariz una excrescencia que pueden hinchar a voluntad hasta medir unos 50 centímetros.

* * *

Alternando con la colonia de elefantes se encuentran las loberías, igualmente concurridas, en que se observa la concentración de ejemplares de la especie *Otaria Flavescens*.

Tanto los lobos marinos como los leones, años atrás sufrieron el ataque irracional del hombre. Las cacerías eran frecuentes, arriesgadas y de contornos sangrientos. Separaban grupos de

hasta cincuenta animales y los hombres distribuidos, en círculo con caños de hierro de un metro, los mataban a garrotazos. Las hembras muy dóciles, caían fácilmente, los machos no. El objetivo era sacarles la grasa y producir aceite. Se mataban por cientos. Había hombres que ultimaban hasta 80 ejemplares en una sola jornada. Esta explotación fue contenida en 1963, cuando ya estaba por extinguirse la especie, que ha vuelto a multiplicarse lentamente. En la actualidad los lobos, leones y sobre todo elefantes marinos siguen creciendo en un medio que por fortuna no ha sido alterado por la mano del hombre.

* * *

El espectáculo es singular por los sonidos, que ya se perciben desde mucho antes y por los colores, ya que la pelambre de los elefantes marinos varía según el sexo y la edad. Es negra en los cachorros, gris parduzco en las hembras adultas, y bayo oscuro en los machos.

Tanto los elefantes como los lobos marinos son animales muy sociables. El volumen de sus cuerpos y la espectacular sonoridad de sus rugidos no tienen nada que ver con su actitud pacífica. El visitante se puede aproximar a ellos. Inclusive puede fotografiarlos con comodidad y desde cerca. Sólo hay que tener en cuenta la siguiente recomendación: «*Son animales pacíficos, sólo que, evite peligros. ¡No les corte la retirada al mar!*» Efectivamente, no cruzándoseles en el camino cuando retornan al mar, no hay peligro con ellos. Seguramente esa misma pasividad fue lo que causó hace años el parcial exterminio.

Fotos: Roberto Bunge

El espectáculo de los elefantes marinos es singular por los sonidos que emiten, ya que se perciben desde muy lejos y su pelambre varía según el sexo y la edad.

LOS PRECURSORES DEL BOOM

*Cuatro escritores
peruanos:*

*PALMA,
MARIATEGUI,
VALLEJO Y
ARGUEDAS*

Por José Luis González Coronado

DESDE Ricardo Palma hasta Vargas Llosa ha corrido mucha agua por los ríos profundos del Perú. Mucha tinta ha salido de la pluma de sus escritores. Por eso, adentrarse en su literatura no sería tarea fácil, mucho menos el hacerlo en un sentido erudito o de crítica en profundidad. De ahí que me limite en este trabajo a dejar que fluya el pensamiento, el sentimiento quizá, en una sencilla labor de reconocimiento y homenaje. Lo haré al albur, sin método, recorriendo las tierras y la historia del país de la mano de cuatro de sus mejores escritores. Esas tierras tan profundamente variadas que configuran tan profundas diferencias entre los hombres que las habitan, y esa historia de siglos, sin duda turbulenta, de país vivo, que arranca de sus imperios de arquitectos y guerreros, que después fue duramente conquistada y sometida para acabar otra vez dueña de su autonomía, debatiéndose en luchas internas a la búsqueda de su definitiva configuración social y política.

HITOS FUNDAMENTALES

Hay cuatro hitos en la literatura del Perú desde que la victoria de Ayacucho iniciara la etapa de independencia. Solapados unos con otros dan idea claramente de las transformaciones fundamentales que han ido experimentando las letras en este último siglo y medio. El primero es Ricardo Palma, el escritor que todavía conserva reminiscencias de la literatura virreinal y que tanto los añorantes del colonialismo como los partidarios del nacionalismo quieren tomarlo como abanderado de sus ideologías. Palma, sin embargo, se manifiesta tanto en sus escritos como en sus declaraciones de talante liberal. Su estilo, tal vez de ahí la confusión, es netamente colonial, de corte europeo decimonónico, no hay nada concretamente autóctono en la forma de escribir de Ricardo Palma; a pesar de ello, sus

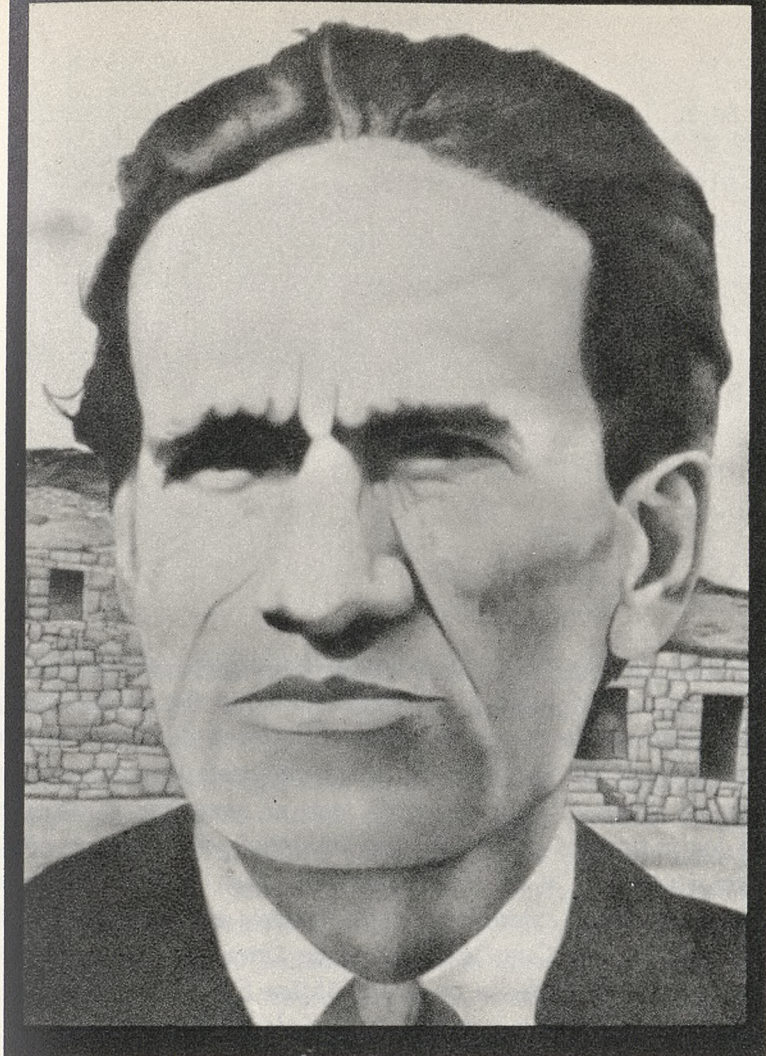


RICARDO PALMA

escritos rompen ya una lanza contra el amaneramiento y la intrascendencia de sus predecesores de la colonia. Hay gracia en sus «Tradiciones Peruanas» que emana de su tono burlón, de la ironía con que trata a la sociedad encopetada del virreinato, al clero y a los estamentos dominantes de su época y de las inmediatamente anteriores.

El segundo hito es José Carlos Mariátegui. Con él tenemos ya el primer escritor y pensador claramente peruano. El hombre que absorbe las ideologías europeas de vanguardia y las lleva a su país para tratar de hacerle avanzar en el sentido en que Occidente lo estaba haciendo. En Mariátegui hay ya un planteamiento profundo de las realidades sociales y políticas de su país. Con «Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana» logra la primera formulación seria de la situación nacional, desde el problema racial a la crítica literaria.

El hito tercero de este recorrido es César Vallejo, el primer gran poeta autóctono, el «cholo» genial. Vallejo in-



VALLEJO



MARIATEGUI

corpora a su poesía lo que hasta entonces no había sido introducido de una manera terminante: el acento «serrano», la savia de la cordillera, las raíces del pueblo, el ancestro quechua. Su poesía asume el aliento inca para darnos los versos con más humanidad y mayor carga lírica de cuantos se hayan escrito en el Perú y a la altura de los mejores que se hayan escrito en toda la literatura universal. Antenor Orrego escribiría de él: «A partir de este sembrador se inicia una nueva época de la libertad, de la autonomía poética, de la vernácula articulación verbal.»

La cuarta piedra en el tiempo de esta literatura ya considerable, debemos alzarla delante del nombre de José María Arguedas. Con este escritor culmina la tarea que Vallejo iniciara, y el entorno indio, la cordillera y los ríos profundos, pasan ya a ser la parte fundamental, el «leit-motiv» de una obra, hermosa unas veces, desgarrada otras, siempre llena del hombre del Perú y que abarca desde la cárcel de «El Sexto», con su sordidez y sus miserias, hasta la falda de los cerros de Huancapi, donde el viento sacude la paja y en el lecho de la quebrada crece el «k'ëñwa» de corteza roja. Arguedas da vida a las piedras milenarias del Cuzco y hace que palpemos la nostalgia del indio que desde su ínfimo estamento social siente cómo se estremecen las sombras zigzagueantes de Sacsayhuaman cuando está repicando la «María Angola», la campana de la catedral.

DOS LITERATURAS

Sin embargo, persisten todavía las dos concepciones peruanas de la literatura que Federico More dibuja muy bien en un artículo publicado en 1924. Dice exactamente: «Literariamente, el Perú preséntase, como es lógico, dividido. Surge un hecho fundamental: los andinos son rurales, los limeños urbanos. Y así las dos literaturas. Para quienes actúan bajo la influencia de Lima todo tiene idiosincrasia

iberafricana: todo es romántico y sensual. Para quienes actuamos bajo la influencia del Cuzco, la parte más bella y honda de la vida se refleja en las montañas y en los valles y en todo hay subjetividad indescifrada y sentido dramático. El limeño es colorista: el serrano musical. Para los herederos del coloniaje, el amor es un lance. Para los retoños de la raza caída, el amor es un coro transmisor de las voces del destino.» En estas dos concepciones, está claro el papel de la geografía a la hora de enfocar la literatura. ¿Dónde nacen los cuatro escritores que hoy nos ocupan? ¿De qué fuentes humanas bebieron en sus primeros años? Veamos: Palma nace y vive en Lima prácticamente toda su vida, excepto los dos años de exilio en Chile y algún viaje a Europa. Raúl Porras Barrenechea nos cuenta así el entorno del escritor en sus primeros años: «Palma abrió los ojos en el corazón de la Lima virreinal. Por la espalda, los muros de su casa tocaban con los de las cárceles de la Inquisición limeña, cuya historia sería el primero en escribir. A media cuadra de su hogar, en lo que es hoy Plaza de Bolívar, funcionaba el mercado o plaza de abastos y el desplante de las mulatas vendedoras de pescado y desenvoltura. Pocos pasos más allá, en el sitio que ocupa actualmente el Congreso, estaba el edificio de la Universidad Mayor de San Marcos con sus muros altos y severos, su claustro imponente, en el que se alineaban retratos de frailes cate-dráticos e inquisidores, y en cuyo General funcionaba, desde 1822, el Congreso. En un ángulo de la manzana en que vivía Palma estaba la casa en cuya entrada la tradición popular asegura que había fallecido el Virrey Conde de Nieva al descender de un balcón. El otro ángulo daba frente al monasterio de la Concepción, fundado por una cuñada del conquistador Pizarro. Cuadra abajo de la Concepción estaba el colegio del Príncipe, fundado por el Virrey Esquilache y dedicado ya a la Biblioteca Nacional. Son casi todos los lugares entre los que había de transcurrir la vida del tradicionalista.»



José Carlos Mariátegui es otro limeño. Veamos lo que él nos dice de sí mismo: «Aunque no soy escritor autobiográfico, le daré yo mismo algunos datos sumarios. Nací el 1895. A los catorce años entré de alcanza-rejones en un periódico. Hasta 1919 trabajé en el diarismo, primero en «La Prensa», luego en el «El Tiempo», finalmente en la «La Razón». En este último diario patrocinamos la reforma universitaria. Desde 1918, nauseado de política criolla, me orienté resueltamente hacia el socialismo, rompiendo con mis primeros tanteos de literato inficionado de decadentismo y bizantinismo finiseculares en pleno apogeo. De fines del 1919 a mediados de 1923 viajé por Europa. Residí más de dos años en Italia, donde desposé una mujer y algunas ideas. Anduve por Francia, Alemania, Austria y otros países. Mi mujer y mi hijo me impidieron llegar a Rusia. Desde Europa me concerté con algunos peruanos para la acción socialista. Mis artículos de esa época señalan las estaciones de mi orientación socialista. A mi vuelta al Perú, en 1923, en reportajes, conferencias en la Federación de Estudiantes, en la Universidad Popular, artículos, etc., expliqué la situación europea e inicié mi trabajo de la realidad nacional conforme al método marxista.» Como se ve, a pesar de la diferencia notable que existe ya entre Palma y Mariátegui, todavía ambos son limeños y su ascendencia, europea.

EL PERU Y SU DOBLE

Con la llegada al mundo de las letras de César Vallejo, entra el interior del Perú, la otra raza, en el ámbito de su literatura. Nace Vallejo en Santiago de Chuco (1892), en plena cordillera, con la mezcla de sangres haciéndole un pionero del sentir andino. Sus dos abuelos fueron dos sacerdotes españoles, sus dos abuelas, indias. Terminó su bachillerato de letras en Trujillo, y cuando llegó a Lima no estuvo mucho tiempo, lo justo diría yo, para publicar «Heraldos Negros», su primer libro, su libro magistral, que había sido concebido y desarrollado lejos de los cenáculos limeños y con la tierra natal todavía llenándole los ojos. Volvió a Santiago de Chuco en mala hora porque fue encarcelado bajo la acusación de «incendio, asalto, homicidio frustrado, robo y asonada». Cuando salió de la cárcel, en 1921, «Trilce» ya estaba muy adelantado, al año siguiente lo publicó en los mismos talleres de la cárcel y un año después salió del Perú hacia Europa para no volver ya a su país. Murió en París en 1938 desgastado físicamente por la vida.

Recogiendo en cierto modo la antorcha de Vallejo, otro escritor de la cordillera, José María Arguedas, había publicado ya su primer libro, «Agua», seis años antes de morir Vallejo. Nació Arguedas en Andahuaylas, en pleno Tawan-

tinsuyo, el año 1911. Su primera educación la recibió de una comunidad india y su primera lengua fue el quechua. Sólo después de cursar estudios superiores de Letras en la Universidad de San Marcos, haría del castellano su propia lengua. Conoció muy de cerca todo el quehacer y miseria de los indios del altiplano y su inquietud andina no se ciñó exclusivamente a su labor literaria; fue también un brillante etnólogo, catedrático de la materia en la Universidad de San Marcos. Conoció la cárcel de Lima por formar parte del Comité de Defensa de la República Española; de su experiencia carcelaria saldría esa novela desagarradora, sórdida y nostálgica que es «El Sexto». En 1969 se suicidó dentro de un aula de la Universidad de Lima.

Ya estamos más o menos situados en el tiempo histórico y en el diverso origen y trayectoria de cada uno de los cuatro escritores de quienes tratamos aquí. También hemos tocado, ya sea de paso, sus particulares aportaciones en la evolución y desarrollo de la literatura del Perú, pero nos queda lo más importante, a mi modo de ver: la referencia concreta de sus obras, el mundo de cada uno de ellos, el distinto Perú que cada uno, particularmente, ha escrito. Como en toda literatura que se precie, el hombre es el eje de la obra de estos escritores, el hombre sólo con su mundo o el hombre en medio de su tierra. Hablemos, pues, del protagonista común: del virrey, del arriero, del cholo, del aprista, del inca, de los cachacos, de los huambisas...

RICARDO PALMA

De todo hay en las «Tradiciones Peruanas», de Ricardo Palma, divididas en cuatro partes según su cronología. Van desde las tradiciones del Perú incaico y de la conquista, pasando por las de los virreyes y del Perú independiente, hasta las del Perú republicano. En todas ellas, la leyenda quiere llamarse historia y puede que muchas veces lo sea, ya que la verdad oral no siempre es menos rigurosa que la escrita. Yo no sé si habrá escrito algo «histórico» sobre las cautivas de Tupac-Yupanqui y sobre la Palla-Huarcuna, pero de hacerlo nunca podrá ser tan bello como la historia de Palma. Esa leyenda que nos habla de la cadena de cerros entre Izcuchaza y Huaynanpuquio, donde existe la roca con forma de india con collares y turbante de plumas, para recordar a los habitantes de Huancayo el sitio donde el cacique mandó matar a la esclava que no quiso ser suya sino del indio que había muerto defendiéndola para dar a su amor toda la fuerza de lo eterno.

Entre las tradiciones de la conquista se destaca la de la bella Oderay, esposa del rey Toparca. Palma nos cuenta cómo García de Peralta se prendó de la belleza de Oderay



y mandó encarcelar a Toparca para poseerla. La joven se puso veneno en los labios para que los besos del conquistador fueran mortales. Después, en la celda de Toparca, los esposos se entregaron a su último beso, conscientes de que en él estaba la muerte de ambos. Hay también en las «Tradiciones Peruanas» relatos picarescos de los aventureros del Nuevo Mundo; a propósito de esto cabe recordar la historia del bachiller Pajalarga y los pasquines; era Pajalarga un clérigo andaluz «un tanto gorrino y mal traído, ojizaíno, quijarudo, desgarrado como manga de parroquia, patiestevado y langaruto» que se dedicó a pegar por las paredes de Trujillo carteles donde se ponía en ridículo y se aireaban los trapos sucios de la sociedad trujillana más encopetada; como muestra, uno de los carteles, decía así: «Si es que no he errado la ruta, / vive aquí doña Carmela / que es tan grandísima... / como su madre y su abuela.» Descubierto en una de las suyas, el tal Pajalarga escapó de milagro del cadalso y huyó a Panamá, donde cayó de una mula y se lo comió un caimán. En todas las tradiciones de esta época, Palma se deja llevar por la sorna y la ironía dando la visión más bella y festiva que se ha hecho sobre la historia de los virreinos. Del mismo modo, cada una de sus tradiciones del Perú independiente o del Perú republicano son una gotita de historia de segunda clase, de esa historia de la calle que no por estar lejos de los tratados es menos historia. En cualquier caso, también Palma aporta datos valiosísimos a la historia grande y nos deja sus «Anales de la Inquisición de Lima», recopilación de datos sobre el particular, que se habrían perdido de no ser por él cuando se saqueó la Biblioteca de la capital en 1881 y se perdieron los cincuenta mil volúmenes que había contenido.

JOSE CARLOS MARIATEGUI

De entre todas las obras de José Carlos Mariátegui, hay una que descuella. Se trata de «Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana». El análisis que Mariátegui consigue en su estudio está hoy vigente en gran parte de sus puntos a pesar de los cincuenta años que han pasado desde que lo escribiera. El primer ensayo se titula «Esquema de la evolución económica» y trata en él de la economía colonial, del período del guano y del salitre, del carácter de la economía de su época y de la economía agraria en relación con el latifundio feudal. Su ensayo más corto es el titulado «El problema indio». Dice textualmente: «La cuestión indígena arranca de nuestra economía. Tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra. Cualquier intento de resolverla con medidas de administración o policía, con métodos de enseñanza o con obras de vialidad, constituye un trabajo superficial o adjetivo, mientras sub-

sista la feudalidad de los gamonales.» En efecto, en este ensayo y en el titulado «El problema de la tierra», Mariátegui habla de las consecuencias humanas de la economía colonial y feudalista: la despoblación y la esclavitud, y analiza desde el punto de vista económico la inviabilidad de las mejoras de la agricultura nacional mientras no cambiaran las estructuras de la propiedad.

No hace mucho hablé con algunos agricultores de Juli, cerca del Titicaca, y cuando les vi partir hacia las explotaciones comunales noté como si Mariátegui me hiciera un guiño desde algún recodo del camino. Aborda el ensayista también la reforma universitaria en «El proceso de la instrucción pública». Y completa su estudio con los ensayos «El factor religioso», «Regionalismo y centralismo» y «El proceso de la literatura». En este último nos da una panorámica completa de la literatura del Perú desde la época de Ricardo Palma hasta las últimas corrientes de su tiempo. Pasan por este ensayo los nombres de González Prada, Melgar, Abelardo Gamarra, Chocano, Riva Agüero, Eguren, Alberto Hidalgo, Vallejo, Alberto Guillén, Magda Portal y Alcides Spelucín y corrientes literarias como el colonialismo, el futurismo y el indigenismo. Es claro que no toda la obra de Mariátegui se reduce a sus «Siete ensayos»...; en su libro «El artista y su época», nos da su visión particular de las corrientes artísticas en Europa, haciendo un agudo estudio sobre el movimiento surrealista y su interpretación política y estética. No menos interesante es su libro «Figuras y aspectos de la vida mundial» en el que Mariátegui analiza cada uno de los pormenores del acontecer histórico desde 1923 hasta 1930 dando a sus juicios una claridad que el tiempo se ha encargado en muchos casos de convertir en profecías. En la misma línea está el libro «Cartas de Italia» donde se recogen sus impresiones históricas y sus testimonios viajeros en forma de artículos que fueron publicados en «El Tiempo» entre 1920 y 1922. Otros libros importantes suyos son: «Peruanicemos el Perú», «La escena contemporánea», «Temas de nuestra América», «Ideología y política», En todos ellos, si la labor del escritor es la de ser un testigo de su época y dar su testimonio, Mariátegui cumple perfectamente su misión.

CESAR VALLEJO

Qué difícil hablar de la obra de un poeta tan grande como César Vallejo. Qué difícil entrar en ese mundo suyo, cuya expresión certera sólo es posible desde el genio. Su primer libro, «Heraldos Negros», se nutre aún de la madeja poética hispanoamericana de la época; de alguna manera se vislumbran Darío, Gabriela Mistral, Lugones y ►

otros poetas del modernismo y sus alrededores. Vallejo no va hacia esa poesía; parte de ella, es su primer material; con esos antecedentes no remodela la poesía americana: crea una poesía nueva. Su siguiente libro será la confirmación de esta visión renovadora. A pesar de todo, «Heraldos Negros» está también tocado en su fondo por la corriente americana de la época, hay una sustancia poética común con ella, sobre todo con la de Mistral, en cuanto a los sentimientos y las reflexiones. El común denominador es la introspección, el sentimiento de desolación, el tinte trágico de todo fatalismo, aunque en «Heraldos Negros», para Vallejo, lo fatal sea lo interminable de la lucha contra lo indeterminado. En este libro, el poeta busca a Dios, no para explicarse el orden de las cosas, sino para interpellarle. Es la rebeldía ante lo inexplicable, es la desolación ante la incertidumbre, es la reivindicación del hombre ante la divinidad. En los «Dados Eternos» escribe:

«Dios mío, estoy llorando el ser que vivo;
me pesa haber tomádotte tu pan;
pero este pobre barro pensativo
no es costra fermentada en tu costado:
tú no tienes Marías que se van!

.....
.....
Dios mío, y esta noche sorda, oscura,
ya no podrás jugar, porque la Tierra
es un dado roído y ya redondo
a fuerza de rodar a la aventura,
que no puede parar sino en un hueco,
en el hueco de inmensa sepultura.»

El hombre contra la tierra, el ser que piensa y sufre y el cerebro del hombre dando vueltas en torno al sufrimiento: «Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé! / Golpes como del odio de Dios; / como si ante ellos, / la resaca de todo lo sufrido / se empozara en el alma... Yo no sé!...»

«Heraldos Negros» es también la nostalgia del hombre en cuanto a pueblo, la nostalgia imperial de la raza sometida. El quehacer cansino y entregado del indio está en sus «Nostalgias imperiales»; «En los paisajes de Mansiche labra / imperiales nostalgias el crepúsculo; / y lábrase la raza en mi palabra, / como estrella de sangre a flor de músculo.» Ya dije cómo el inca se introduce en la poesía peruana de la mano de Vallejo. En estos versos, sobre todo, a los curacas, a la chicha, al huaco, al recuerdo de su infancia rural, al arriero del altiplano, al ficus, al huaino, a todo un mundo que subsiste en letargo, preso del tiempo, que desde el huso eterno de la indita ha estado tejiendo sin cesar la textura de un pueblo bravo que tan sólo sufriera una derrota.

«TRILCE»

El segundo libro de César Vallejo es ya el poeta en sí mismo. Para «Trilce» no sirven los paralelismos. Hay una forma nueva, personal, la necesaria para convertir la razón en poesía en el momento en que es posible prescindir del racionalismo. Es el momento poético, es la madurez conseguida y rechazada. Roberto Fernández Retamar dice en la presentación de «Trilce» que solamente Klee en sus cuadros y Vallejo y Rilke en sus poemas han sabido recoger la mirada de un niño. La ingenuidad y la pureza se ha abierto camino en la poesía. Con «Trilce», Vallejo se pone en la vanguardia de la poesía de su tiempo, en la

vanguardia con todas las consecuencias, no en ese juego de artificio de rupturas caprichosas en que unos cuantos «enterados» babean satisfechos ante cualquier hachazo que se le dé al lenguaje, sino ante la vanguardia de las expresiones, en que el poeta escoge formas nuevas porque es nuevo todo lo que tiene que decir. En la retórica al uso no encajaban las palabras nuevas, sin embargo el teléfono, el átomo o el avión pueden también ser fuentes de experiencias poéticas. Me gustaría recordar que «Trilce» fue escrito casi totalmente en la cárcel, muy lejos de las diatribas formales y estructurales de los vanguardistas al uso. Quede, pues, «Trilce» como la obra clave de la vanguardia poética americana. El prólogo de José Bergamín le hizo estricta justicia.

Un año después de la muerte del poeta aparecieron sus «Poemas humanos». En ellos nos da su dimensión ideológica; del hombre que sufre su destino en «Heraldos Negros» y hasta en «Trilce», pasamos al hombre que sufre injustamente porque es pisoteado en vida por sus semejantes. La militancia personal de Vallejo se filtra en esa poesía de los hombres, es la redención aquí en la tierra y su manera de luchar por una justicia humana en la que él cree. Se incluyen en «Poemas humanos» el libro «España, aparta de mí este cáliz» en que Vallejo expresa todo su dolor por la guerra entre hermanos.

JOSE MARIA ARGUEDAS

Nos queda por hablar de José María Arguedas para concluir esta visión incompleta de cuatro escritores y cuatro épocas de la literatura del Perú. Es Arguedas el escritor de lo quechua por autonomasia. Hasta en sus novelas ambientadas en Lima lo que principalmente palpita es el alma india, abrumada y nostálgica. Con «Yawar Fiesta» o «Los ríos profundos», todo un mundo serrano y antiguo pasa a primer plano. Es igual cuando uno de sus personajes toca las piedras del Cuzco en busca de las ancestrales palpitaciones que cuando el serrano sueña nostálgico desde Lima la pureza espiritual de su raza. Se puede viajar por todo el Apurímac y el Cuzco de la mano de los relatos de Arguedas. Sus títulos ya expresan mucho por sí solos su andinismo: «Diamantes y pedernales», «Todas las sangres», además de los ya citados. Son sus más importantes obras, que se completan con «El Zorro de arriba y el Zorro de abajo» que fue publicada póstumamente en 1971.

Hay un sentido ético en la narrativa de Arguedas; de alguna manera, pone al indio como ejemplo de comportamiento humano y lo enfrenta con la gente de la costa, encarnadora para él de todas las acciones deshonestas. Gabriel, en «El Sexto», le dice a un compañero de celda: «Usted no conoce la sierra. Es otro mundo. Entre las montañas inmensas, junto a los ríos que corren entre abismos, el hombre se cría con más hondura de sentimientos; en eso reside su fuerza. El Perú allá es más antiguo. No le han arrancado la médula...» En el fondo, todos los personajes de Arguedas son él mismo, pueden llamarse de distintas formas o pueden tener distintas edades, pero todos son autobiográficos. Hay prejuicios contra el progreso divinizado y contra la modernización a ultranza. No cree que sea posible un auténtico avance del Perú si éste no vuelve los ojos a sus raíces y asume toda la verdad de su cultura india. Esa verdad y esa cultura que son la esencia del escritor de Andahuaylas. Por sus páginas pasa el folklore, la historia, el paisaje, las costumbres y todo lo que determina un Perú que desde Arguedas se considera menos de segunda clase.



ILLANUEVA de la Vera, a los pies de Gredos, junto al valle del Tiétar, es uno de los pueblos más pintorescos de Extremadura. A lo privilegiado de su geografía se une el personal encanto de su arquitectura popular,

con estrechas calles por las que corre el agua, solanas de madera a distinto nivel, y una teoría de soportales y tejadillos en cuesta. Villanueva de la Vera, conjunto histórico-artístico, que merece visitarse en cualquier época del año, suma en el mes de febrero a sus habituales atractivos las singularísimas fiestas del Pero-Palo.

NACE EL PERO-PALO

El Pero-Palo es un muñeco de tamaño natural, que se confecciona todos los años al filo de la medianoche del Sábado de Carnaval en un lugar secreto del pueblo. Los asistentes a la ceremonia guardan un impresionante silencio, solamente roto por un monótono y tenue cántico, que a modo de letanía, entona uno de los presentes. A la creación de cada una de las partes del muñeco corresponden unas inflexiones de voz, y letrillas determinadas. El Pero-Palo se hace con un armazón de madera, con paja, y su piel de tela es cosida cuidadosamente hasta darle una perfecta forma humana. El traje —calzón negro abotonado, chaquetilla, ancha faja y sombrero del mismo color, pañuelo blanco al cuello— recuerda al de los hidalgos de la época de los Austrias; el paño es de buena calidad, y sirve para varias celebraciones. Lleva una careta de cartón de rasgos populares: ojos saltones, gran nariz, bigote, perilla, y a veces fuma un grueso cigarro. Pero... ¿Quién es el Pero-Palo? ¿Qué papel debe desempeñar en las representaciones?

UN BANDIDO O UN SEDUCTOR

El Pero-Palo, centro y motivo de estas peculiares fiestas, viene al mundo todos los años con las primeras luces del Domingo de Carnaval. Su vida, que no va a ser muy larga ni muy alegre, hará, sin embargo,

las delicias de grandes y chicos. Paseado por las turbas entre ensordecedor repique de tambores, colocado en la «aguja» a modo de picota, será juzgado y condenado por el Tribunal del Pueblo. Y al final, se cumplirá la sentencia.

Algunos han identificado la mítica figura del Pero-Palo con la de un bandido serrano, autor de numerosos robos y algunas muertes, del que dicen era también un ladrón de corazones, y había conquistado los de algunas casadas respetables. Hace muchos años, se le detuvo por estas fechas cerca del pueblo, y sometido a un juicio rápido, fue condenado a muerte.

El Carnaval del PERO- PALO

Por LUIS AGROMAYOR

*A ese que llaman revive
por su nombre Pedro Pablo
le ha salido en la sentencia
que tiene que ser quemado*

cantan todavía las mocitas del lugar.

Para otros, las celebraciones del Pero-Palo guardan una posible analogía con las fiestas de «la quema de Judas» que se hacían en pueblos de Pirineo, en las provincias de Guadalajara y Toledo, y en algunos lugares de la América hispana. También es posible que los orígenes se remonten a historias sobre judíos conversos que renegaron. Puede ser prueba de ello, el

que tras dictarse la sentencia, se coloque sobre las espaldas del Pero-Palo un cartelón que reza así: «Condenado a muerte por traidor.» La comunidad judía era muy importante en esta rica comarca verata, y estaba mal vista por los campesinos, que muchas veces tenían que pedir préstamos sobre sus cosechas. Las canciones populares, transmitidas oralmente de generación en generación, siguen contando cómo los judíos llegaban solamente con lo puesto, y en poco tiempo, tras montar unas tiendecillas, se enriquecían con facilidad.

PROCESO EN LLERENA

En el año 1752, los vecinos de Villanueva de la Vera fueron requeridos por el Tribunal de la Inquisición de Llerena (Badajoz) para que atestiguaran sobre las celebraciones de Carnaval, pues se creía que en ellas se daba de verdad muerte a un

*En la plaza se celebra
el «Ofertorio».*

*El «Capitán» lleva la bandera y la «Capitana»
un palo de zarza de cuyo extremo pende un chorizo.*

hombre. El alcalde y las autoridades, junto con bastante pueblo llano, se pusieron en camino llevando consigo el muñeco, para hacer la representación ante el tribunal que les iba a juzgar. Relata el cancionero cómo en los pueblos vecinos de La Vera, salían las comunidades judías a observar el paso del cortejo, lo que nos indica que la celebración debía atañarles de cerca.

Tras representar los de Villanueva la parodia del juicio y muerte del Pero-Palo ante el Tribunal de Llerena, los jueces, no viendo nada malo en ello, les dejaron ir en paz, indemnizándoles con unas «alabardas» por las molestias sufridas.

*Aquellos inquisidores
gozaban de nuestra fiesta
porque lo vieron hacer
cuando fuimos a Llerena*

dice una letrilla popular.

CARNAVAL EN VILLANUEVA

A la alborada del Domingo de Carnaval, el muñeco está terminado y se le viste solemnemente a la antigua usanza. Acaban las letanías, suaves y tristes, y el lento y apenas perceptible toque de tambor se convierte en un estruendoso y alborozado repique. En las primeras luces del día, el cortejo, con los tamborileros al frente, y el Pero-Palo llevado a hombros por el «capitán» del año anterior, se pone en marcha por las solitarias calles del pueblo. Suenan los tambores, su eco rebota contra las puertas, fachadas y aleros, y ya se abren algunas ventanas para ver pasar la comitiva. Engrosada de casa en casa, llega por fin a la plaza mayor, en donde se procede a plantar al muñeco en la «aguja», que es una especie de picota. A su alrededor, la gente baila en corro y se desborda la alegría.

Durante el resto del domingo y el lunes, el Pero-Palo se pasea de vez en cuando por las calles entre estruendo de tambores y salvas.

El día grande es el Martes de Carnaval, en el que tienen lugar las celebraciones más importantes, acudiendo gentes de toda la comarca. Junto a los trajes regionales —bellísimos en las mujeres, sobrios y re-



Las mozas de Villanueva cantan y bailan espontáneamente alrededor del muñeco.

El Pero-Palo es un muñeco de tamaño natural vestido a la antigua usanza, aquí le vemos clavado en la «Aguja», en la plaza mayor del pueblo.

Al final de la tarde, el Pero-Palo es zarandeado por última vez, se va a cumplir la sentencia.







finados en los hombres— se pueden ver disfraces y vestimentas variopintas. Va a ser una fiesta desenfadada y alegre, en la que cada cual procurará divertirse como buenamente pueda.

ELECCIONES Y SENTENCIA

Sobre las once de la mañana se celebran en el ayuntamiento, ante el alcalde y un concejal, las «elecciones» de los jueces que tendrán que juzgar al Pero-Palo. Mientras, tiran los mozos de una soga muy larga, en cuyo extremo va atado un burro sobre el que cabalga un personaje fantasmal, con la cara embadurnada de negro y una sábana por vestido. Hay carreras, empujones, y enfrentamientos jocosos entre dos bandos, y al burrito se suben todos los que pueden (hasta doce y trece personas). Cuando el animal está rendido lo tiran a la fuente pública para que se reanime, pero al final el burro suele pagar tristemente estas gracias bastante salvajes.

Luego, en la puerta del ayuntamiento, aparece uno de los jueces, y lee en voz alta la sentencia al Pero-Palo: «Condenado a muerte por el Tribunal del Pueblo, por delitos de alta traición.» La sentencia se cuelga sobre las espaldas del muñeco, que es paseado por las calles entre ruido de salvas, tambores, cencerros, y el regocijo de todos.

Mientras tanto, el «capitán» y los pero-paleros han ido a la casa parroquial a recoger una bandera y las alabardas. También forma parte del cortejo la «capitana», que lleva un largo palo de zarza de cuyo extremo penden unos chorizos. Es costumbre que en esta fecha, el capitán invite en su casa a todos los participantes y asistentes a las fiestas a un «convite», que servirá para aumentar su fama de generoso o tacaño entre los vecinos.

EL OFERTORIO

Poco después de las tres de la tarde, cuando la alegría de canciones y bailes alcanzan su plenitud y colorido y fruición, va a tener lugar una de las partes de la fiesta que goza de mayor número de partidarios. Se trata del llamado «Ofertorio». Para ello se ha colocado al aire libre unas mesas, perpendicularmente unas a otras, formando una especie de pasillo. En la presidencia se sienta el ayuntamiento en pleno, ante una bandeja —en la que los «oferentes» deberán dejar su «óbolo»—, un corcho quemado y un gran cuerno que harán las veces de pluma y tintero. A ambos lados del pasillo se colocan unos aguerridos mozos, provistos de unos robustos bastones, de cuyo extremo cuelgan varias calabazas. Se les conoce por el nombre de «La Justicia del Pero-Palo». Todo el que lo desee puede pasar a ofrecer una moneda en la bandeja de la presidencia y a firmar con el corcho quemado. A la salida, entre el alborozo popular, «la Justicia del Pero-Palo» descarga con todas sus fuerzas las calabazas sobre las cabezas de los «oferentes». Estas suelen ser más resistentes que las cucurbitáceas, que es preciso reponer de vez en cuando. Más de uno, entre la confusión y el revoltijo reinantes en la plaza, pasa a «ofrecer» sin habérselo propuesto de antemano.

EL FIN DEL PERO-PALO

Después del «Ofertorio», que ha durado varias horas, una procesión con los capitanes y pero-paleros al frente, recorre nuevamente las calles paseando al muñeco. Luego, tendrá lugar en la plaza «la Jura de la Bandera», que era antaño un acto muy importante, cuya solemnidad se ha ido perdiendo, limitándose en la actualidad a una prueba de destreza. El abanderado hace ondear el trapo, mientras sus antagonistas intentan derribarle.

Es ya casi de noche cuando el Pero-Palo, empujado por la concurrencia, parece más patético y solo que nunca. Va a cumplirse la sentencia. Le quedan pocos minutos de vida. Se oyen voces roncadas que gritan: «muera, muera», mientras otras piden clemencia. Cuentan que, hasta hace poco tiempo, las mujeres del pueblo lloraban en estos momentos, no por la suerte que iba a correr el muñeco, sino por la posibilidad de que fuera indultado, lo que traería funestas consecuencias. Todos los años tiene que morir el Pero-Palo; ni aún en las ocasiones difíciles como enfermedades o guerras ha dejado de celebrarse la fiesta, desde tiempos muy lejanos.

En casa del pero-palero mayor se desviste al muñeco, guardándose su traje para el año siguiente, y se le entrega a la muchedumbre. El Pero-Palo, indefenso, es zarandeado de un lado para otro, y se le manta, mientras los escopeteros le disparan salvas. Deshecho y roto, sus restos arden entre los gritos y el alboroto de las gentes. Una vez más, se ha consumado el rito.

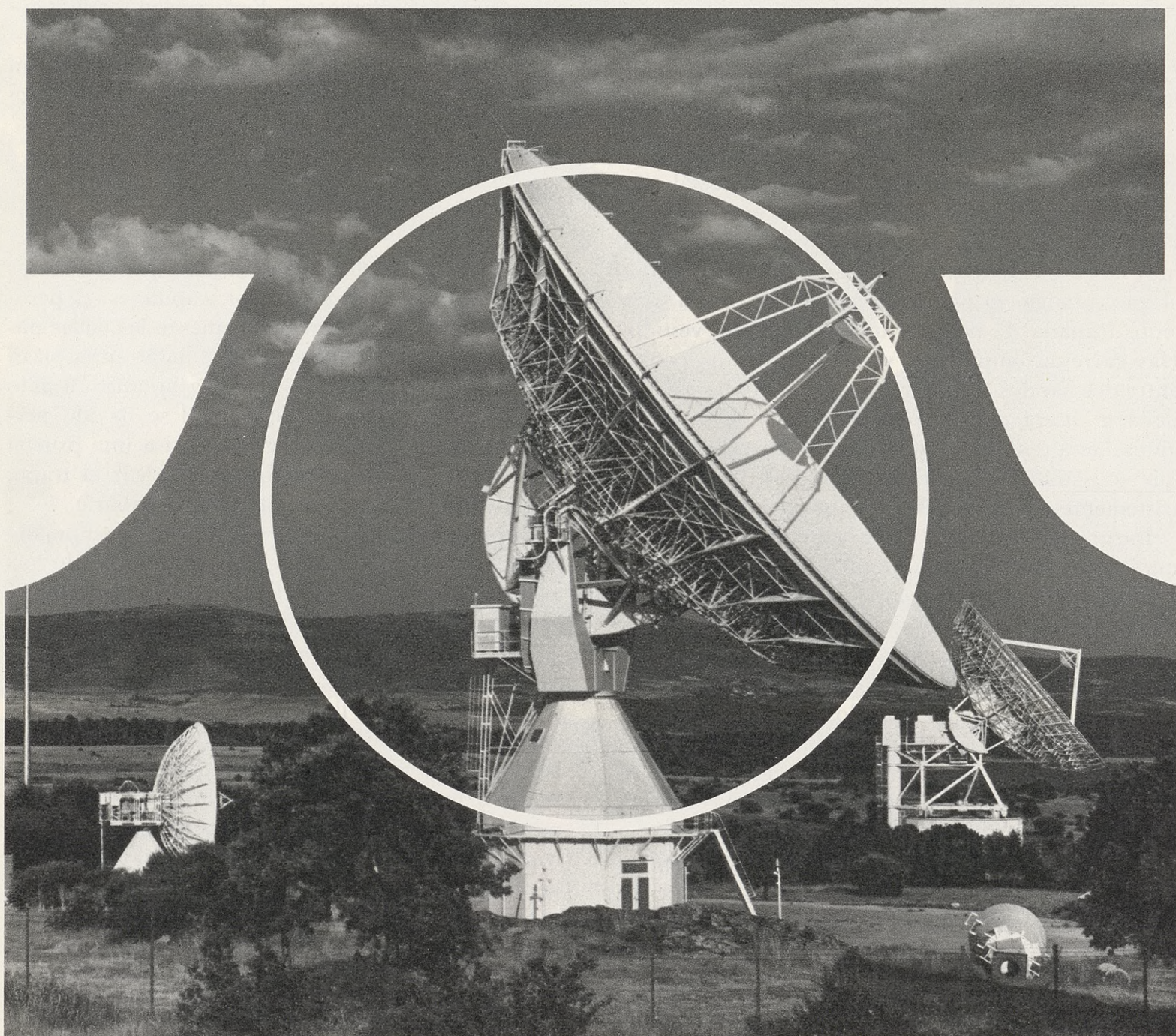
◀ En la ceremonia de «La Jura», el capitán intenta ondear la bandera.

TELEFONICA

Una empresa de Comunicaciones a la altura del mundo

En los últimos años, la Compañía Telefónica ha desarrollado sus servicios, incrementado su personal y mejorado su capacidad técnica, hasta ser hoy, en el contexto europeo una organización perfectamente adecuada a las necesidades y exigencias del desarrollo social y económico de nuestro mundo.

- *Comunicaciones automáticas urbanas, interurbanas e internacionales.*
- *Servicios de información.*
- *Precisión administrativa.*
- *Extensión de líneas.*
- *Proceso rápido de cobertura de todo el territorio nacional.*
- *Red masiva de locutorios públicos.*
- *Servicios marítimos.*
- *Oferta variadísima de equipos especiales.*
- *Servicios de Guías, más completas que en muchos países europeos.*
- *Atención social a los derechos de los empleados.*



TELEFONICA ES YA UNA COSTUMBRE POSITIVA DE LOS ESPAÑOLES, Y UN HECHO NOTABLE DE LA VIDA NACIONAL

JESUS FERNANDEZ SANTOS

La literatura como antievasión

Por Milagros Sánchez Arnosi

JESUS Fernández Santos, nacido en 1926, uno de los representantes sobresalientes de la novela española de posguerra, pertenece a esa serie de autores que dieron a nuestra literatura un viraje nuevo por lo que de innovador y atrevido tuvo en su momento, ya que se plantearon la literatura para algo y por algo. En definitiva, como un auténtico modo de comunicación, esforzándose en desvelar y revelar la realidad viva y actual del país en que escriben.

El primer intento importante por captar una parte de la realidad española de su tiempo, lo debemos a Jesús Fernández Santos, por su novela *Los Bravos* (1954), novela que inicia en España el llamado «realismo crítico-social». La carrera novelística de este autor no iba a ser muy continuada. Después de *En la hoguera* (1957) y *Cabeza Rapada*, colección de cuentos (1958), se abre un paréntesis de silencio que dura seis años. *Laberinto*, su tercera novela, se publicará en 1964.

Posteriormente volvió a orientar su actividad hacia el cine, olvidándose de su producción novelística durante cinco años, al cabo de los cuales de nuevo hace incursión en el campo de la novela con *El hombre de los santos* (1969) y *El libro de la memoria de las cosas* (1970), Premio Nadal, y *Las catedrales*, serie de cuentos (1970).

Mi interés por ofrecer un testimonio vivo y directo de este autor, al que considero uno de los más representativos de su generación, me obligó a telefonearle primero con el propósito de concertar una entrevista. Persona tímida, pero profundamente afable y acogedora, dio respuesta a todas las preguntas, dudase interrogantes que se plantearon a lo largo de la provechosa conversación que mantuvimos durante dos horas, en su casa, y a pesar del estado de convalecencia en que se encuentra.

Hablamos no sólo de sus obras. Sur-

gieron temas que aportaban puntos de vista enriquecedores, a la vez que denotaban la sólida formación humana y literaria del escritor.

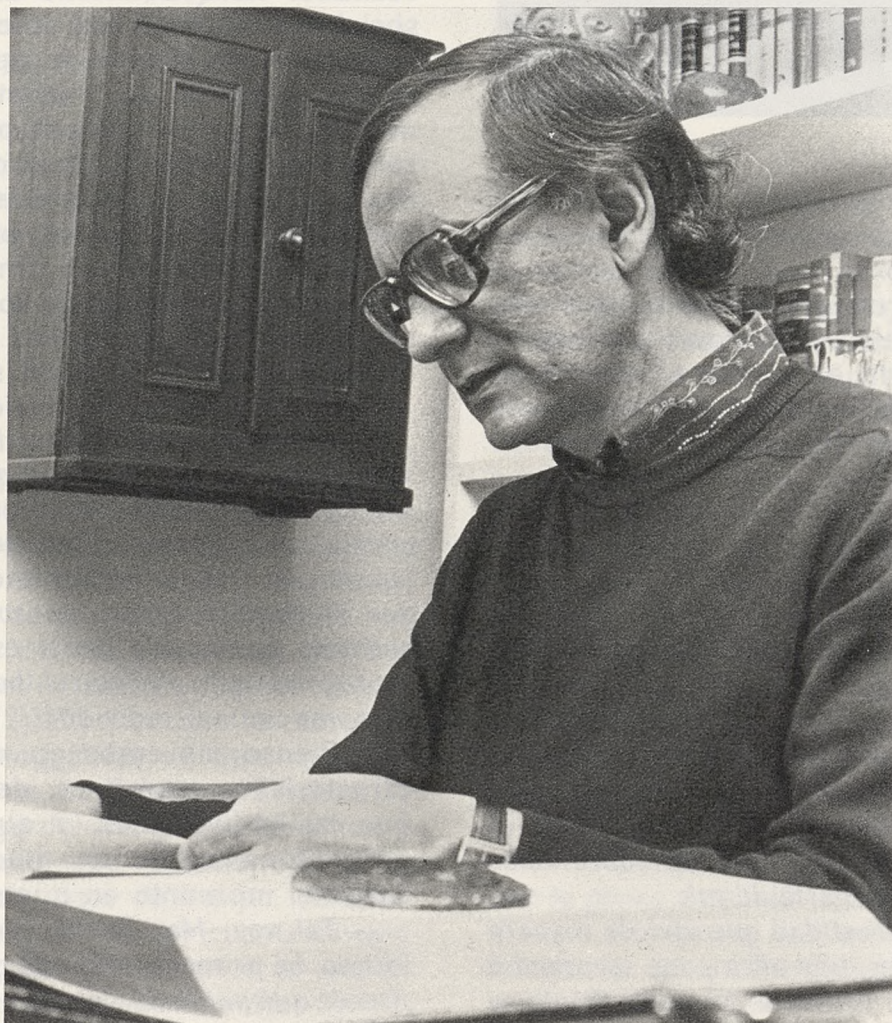
VOCACION Y VOLUNTAD DE ESTILO

—En la facultad de Filosofía y Letras se inició mi tarea literaria. Nos encontramos una serie de gente de otras facultades (Aldecoa, Ferlosio...) que teníamos preocupación por la literatura. Dirigí el Teatro de Ensayo Universitario, a la vez que estudiaba en la escuela de Cine. Cuando dejamos la Facultad, Ferlosio, Sastre y Aldecoa, fundaron «Revista Española». Allí colaboré juntamente con otros escritores como Carmen Martín Gaité, José Luis Castillo-Puche, Carlos Edmundo de Ory, Benet... Posteriormente la editorial Castalia, publicó mi primer libro.

Jesús Fernández Santos vivió muy de cerca la avalancha de traducciones que aparecieron en España en el período de los años cincuenta. Este hecho resultó muy significativo, pues hay que tener en cuenta que las traducciones que proliferaron fueron las relacionadas con la literatura rusa, la americana (Hemingway, Dos Passos, Steinbeck...). Esta influencia foránea fue un factor claro en la generación de los años 50 de la que nuestro escritor

forma parte. Igualmente las teorías de Lukacs y Brecht, como base de nuestra novela social, ejercieron su influencia: el vacío literario había que llenarlo de algún modo.

—En mi obra influyeron los novelistas tradicionales: Baroja, que vivía todavía, y por tanto su influencia era más directa; también los norteamericanos que has señalado y algunos sudamericanos, *Ciro Alegría*, por ejemplo, al que nunca se cita; pero quien más influyó en mí fue Neruda, sobre todo en las formas sociales de la literatura. Los anteriormente citados influyeron en cuanto a ▶



la visión que ofrecían de su realidad, que servía para la española, que en definitiva era la mía. En cuanto a la literatura rusa clásica no me afectó directamente. Por lo que respecta a Lukacs y Brecht, indudablemente influyeron, pero creo que a mí no me afectaron porque los leí muy tarde, cuando estaba más formado. Pienso que esas influencias vienen en las etapas más juveniles, por eso no me hicieron cambiar profundamente.

Pienso que Cela, en 1951, imprimió una renovación a la novela española ¿qué significado tuvo para usted este hecho?

—Cela cambió el significado de la novela y trajo una nueva forma novelística: Los libros de viajes, con su obra «Viaje a la Alcarria» (1948). Esa forma de



conocer el país directamente influyó en mí y por ello realicé un viaje a Segovia, surgiendo de esta experiencia el libro «En la hoguera».

Creo, que en Jesús Fernández Santos se hace más patente la influencia de Cela, en todo caso, a través de La familia de Pascual Duarte, en cuanto a la forma de ver el mundo. Viaje a la Alcarria influyó pienso, más en la elaboración de un estilo cuidado y depurado.

LA REALIDAD, FUENTE DE LA OBRA LITERARIA

—A mí siempre me ha interesado todo lo que me rodea, sobre todo la sociedad rural. Esto, creo, que es por afinidad personal. La conozco muy bien porque he vivido integrado en el pueblo de mi padre —Cerullada— y no sólo pasando los veranos. Actualmente continúo yendo. En mi época las novelas se hacían desde el «Gijón». Si yo analicé, estudié y escribí sobre estas gentes fue porque formaban parte de mí.

La guerra civil fue una realidad que viví de manera bastante lejana. Debía tener diez años y me sorprendió veraneando al otro lado de la sierra. Como el frente se

estabilizó en el Alto de los Leones, yo estaba alejado. Lo que recuerdo es una inseguridad constante en las personas que me rodeaban: se sabía que el destino de la familia y el tuyo iba unido a la parte que ganara. Los cañones que se oían desde las casas y el paso de las tropas son dos elementos muy directos, aunque yo no viviera la guerra.

EL COMPROMISO COMO FORMA DE DESMITIFICACION

En su obra, acepta cualquier forma de reflejar la realidad, siempre que sea dialéctica y cumpla fines de transformación social, desechando aquellos elementos que no cumplen una función dentro del conjunto de la obra. Es decir, aquellos elementos que no añaden significado a los incidentes concretos que se novelan. ¿Esto hace que sus obras acaso estén concebidas como un instrumento de transformación?

—El arte en general tiene que ser un fuerte instrumento de cambio. Las obras de Neruda son, a la larga, un instrumento de cambio. Todo lo que enriquece al hombre le cambia en cierto modo. El cambio, a la corta, es el panfleto, el cartel de propaganda. Hay que tener en cuenta, en este sentido, que la novela que más influyó en la emancipación de los esclavos fue «La cabaña del tío Tom», y como novela es insalvable. Personalmente, pienso que mi obra ha contribuido a hacer tomar conciencia de una serie de cosas. Un intelectual es la conciencia de un país. Hay que pensar que la novela de hoy es distinta a la tradicional. Me desprendo de mi forma de ser. No hago un tipo de novela como «Peñas Arriba», por ejemplo, en donde las descripciones son innumerables. Desecho los elementos que no aportan significado a la obra, y esto es la técnica de la novela. Lo que hace falta es acertar en esa selección.

Si el testimonio que Fernández Santos ofrece en sus novelas es fehaciente, se debe a que conoce la realidad. Pero conviene afirmar que el carácter social de la obra de este autor no obedece a la documentación de una serie de hechos y a la simple presentación de un testimonio. La técnica testimonial no consiste en el procedimiento analítico, característico del realismo decimonónico, ni en las descripciones costumbristas. Para que una novela pueda ser llamada social, pienso que hace falta un propósito de denuncia implícito o explícito, de denuncia de un estado de cosas indeseable, y esto se cumple en Jesús Fernández Santos: su obra no trata de reproducir la realidad sino de moldearla.

—Si no conoces la realidad no puedes escribir.

Este es requisito fundamental, sobre todo en las artes narrativas; en las plásticas quizás puedas hacer algo sin un conocimiento de lo que te rodea. El concepto novela social puede dividirse en dos tipos: (a) toda novela que trata del hombre es una novela social, porque el hombre es un ser social; (b) pero lo que se entiende por novela social es aquella que plantea los problemas que afectan al hombre como ser social y no como animal individual.

—Pienso, sin embargo, que le interesan más las características comunes, definidoras de una clase, que las individuales, y que esto contribuye a la despersonalización de muchos de sus personajes desde el momento en que se les juzga como clase.

—Tal vez. Hay temas que piden un personaje colectivo. La primera pregunta que se hace un escritor es: ¿Desde qué punto de vista va a contar el tema? Es posible

que el protagonista colectivo despersonalice a los personajes, pero lo que pueda perder en despersonalización puede ganarlo en grandeza, siempre que se acierte con el tono y medida. En mi obra «Paraíso encerrado», el personaje no son sólo los jardines del Buen Retiro, sino también los reyes, los dueños de las barcas, los franceses que hicieron sus campañas durante la Guerra de la Independencia... Pero si contara individualmente la historia de cada uno, no quedaría nada.

—Entonces, la compatibilidad entre intención social y calidad narrativa ¿cómo se consigue?

—Muy difícilmente. André Gidé decía que el camino del infierno está lleno de buenas intenciones. Igual sucede con el camino social de la novela. Hay escritores en los que el fondo se come la forma, y al contrario.

EVOLUCION Y SILENCIO

—Intento evolucionar, me aburre el estatismo. De «Los Bravos» a «Laberintos», ha habido una evolución, en esta primera etapa predominan los problemas sociales. Otra fase va desde «El hombre de los santos» hasta «Paraíso encerrado», en que se añaden una serie de técnicas y procedimientos nuevos, que giran en torno a lo fantástico y simbolista. Si mantengo tan largos períodos de silencio es debido a razones económicas. Si pudiera vivir de mis libros y publicarlos, lo haría. De hecho, ni la concesión del Premio Nadal me animó a escribir más. Este premio sólo me ha servido para vender más libros y ser más leído.

Ha hablado antes de cambio, de renovación desde un punto de vista individual. Llevando el problema a un nivel general, tengo que decir que el problema mayor de la actual novela es el de la confusión. Se trata de renovar la novela, y pienso que la forma más eficaz es proponérselo de inmediato. La mayor parte de los experimentos de renovación que se hacen en España, atienden más a la forma que al fondo. Es como si a la novela se le cambiara lo accesorio, dejando intacto lo fundamental (sobre todo en lo que se refiere a la novela que tiene más de ensayo que de novela) y hay que tener en cuenta que la actual literatura, por exceso de ensayo y de dificultad, cada día rechaza más al público y se ha planteado, con la aparición de la novela objetiva, la pregunta de ¿quién la lee? Lo más probable es que con la novela suceda como con la poesía: los poetas sólo se leen entre sí.

CINE Y LITERATURA

La interrelación de cine y literatura es posible, a pesar de que sean campos con características peculiares. Es un hecho la incursión del mundo del cine en la literatura y al revés. Jesús Fernández Santos, como persona, no sólo enterada, sino, sobre todo, preocupada y actuante dentro de este ámbito (es guionista), opina acerca de tres cuestiones que me parecen vitales: (1) La delimitación que debe existir entre cine y literatura. (2) El juicio que le merecen las adaptaciones cinematográficas de determinadas obras literarias (La Regenta, La Celestina, Tristana...) y (3) Si ha significado algo dentro de su elaboración artístico-novelsca su actividad dentro del cine.

—Los críticos hablan de pasos de tiempo, de difuminados... en mi obra. Cuando me doy cuenta de esto es una vez que la crítica lo ha señalado, pero no cuando escribo. No he utilizado conscientemente ningún recur-

so técnico-cinematográfico. No pienso en ello. Quizá si no se supiera que trabajo en el cine, los críticos ni se habrían molestado en señalar esta faceta. Creo que en la novela actual tienen más influencia Proust, Joyce... que el cine. El camino del cine va ajeno al de la literatura. El cine es un arte más limitado porque es totalmente objetivo. Una película una vez que está hecha es inamovible. Aquella sucede fuera de sí. La novela la recreas cada vez que la lees a través de cada época, el lector adapta lo que lee a sus vivencias, mientras que en la pantalla lo que se ve no cambia: es aquello que se hizo en ese momento. De una buena novela no suele salir una buena película, porque la novela es un arte de total libertad, el cine está limitado



temporalmente. La frase: «Una imagen vale tanto como cien palabras», hay que entenderla. El cine no te da todo lo que necesitas. «A sangre fría», es buena por lo que tiene de reportaje, pero las versiones que se han realizado de «Adiós a las armas», no. ¿Quién se atrevería a realizar «Angel Guerra», o «El Quijote»? Imposible. Puede haber versiones respetables, pero los límites son grandes. Mi trabajo dentro del cine me ha ayudado sólo a conocer el país.

Ha transcurrido mucho tiempo. Mi interlocutor y yo intuimos que nuestra animada conversación tiene que concluir. Me despido apenada y con un profundo sentimiento de impotencia para poder detener este maldito tiempo que constantemente nos está acechando. Las últimas palabras del escritor son el anuncio de un próximo libro, sin título todavía, pero cuya línea argumental está esbozada: la historia de una región y una serie de acontecimientos en relación con situaciones políticas actuales:

—No puedo aclararte, ni decirte nada más. Sabes que te pones a escribir sobre un tema y luego sale algo distinto a lo que te habías propuesto. A medida que la novela va tomando entidad, va mandando sobre mí, y de eso soy consciente.

HOTEL IFA MADRID
 * * * * *

En la zona residencial más agradable y tranquila de Madrid

A corta distancia del centro comercial y, sin embargo, alejado del ruido y contaminación



- SUS MAGNIFICAS HABITACIONES Y SUITES
- SUS SALAS PARA REUNIONES Y BANQUETES
- SU BAR «EL FARO»
- EN VERANO, SU PISCINA, RODEADA DE JARDINES

Y EN INVIERNO...

- SU RESTAURANTE «LA CHIMENEA». FUEGO DE LEÑA Y EL MAESTRO URIA AL PIANO



Y las mejores especialidades de la cocina española e internacional

Avda. del Valle, 13, Madrid - 3 - Teléf. 459 38 00

el **NUEVA YORK** *de los hispánicos*

ESTO es Nueva York. Tras el abrazo universalmente sincero, parcialmente falso, de la Estatua de la Libertad, se van clavando en el cielo las agujas de los rasca-cielos, que unas veces son oscuros y tenebrosos, otras claros y resplandecientes, y hay palomas que descienden por los aleros y hasta águilas que dan vueltas por los insospechados claros, entre hecatombes de hierro y cemento, altos cristales donde

siempre hay luces encendidas, a cualquier hora del día y de la noche, puentes elevados, subterráneos que surgen en cualquier recodo, por los cuales se cuelan como ratas o sabandijas metálicas los trenes que vienen de cualquier parte, los autobuses que van a cualquier parte, los coches que vienen de todas partes y van a todas partes.

Por fas o por nefas, más bien por nefas, los hispanoamericanos tienen que pasar y



pasan por Nueva York, y muchísimas veces pasan sin otro remedio y con previo escozor ante el coloso, otras veces también llegan a la urbe prepotente con una admiración y una gratitud casi exageradas, como si hubieran tocado al fin con las manos la Meca del progreso y la opulencia, donde a menudo también los hispánicos, ante sus muros encristalados, lloran como ante un muro de lamentaciones, porque la masto-



El puente de Brooklyn, «arco de hierro y sudor sobre los sueños», decía el poeta Hart Crane.

La gigantesca «caja de cerillas» de la ONU, foro del mundo.

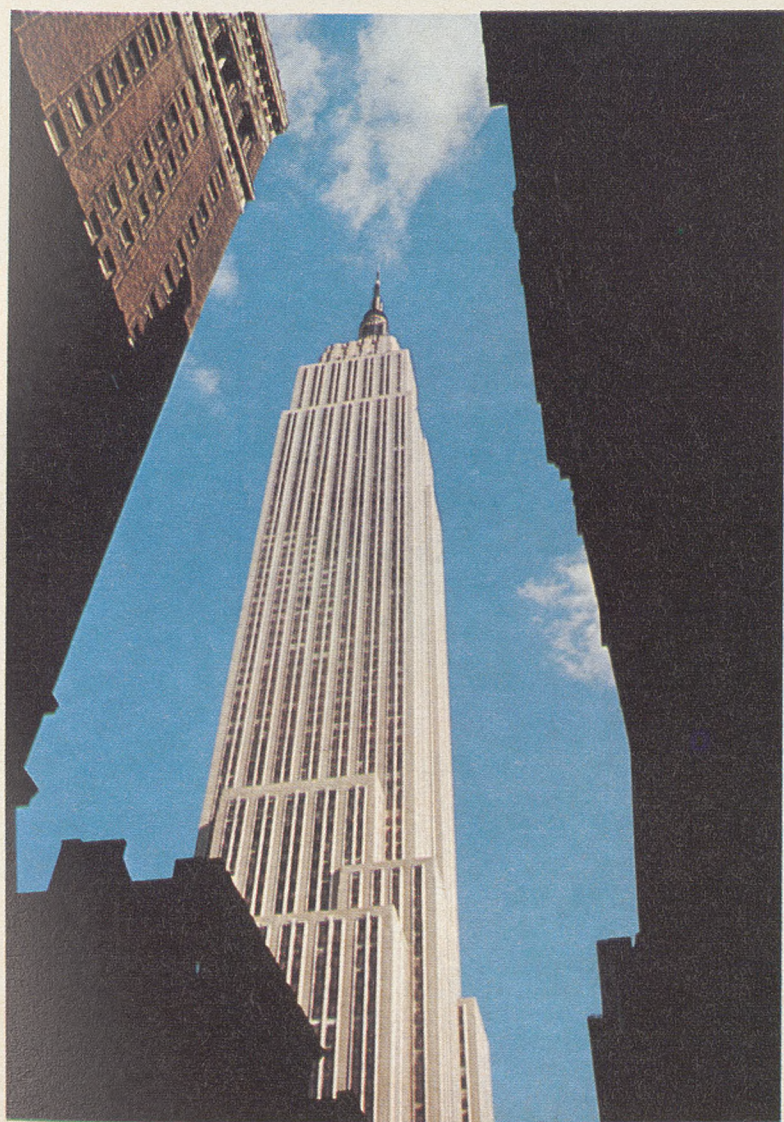
dónica ciudad, cifra y numen del mundo moderno, puede ser piedra de quebranto y de humillación, tanto como paraíso ideal para compras, diversiones y variadas formas de liberación. Quiérese decir que Nueva York, ay, la ciudad que hierve de prisas, violencias, truculencias, que de vez en cuando se remansan en parques y jardincillos inesperados, está ligada, por la realidad o por los sueños, qué más da, pero ligada, entrañada, presente en la ausencia y presentida en la nostalgia, de todo hispánico.

Esta humanidad bullente, acosante, perseguida, acorralada, que vino de otros paisajes —entre ellos los hispánicos— busca entre fachadas inmensas y pedazos cortos hacia el río sucio algún intento de paisaje humanizado, a la medida del hombre. Es el mundo subterráneo del sueño o del insomnio, de la aglomeración fraterna, de la solidaridad repelida, de la distancia fusiónada, de la hospitalidad discriminada, del hervor de la vida adulterada con mil historias inarmonizables.

Y los hispánicos sueñan con Nueva York, viven en Nueva York, muchos defienden su vida en Nueva York con las uñas y con los dientes de una servidumbre total.

Esto es Nueva York. Toda la ciudad pesa y vuela, nos abrumba a ratos, nos libera siempre, porque siempre hay un avión en lo alto dando vueltas y esperando pista, y siempre hay un barco en cualquier trozo de horizonte, en cualquier esquina del río, dando idea del giro incansable, del movimiento continuo, del eterno retorno, del cansancio infinito.

Y las calles pululan, revientan, se hinchan, se adelgazan, se hacen soledad inundada, mundo urbano insolidario y acechante, pero siempre en Nueva York, al lado de las zonas ululantes de miseria y desamparo, de hampa y peligrosidad, están las zonas misteriosamente secretas de ese mundo supercivilizado, sofisticado y opulento que va del banco a la estación, de la iglesia al comercio, del club al espectáculo.



La ONU desde otro punto de vista. Desde la «otra orilla», el edificio, ancho, rompe la atmósfera de flechas de los rascacielos.—«El rascacielos neoyorquino es una mezcla fascinante de audacia, mala educación, libertad y deseos de divinidad» (Norman Mailer).—«Times Square», la triple esquina más conocida del mundo. «Chicle, whisky, gasolina, un anuncio en cada esquina», decía Jardiel Poncela.





Manhattan desde el aire. El objetivo redondea la perspectiva empeñada en la verticalidad.—«Park Avenue», o la elegancia del año 2000.—El Puente Verrazano, fino, al anochecer.—La vieja matrona, tratando de dar luz al mundo.



Nueva York es eso, el temor y el terror, pero también la alegría y la euforia de un paraíso momentáneo, la gran atracción, la gran incógnita, la gran lección de vida, de organización, de desorden, de caos, de ciudad alegre y confiada, de peligroso tentadero, de rigor administrativo, de feliz purgatorio, de paraíso soñado, de estación para el futuro, de desafío del hombre.

A veces los hispanicos en Nueva York hacen de provincianos del continente. Pero Nueva York es tal regalo de ciudad que todo se aguanta con tal de vivir y prosperar un poco, y el hispanico siempre encontrará en Nueva York el inmenso, el incalculable placer de escuchar sus palabras, su lengua, en cualquier esquina, en el taxi, en la cafetería, incluso en el banco o en el almacén, y esto hace a la ciudad monstruo más tolerable y en determinados momentos hasta entrañable. Nueva York está inundada de hispanicos —dos millones en estos momentos de hispanohablantes— en los autobuses, en los grandes almacenes, en los hoteles y en los bares, en la universidad y en los negocios, en las librerías y en los museos, en los restaurantes y en las Naciones Unidas, en las comisarías y en las porterías, sobre todo en las porterías. La radio, la televisión —tres o cuatro canales en castellano—, los periódicos, tienen sig-

nos y voces familiares, y lo que parecía una ciudad adversa y acechante puede convertirse en ciudad amiga, casi íntima, y en el recuerdo se hará hasta querida, hermosa y fascinante, porque la palabra es guía y calor, sentencia y delirio, amistad y diálogo, la palabra une, armoniza y reconcilia, la palabra salva, comunica y libera.

Dos millones de hispanohablantes en Nueva York hacen la gran *city* asequible, familiar y añorada para los hispanicos. Hasta entre los anuncios luminosos de Broadway las palabras hispanicas son a menudo un modo de romper la coraza de cemento y hierro de la multitudinaria ciudad para un hispanico.

Del cielo cae hollín constantemente y del alcantarillado brotan borbotones de humo, toda la ciudad parece cosa de fantasmagoría sin posibilidad de éxtasis porque en seguida los bomberos o la policía ensirenados nos dejan atemorizados y suspensos en cualquier esquina.

Esto es Nueva York. La gran balanza, el gran tablado de juicio para los hispanicos que de vez en cuando, por negocios, por viajes oficiales, por turismo o por necesidad laboral, pasan por Nueva York, viven en Nueva York, defienden su subsistencia en Nueva York.

MAESTROS DE AMERICA



ANDRES BELLO *educador*

Por
FERNANDO MURILLO RUBIERA

LA gran curiosidad intelectual de Andrés Bello y su prodigiosa capacidad para dedicar su atención a materias muy diversas, le ha presentado a la posteridad como un hombre múltiple, que repartía su talento no sólo en varias parcelas del saber, sino en actividades de carácter muy diferente. Esta cualidad de su personalidad, de la que ya hay evidentes ejemplos en su período londinense, se desarrolló de una forma tal después de su llegada a Chile que es motivo de justificada admiración. El catálogo de sus escritos publicados en aquellos treinta y seis años ofrece una variedad asombrosa. Allí hay poesía, lingüística, filosofía pura, historia, derecho público y privado, sociología y política, astronomía y ciencias naturales y muchas otras cosas. Pero no es esto todo: preparaba clases, dictaminaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores, participaba activamente en el Senado, publicaba y corregía pruebas, polemizaba desde *El Araucano*, preparaba reformas legislativas. Su interés por tantos temas le llevaba a estar al tanto de la evolución de los acontecimientos más diferentes, inquiriendo noticias o procurándose textos y documentos. En 1856 comentaba, alborozado, el contenido de la Declaración de Derecho Marítimo, subsiguiente al Tratado de París que puso fin a la Guerra de Crimea, y al propio tiempo se interesaba por los resultados de una expedición de naturalistas. «Hábleme usted, amigo mío —escribía a don Manuel Ancizar el 11 de octubre—, de los progresos que hace la expedición topográfica de Codazzi; es asunto que me interesa mucho. Querría saber si se conservan en Bogotá las semillas de botánica y astronomía que dejó el ilustre y malogrado Caldas.»

Ante este Bello múltiple, tan generosamente abierto a toda manifestación de cultura, puede detenerse nuestra curiosidad e intentar una valoración separada de lo que él fue como poeta o como gramático, como jurista o como consejero de Estado, como filósofo o como reformador social, y aún se ha de decir que es necesario y debe hacerse para profundizar de manera adecuada en el análisis de lo que fue y aportó en cada uno de esos campos. Pero no cabe duda de que siempre serán valoraciones parciales respecto a la vastedad de su mundo mental y a las últimas motivaciones a que respondió la tarea creadora en que se empeñó toda su larga vida. Lo que importa saber por encima del interés intrínseco de estos estudios monográficos sobre el hombre plural que fue Andrés Bello, es lo que movió tanta inquietud, tanto anhelo, lo que le impulsó a recorrer tantos caminos distin-

tos del saber humano, qué quiso con todo ese hacer, qué clavillo une esas varillas que forman el abanico de su vida.

FORMACION DE LOS PUEBLOS AMERICANOS

Pues bien, he aquí nuestra respuesta: formar a los pueblos americanos con el fin de prepararlos para la nueva etapa que se inicia con la vida independiente; penetrar en su espíritu y transmitir sus hallazgos para que les sirvan de guía; despertar el amor hacia toda obra de cultura, respetuoso con la tradición y sensible para lo nuevo y auténtico, con objeto de que aquellos pueblos se beneficien, al emprender un camino que les es *propio*, del caudal acumulado en los siglos pasados.

En una palabra, educar, porque como muy bien ha escrito el doctor Gregorio Maraón, educar es «enseñar a los otros... la verdad y la belleza conocidas y el modo de buscar las ignoradas».

Lo que ocurre es que esta consideración de Andrés Bello como educador obliga a hacer algunas precisiones, ya que ese profundo anhelo a que respondió su existencia a través de tantos avatares, tuvo diversas formas de manifestarse y, aunque puede decirse que éstas no fueron sucesivas sino simultáneas, debe distinguirse el diferente plano en que cada una de ellas se encuentra situada.

Por lo pronto, Bello vivió la experiencia de lo que es tener discípulos jóvenes hacia los que asumía la responsabilidad de transmitir unos conocimientos y de formarles para desarrollar su vida en la sociedad. Con arreglo a esto, fue maestro y educador en el sentido más inmediato y elemental de lo que estas palabras expresan. Pero deben quedar fuera de este capítulo sus primeras modestas experiencias de docente privado en Caracas y en Londres, porque no obedecieron a otra razón que a la, muy seria, pero muy prosaica, de ayudarse económicamente y atender a las necesidades propias y de su familia. En su ciudad natal, al decir de su primer biógrafo, Miguel Luis Amunátegui, aceptó dar algunas clases particulares a algunos jóvenes con los que apenas tenía él diferencia de edad, entre ellos Simón Bolívar, al que llevaba escasamente año y medio. Poco fruto sacó de esta actividad, que además le quitaba el tiempo que necesitaba para sus estudios. Y como pronto tuvo oportunidad de entrar en la administración de la Capitanía General, aquellas clases fueron un episodio efímero y accidental.

MAS AÑOS DE DOCENCIA

De manera parecida, aunque por razones más graves, vino a ser en Londres, en 1816, preceptor de los hijos de Mr. William Hamilton, minis-

tro de Colonias de su Graciosa Majestad, merced a las eficaces gestiones de Blanco White, siempre dispuesto a ayudarle en aquellos años difíciles.

Cuando se alude al Andrés Bello profesor nos referimos exclusivamente al que de manera regular y constante imparte enseñanzas en Santiago de Chile, primero en el Colegio de Santiago, de 1829 a 1831, y luego en su casa, donde formó una verdadera academia en la que instruyó a muchos jóvenes chilenos. Aquí también le movió a esta actividad el encontrar un medio de vivir aprovechando sus conocimientos, pues al cerrarse en 1831 el Colegio, decidió continuar dando lecciones privadas de las materias en las que se había ya acreditado como profesor en la sociedad de la capital chilena: humanidades y derecho, que fue en años sucesivos ampliando al incluir una diversidad grande de disciplinas. Pero si existió esa razón, no fue la única ni la más importante, no sólo porque ya no estaba en estado de necesidad, sino porque en seguida se advierte la intervención de otros objetivos.

Fue actividad que desarrolló durante muchos años, de forma que aquí no se trató de algo circunstancial, y el Bello docente va en aquellos tiempos de la naciente República, en cuya vida pública desempeñó un importante papel, estrechamente unido al publicista, al consejero del Gobierno y aun al senador y codificador. Pero es que, además, sus enseñanzas respondían a programas ordenados sistemáticamente, preparados con el cuidado que el caraqueño aplicaba a todas sus cosas, y tomando pie en lo que enseñaba acometió la preparación de libros que hoy reconocemos como fundamentales en su legado intelectual. Así, por ejemplo, sus *Principios de Derecho de Gentes*; la primera obra de la materia publicada en la América independiente, cuya primera edición apareció en 1832 con un prólogo en el que con toda naturalidad nos informa de que su mirada no se detenía en el puñado de jóvenes a los que instruía con su palabra, sino que alcanzaba a la juventud de aquellos pueblos que se enfrentaban a las responsabilidades de la vida independiente.

«Mi ambición quedaría satisfecha —nos dice con humildad—, si a pesar de sus defectos, que estoy muy lejos de disimularme, fuese de alguna utilidad a la juventud de los nuevos Estados americanos en el cultivo de una ciencia, que si antes pudo desatenderse impunemente, es ahora de la más alta importancia para la defensa y vindicación de nuestros derechos nacionales.»

FUENTES JURIDICAS

Un caso similar es el de sus *Instituciones de Derecho Romano*. También aquí, aunque se trata, a diferencia de los *Principios*, de una obra carente de

originalidad, el trabajo de preparación —en este caso, de traducción y adaptación— es directa consecuencia de su actividad docente y su utilidad se quiere en función del futuro perfeccionamiento de la formación jurídica de la juventud americana. Cuando se preparó un plan de reforma de los estudios del Instituto Nacional que, creado en 1813, era el órgano central de la educación en Chile, Bello influyó considerablemente en él y concretamente para la introducción de los estudios romanistas a través de sus *Observaciones sobre el plan de estudios que ha formado la comisión nombrada por el Supremo Gobierno en 1832*, consecuente con su convicción de la importancia formativa y práctica de esta disciplina para todos los estudios jurídicos, como explicó en repetidas ocasiones y muy principalmente en su estudio «Latín y Derecho Romano» publicado en 1834, en *El Araucano*. El Derecho Romano —decía allí— «fuente de la legislación española que nos rige, es su mejor comentario; en él han bebido todos nuestros comentaristas y glosadores; a él recurren para elucidar lo oscuro, y restringir esta disposición, ampliar aquélla, y establecer entre todas la debida armonía. Los que lo miran como una legislación extranjera, son extranjeros ellos mismos en la nuestra». Nada extraño, pues, que ese año lo incluyera en sus lecciones privadas y que más tarde ejerciera aquella misma influencia para que se incorporaran los estudios romanistas a la Universidad de Chile. El mismo año de 1843 en que ésta quedó instalada, apareció la primera edición de las *Instituciones de Derecho Romano*, traducción y compendio de los *Elementos* de Heineccius, y de las que todavía no se sabe con certeza si es una recopilación de las lecciones que dictaba o una transcripción de las mismas hecha por sus alumnos y posteriormente corregida por el propio Bello. Pero lo que es cierto es que esa publicación no es otra cosa que un fruto y una prolongación de su actividad docente.

ANHELO POR EL FUTURO COMUNITARIO

Una génesis parecida es la que se puede dar a algunos de sus más famosos estudios gramaticales, y muy destacadamente a su *Gramática castellana* (1832), de la que la última versión fue el *Compendio* escrito para uso de las escuelas primarias y publicado en fecha tan tardía como 1862, tres años antes de su muerte.

Todo esto nos pone de relieve que la dimensión del Bello educador tuvo una primera manifestación en su condición de docente ejercida durante muchos años en diversas disciplinas, y como quiera que en su alma vivía intensamente el anhelo por el futuro de sus pueblos americanos aquellas

Su futuro está en tus manos.

Hay muchos niños como Pedro. Más de 300.000. Muchos niños subnormales. Demasiadas cosas por hacer.

Hoy te proponemos una tarea bonita. Y humana. Colaborar con la **MUTUALIDAD DE PREVISION SOCIAL PARA AYUDA A SUBNORMALES**. Una entidad de carácter benéfico, regentada por padres afectados, que trabaja exclusivamente en beneficio del subnormal: Ofreciendo soluciones. Garantizando su futuro.

Mutualidad de Previsión Social para Ayuda a Subnormales.

Promovida por:
Patronato para Ayuda a Subnormales
y Federación Española de Asociaciones
Protectoras de Subnormales.



FUNDACION
GENERAL
MEDITERRANEA

Información:
Lagasca, 6 - Teléfonos 276 33 01/04
Madrid-1



Ayúdale a seguir...

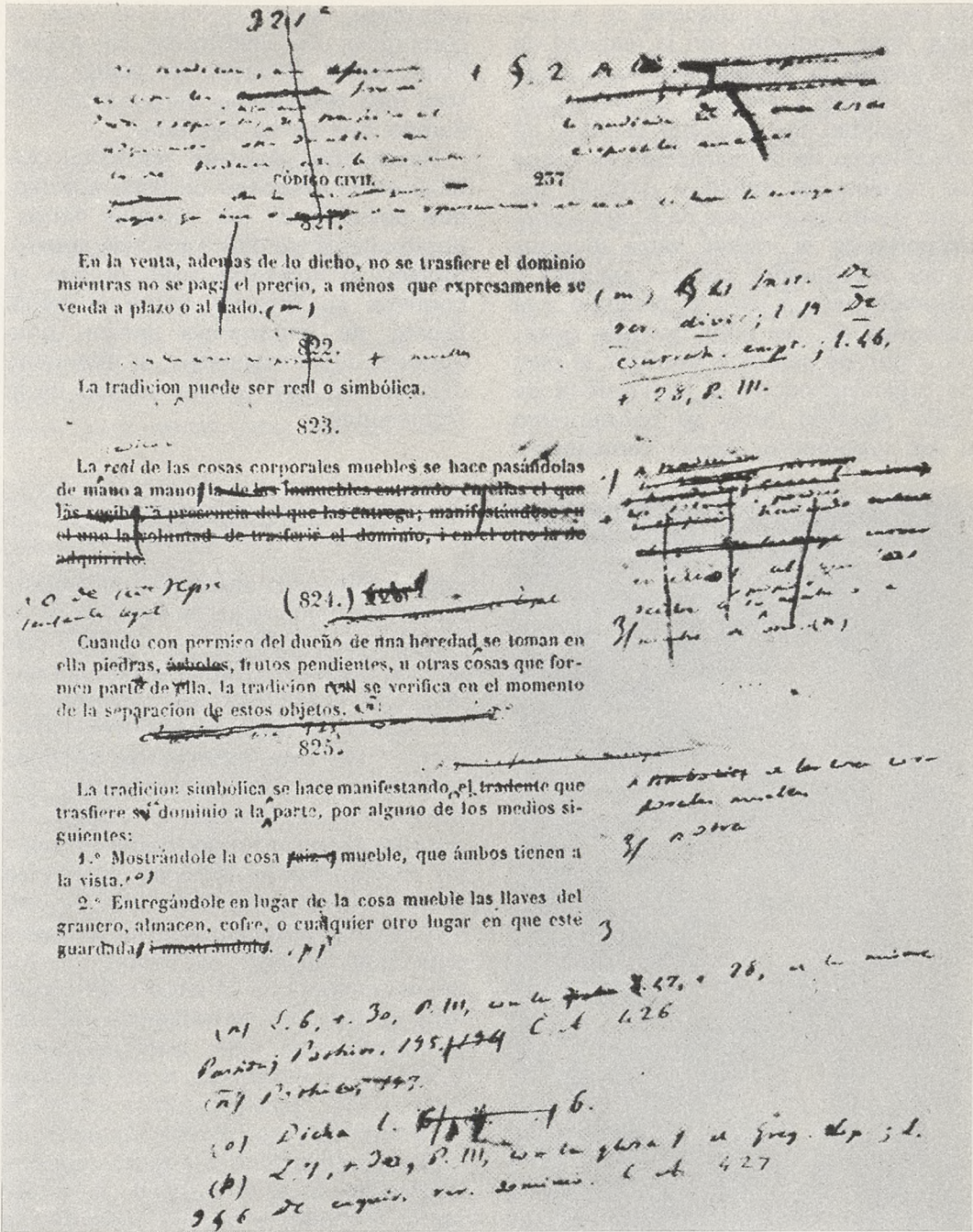
obras que nacían de sus lecciones se concebían espontáneamente con un propósito educador de mayor alcance y su mirada se dilataba en el tiempo y en el espacio abarcando el continente y las necesidades de los años por venir.

Lo curioso es que si por esto mismo se le ha saludado como «maestro de naciones», no han faltado detractores del método por él aplicado a la enseñanza. Los juicios más duros sobre esto son los de Domingo Amunátegui Solar en una semblanza sobre Andrés Bello que el año 1933 publicó en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* (t. LXXIII, n.º 77).

«Bello estaba muy lejos de haber nacido con la predisposición que caracteriza al educador práctico», afirma el hijo de quien fue el primer biógrafo de don Andrés, y antes que nadie nos transmitió una fiel reproducción del escenario y la atmósfera en que se desarrollaban las lecciones del gran hombre. Quede claro que la frase citada del Amunátegui hijo pertenece a una página en que se elogia el valor de las obras de Bello como contribución científica y que lo que se descalifica es su capacidad de enseñante práctico por considerar que «sus abstrusas y doctas lucubraciones sólo son comprensibles para espíritus formados», ya que don Andrés «tal vez a causa de su vasta concisión y hondura de inteligencia, no tuvo nunca la idoneidad indispensable para la urgente tarea de despertar almas juveniles».

¿Qué hay de cierto en estos juicios? Domingo Amunátegui no fue nunca alumno de Bello, aunque sí debió estudiar su *Gramática Castellana*, que durante años después de la muerte del autor fue texto en los liceos chilenos. Pero aunque él fuera uno de los alumnos que encontró en ese libro «un verdadero suplicio», como él dice, y aun dando por bueno que no sea un texto didáctico, el juicio negativo no puede extenderse al método de enseñanza aplicado por Bello en las clases que personalmente daba, y mucho menos, como vemos que él hace, a la capacidad de Bello para enseñar y formar a los jóvenes.

La fuente de estas censuras, nos es conocida. No es otra que José Victorino Lastarria, éste sí, uno de los jóvenes que hacia 1834 acudía a la casa del caraqueño para seguir los dos cursos que allí profesaba: uno de gramática y literatura, y el otro de derecho romano y español. En 1873 publicó unos *Recuerdos del Maestro*, llenos de interesantes datos sobre la evolución cultural del Chile de la primera mitad del siglo XIX, y allí, en lo que escribe quien fue no sólo discípulo directo de Bello sino también continuador en el Instituto Nacional de la labor docente de éste, disiente, es verdad, del método y de la orientación filosófica a la que respondía y su crítica es muy interesante para conocer ciertos aspectos del pensamiento del maestro y de la evolución que experi-



Una corrección de pruebas del propio Bello, minucioso y atento.

mentó en el decenio que va de 1834 a 1844.

Pero esa diferencia, nacida de tener ambos concepciones filosóficas y políticas distintas, no lleva a conclusiones negativas sobre su capacidad para enseñar y para moldear la mente de sus alumnos sino, muy al contrario, la reconoce explícitamente y testimonia el capital papel que Bello jugó en el desarrollo de la enseñanza en Chile.

Es un hecho incontrovertible, que se prueba pasando lista a los nombres de sus discípulos, que, como nos dice Jesús Cruz, «la generación que oyó sus lecciones fue la que hizo el progreso de Chile en la segunda mitad del siglo XIX».

PEDAGOGIA Y REFORMA DE LA ENSEÑANZA

Ese primer plano en que se proyectó el Bello educador, el de la práctica docente, con haber sido muy duradero y de gran importancia en su biografía, no es ni mucho menos el que nos da su verdadera dimensión como educador. Rafael Caldera ha explicado muy bien que Andrés Bello «educó, no sólo

enseñó», es decir, no limitó su labor al círculo de sus alumnos directos y a las disciplinas, con ser éstas muy variadas, en las que los instruía y formaba. Había reflexionado mucho sobre lo que debía ser una educación integral y por eso en los numerosos escritos que nos ha dejado sobre este tema nos ha legado una teoría coherente, armónica y, en sus principios orientadores, perfectamente válida para inspirar la política educativa en todo tiempo y lugar. Al propio tiempo, desde su llegada a Chile, y de manera cada vez más acentuada en los años siguientes, estuvo en condiciones muy favorables para influir y aun organizar la acción de los poderes públicos en este dominio, de suerte que la valoración de su personalidad como educador eminente es aquí donde puede alcanzarse de forma adecuada.

El mismo Caldera ha apreciado con justicia que «la labor de Andrés Bello en su segunda patria ha pasado a la Historia, precisamente, como una hercúlea tarea educativa».

Al llegar a Chile, él, que había sentido con tanta fuerza en sus largos años de exilio londinense el anhelo de difundir entre los pueblos americanos

los beneficios y los placeres de la cultura, tomó contacto con la realidad de una parcela de aquella América soñada en la lejanía y percibió de inmediato la necesidad de acometer la tarea de una reforma de la instrucción en todos los niveles. Se aplicó a difundir sus ideas desde las páginas de *El Araucano*, despertando el interés hacia diversos temas relacionados con los estudios y ganando paso a paso el prestigio y la autoridad de que años después gozaría, y por los que se le confiaría el plan de organización de la Universidad de Chile. Muchas veces su pensamiento o sus sugerencias fueron combatidos,

infundirse, crear espíritus frívolos, y comunicar una instrucción tan superficial, que a la vuelta de pocos años sólo deja testimonios vergonzosos del tiempo que se ha perdido».

Pocos años después, en 1836, publicó en *El Araucano* un largo artículo, que apareció en los números correspondientes a los días 5 y 12 de agosto, titulado «Educación» y en el que se contiene su filosofía sobre el tema. Escrito de importancia similar, para conocer su pensamiento, al admirable discurso de 1843 de instalación de la Universidad.

POLITICA Y EDUCACION

Es sabido que concedió una importancia fundamental a la difusión de la enseñanza primaria y la defendió con sólidas razones: «Nunca puede ser excesivo el desvelo de los gobiernos en un asunto de tanta trascendencia. Fomentar los establecimientos públicos destinados a una corta porción del pueblo no es fomentar la educación; porque no basta formar hombres hábiles en las altas profesiones, es preciso formar ciudadanos útiles, es preciso mejorar la sociedad, y esto no se puede conseguir sin abrir el campo de los adelantamientos a la parte más numerosa de ella». «¿Qué haremos —se preguntaba— con tener oradores, jurisconsultos y estadistas si la masa del pueblo vive sumergida en la noche de la ignorancia; y ni puede cooperar en la parte que le toca a la marcha de los negocios, ni a la riqueza, ni ganar aquel bienestar a que es acreedora la gran mayoría de un Estado? No fijar la vista en los medios más a propósito para educarla, sería no interesarse en la prosperidad nacional.»

Y con igual brío defendió el fomento de los estudios de las ciencias naturales y exactas, o la instrucción religiosa, o el latín, o el conocimiento de la gramática.

Con el rico conjunto de los escritos en que desenvolvió sus ideas educativas podría formarse un bello *Ideario*, que serviría de permanente enseñanza. Téngase en cuenta que él volvió una y otra vez, a lo largo de los años, sobre los temas educativos que consideraba de capital importancia y que de este modo su pensamiento se desarrolló plenamente y, por cierto, siempre expresado con gran belleza y precisión.

Entre esos temas a los que concedía particular trascendencia hay uno que no puede quedar sin citar: la necesidad de fundar escuelas normales en las que cuidadosamente se preparase el profesorado que habría de repartirse después por el territorio de la República para preparar la instrucción con arreglo a los métodos más perfectos y sencillos. Por eso se considera como uno de sus mayores méritos el haber sido el primero que en Chile se ocupa de señalar la conveniencia de crear las

escuelas normales, lo cual se hizo realidad por decreto del ministro don Manuel Montt, en 1842.

PRIMER RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

Pero, como decíamos, la preocupación educativa no era en él mera cuestión teórica. No se redujo a formular unas doctrinas pedagógicas. El sugería y llamaba la atención sobre lo que debía hacerse, y como pronto tuvo influencia y, luego, competencias precisas en este terreno, a las doctrinas acompañó la práctica. En 1831 tenía que limitarse a proponer, con buenas razones, la utilidad de crear un gabinete de historia natural o un curso especial de química aplicada a la industria y a la agricultura. Pero a partir de 1842 pudo además hacer que sus propuestas fuesen realidades, y así, en ese año, gracias a su influencia se dio sede a la primera Escuela de Agronomía y lugar para un campo de experimentación agrícola al cederse la llamada Quinta Normal a la Sociedad de Agricultura. Y bajo su mandato de rector se fundaron la Escuela de Bellas Artes, y la de Arquitectura y los primeros cursos de la Escuela de Artes y Oficios.

Esa fecha de 1842 es esencial en la vasta obra educadora de Bello. El 19 de noviembre de ese año, gobernando Bulnes, se dictó la ley orgánica de la Universidad de Chile, cuya creación había sido ordenada por el presidente Prieto al decretar el 17 de abril de 1839, siendo ministro de Instrucción Pública don Manuel Montt, la clausura de la antigua Universidad de San Felipe.

El 17 de septiembre de 1843 quedó instalada la nueva institución, de la que Bello había sido designado rector el 28 de julio, para continuar siéndolo hasta su muerte.

«Entre todos los trabajos que Bello realizara en su larga y fecunda vida en pro de la cultura chilena e hispanoamericana, ninguno tan trascendente ni de tan vasta y continuada proyección como el establecimiento de la Universidad de Chile», ha escrito Orrego Vicuña. Y Lastarria, crítico como vimos, pero también discípulo y colaborador de Bello, afirma que como rector de la Universidad «comenzaba el sabio americano su última y más prolongada campaña al servicio de la educación».

En efecto, en los veintidós años de su rectorado, Andrés Bello influyó poderosamente en el desarrollo de la educación de Chile. En los inmediatamente anteriores y por su condición de miembro de la Junta Directora de Estudios había podido apoyar reformas importantes en los cursos de instrucción secundaria y superior del Instituto Nacional. Así, el restablecimiento, en 1835, de la cátedra de Gramática Castellana en el plan de estudios de



Retrato de Bello, en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela.

viéndose implicado en polémicas muy contrarias a su temperamento. Pero en verdad los escritos de Bello en materia educativa que aparecieron en aquel periódico oficial entre 1831 y 1842 son una demostración del sentido común y también práctico y realista con que abordaba estos temas. En las «Observaciones» que formuló al plan de estudios preparado en 1832 por una Comisión nombrada por el Gobierno, hizo consideraciones de la mejor pedagogía y que revelan que no estamos ante un manojito de ideas improvisadas, sino fruto de una reflexión depurada con los años y contrastada con la experiencia obtenida por él. «Algunos han conseguido desterrar de la educación —decía— el hastío que naturalmente ocasiona, presentando a los muchachos en las lecciones objetos de placer y diversión; más con esto sólo han logrado desterrar el amor al trabajo, que desde el principio debe

humanidades, o, dos años antes, sus indicaciones permitieron crear en el curso de Leyes una clase de Derecho Comparado Romano y Español, y la fundación de la enseñanza de la medicina en principios científicos. Pero nada de esto es comparable al impulso que Bello proporcionó desde su puesto de rector a la instrucción en sus diversos grados, dado que la Universidad tenía entonces la responsabilidad de dirigirla en todo el país.

La identidad de criterios y de preocupaciones entre él y el ministro Montt fue tal que armonizaron perfectamente sus esfuerzos en aras del progreso de la cultura en Chile. Bello pudo así impulsar la creación de nuevas escuelas primarias y para adultos o la enseñanza profesional y científica —haciendo realidad lo que había aconsejado ya en 1831 y 1832 en diversos artículos—, estimular la difusión de textos elementales, la propagación de la enseñanza secundaria en las provincias y la expansión de congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza, como los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Su apoyo fue decisivo para beneficiar a su país de la presencia de científicos extranjeros, como fue el caso al contratar los servicios del francés Pissis, que hizo el levantamiento de la carta del país o al facilitar los estudios de un equipo de astrónomos norteamericanos. Quizá el rector Bello recordaría entonces la admiración con que el joven Andrés Bello acompañó en el primer año del siglo al sabio Humboldt, en su ascensión al monte Avila, en la siempre añorada tierra venezolana.

Pero hizo más: estimuló a los estudiantes y graduados a redactar trabajos, que hacía leer en sesiones solemnes y que él mismo se ocupaba de comentar en *El Araucano*, creando una corriente de emulación en la investigación de la que pronto se notaron los frutos, al atraer la atención de otros sectores de la población hacia trabajos estrictamente académicos, como ocurrió en 1844 al polemizar con su discípulo, el ya citado Lastarria, con ocasión de la memoria presentada por éste *Sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*.

De muchas de estas actividades queda constancia en las Memorias que como rector presentó en los años 1848, 1854 y 1858.

El ministro Manuel Montt fue el que concibió la idea de la nueva Universidad y confió su creación a Andrés Bello, con lo que el primero demostró lo importante que es para un político acertar en sus colaboradores, y el segundo inició la etapa de plenitud en su larga vida de educador. Nada pregonaba esto mejor que el discurso de instalación pronunciado por él el 17 de septiembre de 1843, «una de las piezas fundamentales del pensamiento de Bello», al decir de Pedro Grasses, compendio de sus concepciones educativas, cifra de la misión universitaria,

y que por eso puede ser equiparado a la *Idee of a University*, del cardenal Newman.

MAGISTERIO HUMANO DE BELLO

Parecería que con lo dicho queda descrita en grandes líneas la figura de Andrés Bello como educador. Sin embargo no es así. Para nosotros hay todavía un tercer plano, más profundo, más general, que es necesario considerar para poner ante nuestra vista

Desde aquel observatorio europeo asiste al desarrollo de las luchas que abren un nuevo período de la historia de los pueblos americanos y con su mirada abarcó el futuro de éstos como un todo. La lejanía le facilitó una visión continental de la obra a realizar y se hizo consustancial con su espíritu. Por eso, en la transformación que experimentó en Londres no sólo hay más información, más conocimientos, sino que, sobre todo, aparece lo que va a ser, a juicio de Grasses, «el alma de toda producción posterior de Bello hasta su muerte» y que se resume en esto: «Con-



Diploma de la Real Academia Española por el que se nombra, «por voto unánime», a don Andrés Bello, académico de honor.

todo el alcance del magisterio que emana de su persona.

Chile fue el escenario de su acción y como sus ideas de progreso social coincidieron con la línea política de la gran etapa que se abrió con la subida al poder de Diego Portales, pocos meses después de su llegada al país, pudo desplegar una actividad y ejercer una influencia que fueron decisivas en el desarrollo de la República austral. Pero en todas sus empresas intelectuales, como ya hemos indicado al considerarlo como docente, hay una dimensión americana. La génesis de la razón última de su obra ha sido perfectamente captada por Pedro Grasses, y es muy explicable teniendo en cuenta la gran circunstancia histórica coincidente con el momento en que la vida y el estudio dieron madurez a la inteligencia de Bello.

«Su estancia en Londres —observa el gran bellista Pedro Grasses— coincide absolutamente con la Independencia: América y su cultura se convierten en el anhelo de toda su alma.»

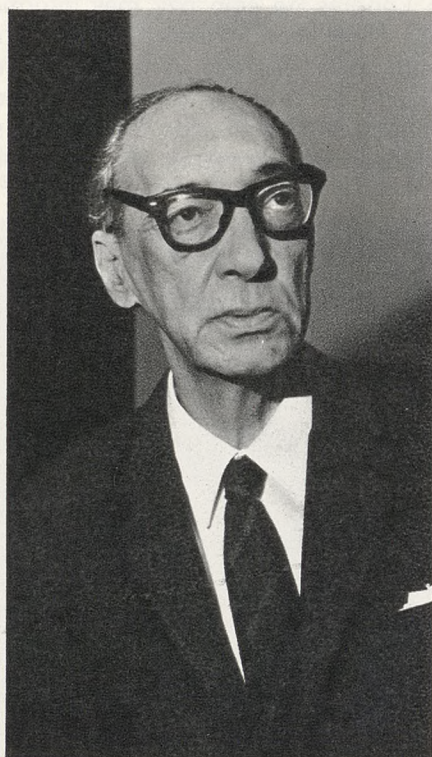
tribuir a la cultura americana, dar contenido cultural, alma y civilización propias, a las Repúblicas nacientes.»

Para él debe ser reservado, en efecto, el título de «Maestro de las Américas» porque desde los escritos por él redactados, pero que no podía firmar, emanados de la Misión diplomática que le lleva a la capital británica, hasta los que corresponden al período final de su vida, Andrés Bello mantuvo una idea clara sobre la solidaridad natural y profunda de los pueblos hispanoamericanos y para afirmarla dedicó su vida.

Con el pensamiento puesto en este elevado objetivo estudió y escribió sus obras; a él respondió en su obra de legislador y codificador. Fue un objetivo conscientemente buscado.

Pero, al propio tiempo, en el largo transcurrir de su vida, ejerció sin darse cuenta el alto magisterio humano de su luminosidad intelectual, de su forma de situarse ante la vida, de su respeto y consideración para los otros, de su paciencia ante la adversidad, de su reposo, de su serenidad.

ONETTI Y FELISBERTO HERNANDEZ



LA cálida y desabrida semblanza que Juan Carlos Onetti hace de Felisberto Hernández, el escritor «naif», la constituyen no más que tres páginas de «Cuadernos Hispanoamericanos» llenas del mejor, del más profundo lirismo. Y entiendo el lirismo en una dimensión desprovista de todo contenido poético, si cabe la paradoja: es el de Onetti el lirismo desgarrado y auténtico que, incluso al margen de la palabra, nos trasvasa toda su experiencia vital. Contando de la vida y milagros de este Felisberto, el «naif», yo me imagino a Onetti según y cómo lo represen-

taba el rectángulo convencional con que, con sus cigarros y el vaso con hielo, se me presentaba como una obsesión en la pantalla del televisor.

Las tres magníficas aunque sobrecogedoras páginas de Onetti, me hacen constatar lo que uno ya constató tiempo ha: el carácter desintegrado de la experiencia humana, el desgarró hondo de quien desciende por las profundidades y más allá de los límites del ser, y —en el plano de la literatura— lo que tiene ésta de oscura, misteriosa peculiaridad: el ser transmisora de los individuos diferenciados que tienen el desolado, pero ingenuo impudor, de echar, entre líneas, la piel a tiras para que el lector recoja los despojos.

Porque el genio, es cierto, no está en la perfección formal, ni en la minuciosidad del meticuloso, ni en la paciencia del taciturno, sino en esa virtud celestial de coger el dolor y ponerlo así, entre líneas, sobre el quiosco de feria del mundo.

El pensamiento de Onetti está ahí, como fáctico ser humano que es, pero lo que proyecta hablando del fabuloso Felisberto, es todo ese crujir, rugir, el irse desenlazando en madeja de dolor el proyecto biológico; en suma: los trastornos digestivos y neurológicos que sustentan ese potente pensamiento, que sale a la luz como si en el aire descansara y no en el aparato biológico triste, sucio y dolorido de whisky y tabaco rubio americano.

Onetti: estoy contigo, en los alrededores de este momento crucial, de penuria física, de vacío, en que consiste dejar la pluma y salir a respirar el tiempo, el amarillear de los árboles. Me has traspasado tu sufrimiento, tu alcohol, tu tos, la presencia de la muerte en las temblorosas manos que atrapan el último rubio americano cigarri-
llo.—J. del A.



LEYENDAS DE AMERICA EN ITALIA

NO es ninguna novedad señalar a estas alturas el interés existente en Italia por las Letras hispánicas, por las de acá y las de allá del océano. En estos últimos años las ediciones de autores españoles contemporáneos —especialmente los poetas— se han visto completadas con las de sus hermanos de América. Resulta curioso que autores como Onetti y García Márquez son tan conocidos allí como aquí. Son notables las sucesivas ediciones de Neruda, y para críticos y especialistas la obra de Borges ha constituido particularmente un descubrimiento poco común.

De este interés por las Letras de Hispanoamérica nace asimismo una preocupación básica, general, por el mundo físico, una aproximación a su historia y a sus leyendas. Fruto de esto es el libro que un autor italiano estudioso de la literatura hispánica, Virgilio Serafini, ha titulado *Storie e leggende dell'America Latina* (*). Serafini ha dejado a un lado estudios más concretos sobre Antonio Machado y Darío, Carrere y Asturias, para recrear las antiguas leyendas de Aztecas, Incas y Mayas y los consiguientes contactos con el pueblo español.

Alguien ha escrito que «la única cosa real es el mito». Y en éste se apoya el autor italiano para ir tejiendo, una tras otra, las hermosas leyendas de la América del centro y del sur. Pero no se piense que su labor ha sido puramente imaginativa. Para realizar este trabajo fundamentalmente creativo, Serafini se ha apoyado en fuentes literarias y artísticas que van desde el Inca Garcilaso a José Pijoán, de la *Storia de Cantú* a la *Crónica* de Pedro de Cieza.

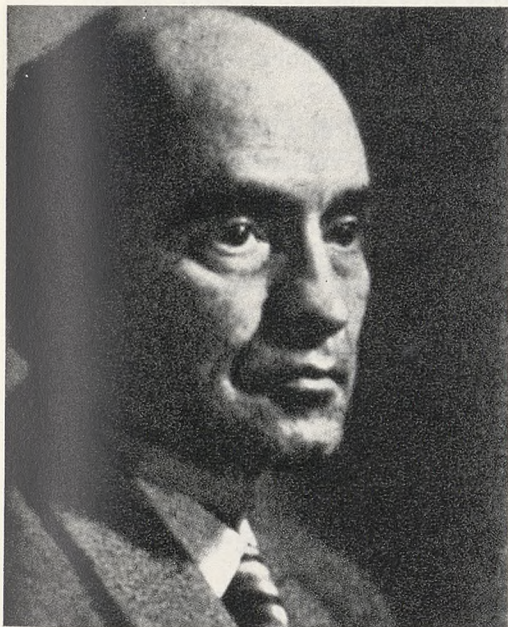
De esta forma, sus cuarenta relatos, teniendo una base histórica, no caen dentro de una labor exclusivamente personal, con todos los riesgos que ello comportaría al tratar un tema tan concreto como es el del mundo y la colonización de América.

No espere encontrar el lector en estas páginas un relato denso y exacerbadamente lírico, casi

poema en prosa, a la manera de las Leyendas de Guatemala, de Miguel Angel Asturias. Las páginas de Serafini tienen un desarrollo y una claridad meridiana, con la amenidad, que es cualidad que suele acompañar a las anteriores. Y uno, como español, deplora que a veces, entre nosotros, han faltado libros como éste; obras no ambiciosas, pero que sin olvidar la base histórica esencial sean un placer para el que lee.

Para quien no sea un especialista del tema no es siempre una labor grata el tener que debatirse entre las dificultosas crónicas originales y el relato infantil, un relato con sus «leyendas» —acéptese aquí el término con toda su carga de negatividad—, con sus selvas y sus indios, sus batallas y sus estandartes como recuerdo vergonzosamente escolar.—Antonio COLINAS.

(*) Trevi Editore. Roma, 1974.



MARTINEZ ESTRADA: CUENTOS DE CARNE Y HUESO

LOS Cuentos completos de Ezequiel Martínez Estrada, recién editados en España (1), han de ser, sin duda, una lectura sorprendente para muchos. Lejos, en esta orilla del Atlántico, de la intrigante popularidad alcanzada por otros, Martínez Estrada fue un hombre agudo, sabedor de cosas difíciles, de vida personal novelesca y dueño de un talento de esos capaces de integrar lo que llamamos «la ciencia», con lo que llamamos «la literatura». Murió en 1964, después de una larga dedicación a los problemas sociales de la Argentina, y de un trabajo como ensayista y antropólogo que habría merecido mejor trato por parte de nuestros editores.

Pero este volumen es de cuentos. Martínez Estrada fue un extraordinario narrador, siempre dotado de buen pulso para recoger las cosas irreales de manera realista, un poco a la manera de Kafka, aunque más nuestro, más enraizado en los dolores, y los placeres, de la carne y del hueso humanos.

Hay una Argentina inventada, una pampa inventada, un Buenos Aires inventado, en cada uno de estos relatos. Pero también una des-

cripción meticulosa de la verdad topográfica y psicológica, que aumenta la intensidad del misterio y, sobre todo, permite al lector la emoción. En ese sentido, el relato *Sábado de gloria* nos parece un ejemplo extraordinario de sagacidad, capacidad inventiva y dolor.

La aventura de Julio Nievas, tan vulgar que llega a resultar alucinante —el sueño de las vacaciones, la sordidez del empleo, el crédito bancario, la tenacidad torpe y amorosa de la mujer, la espantosa suciedad de los recuerdos viejos...— es una aventura irónica, pero también surrealista y, casi paradójicamente, «meramente informativa».

He aquí que un golpe de Estado militar trastrueca, en el hondón de la ciudad, las vidas simples. Apenas si se menciona ese episodio, pero se respira en el sudor y la angustia del empleado administrativo, en la insolencia de los jefecillos, en el insulto de tener que vivir, a pesar de todo, con el cuello de la camisa sin lavar y los billetes del tren pagados para un viaje imposible.

El Buenos Aires de la gente que muere, de la gente que compra, vende, desea, espera, ignora, es un Buenos Aires exclusivo de Martínez Estrada, que ningún otro escritor ha compartido con él tan vívidamente. Y, luego, el campo, la pampa, la Argentina del aire libre, privada del tópico gauchesco, como en el relato *La cosecha*, en el que el drama no es lírico, sino agrícola, económico, meteorológico, financiero, social. Martínez Estrada ha dejado el guitarrón colgado en el granero, y ha preferido otro instrumento lírico: la máquina cosechadora. Pero todo esto, con un lenguaje moroso, cuidado, inclinado sobre cada palabra y cada sentencia, breve y sugerente en el horror o en la grandeza, más bien voluntariamente helado, y, por eso mismo, misterioso.

Un escritor raro, Martínez Estrada, cuya lectura conmueve y asusta.—Felipe MELLIZO.

(1) Ed. Alianza Tres, Madrid, 1975.

MESTER DE REBELDIA DE LA POESIA HISPANOAMERICANA

LOS poetas, escribió Mayakovsky, deben fustigar el tiempo. A los poetas hispanoamericanos (al menos en idéntico grado que a los de otras latitudes) el tiempo les ha dado motivos más que suficientes para ejercitar su fusta. Otros, obligado es reconocerlo, en parecidas circunstancias han hecho menos.

Si los poetas, como dice Ernesto Cardenal, son la voz de la tribu, justo es aceptar que muchas tribus se quedaron afónicas y no precisamente de ejercer su soberano derecho al grito. De ahí que sea especialmente atractiva esta antología sobre la poesía de protesta hispanoamericana que ha reunido y criticado Ramiro Lagos, catedrático en la Universidad estadounidense de Carolina del Norte. Como una inmensa catarata nos llega la voz de Hispanoamérica, una voz múltiple que acoge los ecos de



todas las naciones de habla española, más de cien poetas levantando su pluma y su palabra contra la injusticia y la opresión. Naturalmente, existen los matices que perfilan las distintas geografías y las diversas circunstancias del entorno. Pero en líneas generales podría decirse que muchos de estos poetas han asumido y radicalizado la identificación, a la manera de Mayakovsky, de poesía y revuelta. Son poetas que, de seguro, se han hecho muchas veces la pregunta que la poeta palestina Fadwa Tuqan ha hecho explícita en uno de sus libros: «¿Protegeré a mi gente con palabras? ¿Salvaré con palabras a mi pueblo? ¿No es absolutamente despreciable sentarse a escribir hoy?» Se han hecho la pregunta y han hallado respuestas necesarias para decir con Martí: «El verso ha de ser como una espada reluciente que deja a los espectadores la memoria de un guerrero.» Naturalmente que alguien podrá argüir que comprometer al escritor es limitar sus posibilidades de creación, privarle de un más amplio concepto de la libertad. Y en último extremo, que si la misión del escritor es la crítica, la protesta y la rebeldía ¿qué razón de ser tendría en una sociedad idílicamente perfecta? A lo primero podría responderse que la libertad individual sería un triste parásito si no conforta y posibilita la libertad colectiva.

Y lo segundo, que desgraciadamente esta hipótesis no deja de pertenecer al irreductible mundo de lo inimaginable. Como escribe Ramiro Lagos en la introducción de este volumen que comentamos «la poesía de protesta puede no ser una poesía comprometida, pero es, ante todo, humana, humanitaria y solidaria».

Por lo que se refiere a las fórmulas expresivas, los poetas antologados por Ramiro Lagos van desde las formas más populares al canto épico y la arenga, desde el dinamismo de la ira, a la desesperación de la fatalidad.

Voces y más voces que forman un todo coral que si en ocasiones desentona, estéticamente hablando, es porque ha cambiado el viejo lema parnasiano, «sacrificar un mundo por pulir un verso», por este otro más esperanzador, «sacrificar el verso para salvar el mundo».—Javier VILLAN.

FRANCISCO NIEVA

O EL COMPROMISO DE UNA GENERACION

NO es usual en España que cualquiera de los autores de teatro pertenecientes a lo que se ha dado en llamar «generación que no estrena», lleve al escenario —finalidad suprema de la obra escrita— sus piezas dramáticas. Pero ya es totalmente imprevisible que cuando, por fin, lo hace, estrene no una, sino dos obras de teatro. Este es el caso de Francisco Nieva, que junto con Martín Recuerda, Rodríguez Méndez, Romero Esteo, Matilla, Ruibal, Castro, Bellido... y tantos otros, integra esa nómina de dramaturgos españoles «bajo tierra», y que, hoy por hoy, y pese a que a casi todos los conozcamos solamente por su obra escrita —no representada— forman la más sólida esperanza de un nuevo teatro español de auténtica calidad y reflejo de la realidad que nos rodea.

Francisco Nieva ha bautizado a su obra dramática con el nombre de «Teatro Furioso» y «Teatro de Farsa y Calamidad». Una forma de hacer teatro que Angélica Becker engloba en lo que ella llama «Teatro Postabsurdo». Un teatro que parte de la enseñanza brechtiana y que se diferencia del «Teatro del Absurdo» en la fe en el cambio, en la convicción de que todo es posible, recogiendo, no obstante, los presupuestos de Ionesco, Beckett, Adamov...

«SOMBRA Y QUIMERA DE LARRA...»

Los españoles bajo tierra y Sombra y quimera de Larra, representación alucinada de no más mostrador, son las obras que Nieva ha dado a conocer en esta su primera salida al escenario. Aclaremos que Francisco Nieva siempre ha sido un hombre de teatro. Ha dirigido obras, óperas, en el extranjero, y en España es suficientemente conocida y valorada su labor como escenógrafo. Pero como «autor» ésta ha sido su primera puesta en contacto con el público.

—Francisco Nieva, ¿qué conexiones tienen estas dos obras que has estrenado con tu producción dramática?

—Lo que ocurre con «Sombra y quimera de Larra...» es que es la única obra de carácter didáctico que yo he hecho. Y quizá la única que haré. Es un homenaje a Larra, y en este sentido he aprovechado una lección brechtiana —mi afición auténtica al teatro surgió de la contemplación de las obras de Brecht—. Pero mi «Teatro Furioso» va por otro lado. Pero ocurre otra cosa con «Los españoles bajo tierra». Yo superé el «Teatro de Farsa y Calamidad» con mi «Teatro Furioso», y ahora veo que este último tipo de teatro lo estoy superando con otra forma de hacer que se representa en «Los españoles...» que tiene algo de Furioso y del de Farsa y Calamidad. Porque el «Teatro Furioso» era como muy sintético, heráldico, excesivamente comprimido... para que los actores, directores, alargaran a su capricho esta especie de «sugerencia» de texto definitivo. Como esto, en España, aún no es posible, espero que más tarde, quizás con Ronconi,

que me prometió dirigir «Pelo de tormenta», que pertenece a este «Teatro Furioso», se pueda hacer. Pero por lo pronto ha sido necesario establecer una especie de nexo entre mis dos tipos de teatro para poderlo montar dentro del teatro profesional, que es el único que, con eficacia, se puede hacer en nuestro país. Y es esto lo que he intentado con «Los españoles...»

TEATRO POSTABSURDO

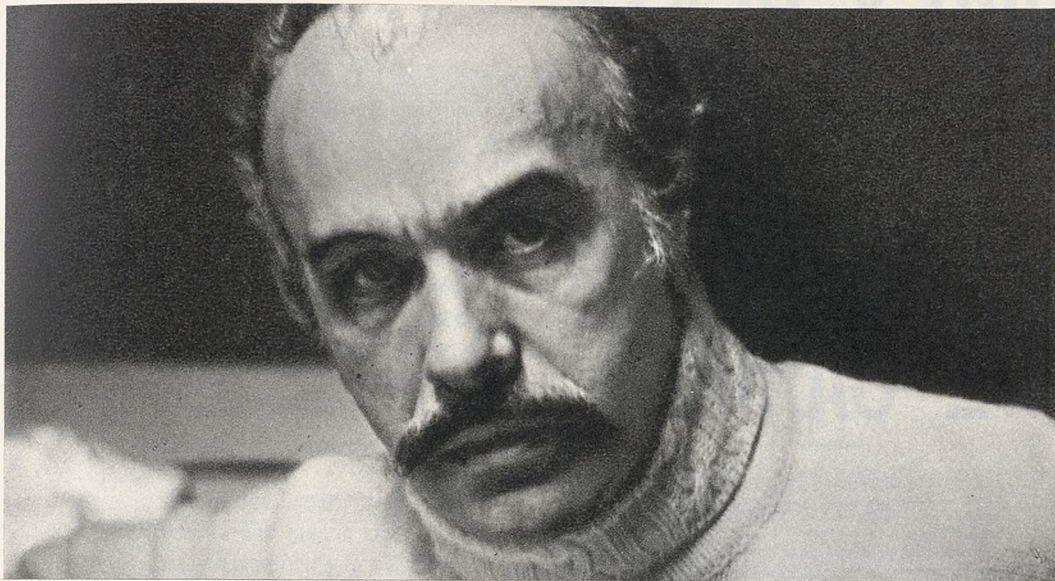
Las características que definen el «Teatro Postabsurdo» son: el humor en todas sus variantes, la sorpresa, la magia de lo cotidiano, lo onírico, el erotismo... una serie de elementos que se aprovechan para romper la «verosimilitud», las «barreras lógicas». Nieva utiliza todos estos excesos para demostrar algo más inmediato. Lo que Beckett, Ionesco... y todos los integrantes del Absurdo postulaban, era más metafísico. Frente a ellos Nieva incide en los vicios nacionales, en las deformaciones sociales. En una palabra: el hombre en su inmediatez.

Meyerhold decía que el teatro no existe hasta el momento en que se produce una respuesta, por parte del público, de todo cuanto sucede en escena. En este sentido nos dice Nieva:

—El teatro es enormemente difícil porque necesita el concurso del público. Si no se establece con él una relación, no hay teatro. No creo que se pudiera haber escrito «En busca del tiempo perdido» en teatro. El teatro necesita un determinado compromiso con el público que lo va a escuchar. Pero no hay duda de que el teatro se tiene que renovar, y debe hacerlo a través de una personalidad, de una individualidad, de una subjetividad. Hay que tener cuidado porque, no hay duda de que si se hace un teatro excesivamente difícil, subjetivo, se establece una incomunicación. Entonces esto no le vale para nada al autor. Si tenemos confianza en el público, posiblemente el público la tenga en nosotros, y podremos llegar a comunicar cosas difíciles con un lenguaje accesible.

TRADICION Y RENOVACION

Francisco Nieva tiene confianza en el público. Confianza en el papel que el teatro puede —debe— desempeñar en la sociedad española actual. Una misión en cierto modo educativa. En primer lugar, de la sensibilidad, a lo que se añade el ejercicio de una crítica política. Hasta ahora casi toda la producción dramática que se ha presentado en nuestro país ha pecado de inconsistencia, de puerilidad. Frente a ello se alza la gran incógnita de los autores hasta ahora «prohibidos». Es preciso, necesario, darlos a conocer, mostrarlos en los escenarios sacándolos del ya viejo sueño de los cajones de la censura. Y esta puesta al día supondrá, a su vez, la conciencia,



por parte de estos autores, de una continua renovación. Y Nieva es consciente de ello.

—Los que hemos estado prohibidos todavía no somos viejos, entonces es probable que la obra anterior nos sirva de apoyo para seguir escribiendo cosas de mayor actualidad, con más incidencia en nuestra sociedad, en su realidad. No hay duda de que entre estas obras tiene que haber algunas que tengan un cierto valor universal, que puedan pasar a través de los años y de los sistemas políticos sin dejar de ser importantes. Junto a ellas debe haber otras que hayan perdido todo valor social, e incluso artístico. Porque yo creo que durante una época de represión se ha escrito complaciéndose en decir cosas que no se podían. Pero entre eso y decirlas «bien», o hacer una obra de arte, aunque ésta sea comprometida —la obra de arte tiene que ser comprometida—, hay diferencia. Es decir, que hay que tener en cuenta también la parte formal, tanto como el compromiso que la sustenta. Hay que admitir que bastante de lo que hemos escrito ha perdido actualidad, y que si no ha sido una obra muy original no va a poder perdurar. Esto implica una necesidad de revisión continua de lo hecho.

DE «LA CELESTINA» A VALLE-INCLAN

Ya hemos hablado del papel que juega Brecht, y los autores del «Teatro del Absurdo», en la producción de Nieva y de sus compañeros de generación. Señalaba Martín Recuerda que hay que estudiar, profundizar, en la tradición dramática española, si queremos obtener un auténtico teatro que tenga que ver con nuestra idiosincrasia.

—¿Está presente en tu obra la herencia teatral española?

—Está bastante presente. Por otra parte, creo que me he vuelto más español viviendo en el extranjero. No es que tenga desconfianza en las formas teatrales que puedan surgir en el extranjero, pero como yo no soy muy visceral, y fuera de España me he ido haciendo como hombre y como escritor, en realidad puedo decir que la mayor influencia que puede haber en mi obra es española. En primer lugar, la invención de vocablos no puede ser posible sin tener un profundo conocimiento del idioma en sus fuentes clásicas. A partir de «La Celestina» hasta Valle-Inclán, encuentro una escuela maravillosa e insuperable. Junto con Quevedo. Como para mí «La Celestina» es algo muy importante, como el Arcipreste de Talavera, como los entremesistas, como la novela picaresca... creo que parte de mi teatro, sobre todo el «Teatro Furioso», tiene una gran cantidad de clasicismo —a veces temo que demasiado—. En este sentido soy un «autor español». Porque me parece que cuando el autor se deja influir por tendencias extranjeras, de un modo puramente mimético, su obra no es completa. Tenemos a Ramón Gómez de la Serna, que ha ido recogiendo cantidad de sugerencias extranjeras y las ha españolizado de un modo genial. In-

cluso antes de que se produjeran en el extranjero. Ramón dio algo que se puede considerar como un avance del teatro de Metterlink, y del Absurdo... apareciendo, en algunos momentos, a los autores del 98 como un tipo «snob» y mimético. De modo que todo consiste en tener una base de españolismo auténtica. Por otra parte tengo que apuntar que no soy persona a quien encanten los «nacionalismos» gratuitos.

EL AUTOR Y SU PÚBLICO

En consonancia con una ley de continuidad y contradicción, los autores de la generación de Nieva, con ese núcleo central de la confianza en que todo es posible, en su incipiente visión del mundo, conservan elementos susceptibles de desarrollo, revitalizando los enfoques y los vehículos expresivos, los procedimientos estilísticos irracionales, lo fantástico y lo improbable —como analizaba Angélica Becker—. Es un teatro apto para la crítica y el análisis social. Un teatro que sigue, en su mayor parte, sin representar.

—¿Cómo ve Francisco Nieva a su generación? ¿Qué características tiene?

—Somos tres autores, que cualquiera que sea nuestro destino frente al público, tenemos un cierto parentesco entre nosotros. Estos autores somos: Miguel Romero Esteo, Luis Riaza y yo. Esto ha sido porque nuestro teatro se ha desenvuelto de un modo muy espontáneo, fantástico, quizá desahogado, sin querer detenernos en acontecimientos inmediatos, sino intentando abarcar un ciclo histórico: el de la represión. Tal es el caso de «Pasodoble», de Romero Esteo, que se ocupa de la vida de un matrimonio en circunstancias históricas muy concretas. De otro lado tenemos a Recuerda y Méndez que son más «realistas», pese a que las últimas obras de Martín Recuerda —«Las arrecogías...» y «El engaño»— se van acercando más a la fantasía. De todas maneras, nuestra generación lo que hace es casi una síntesis de Brecht y del Absurdo. Lo que parecía imposible, inconciliable, resulta que en nosotros sí lo es. Pero aún nos queda por ver cuál va a ser nuestro destino frente al público, cómo nos definirá.

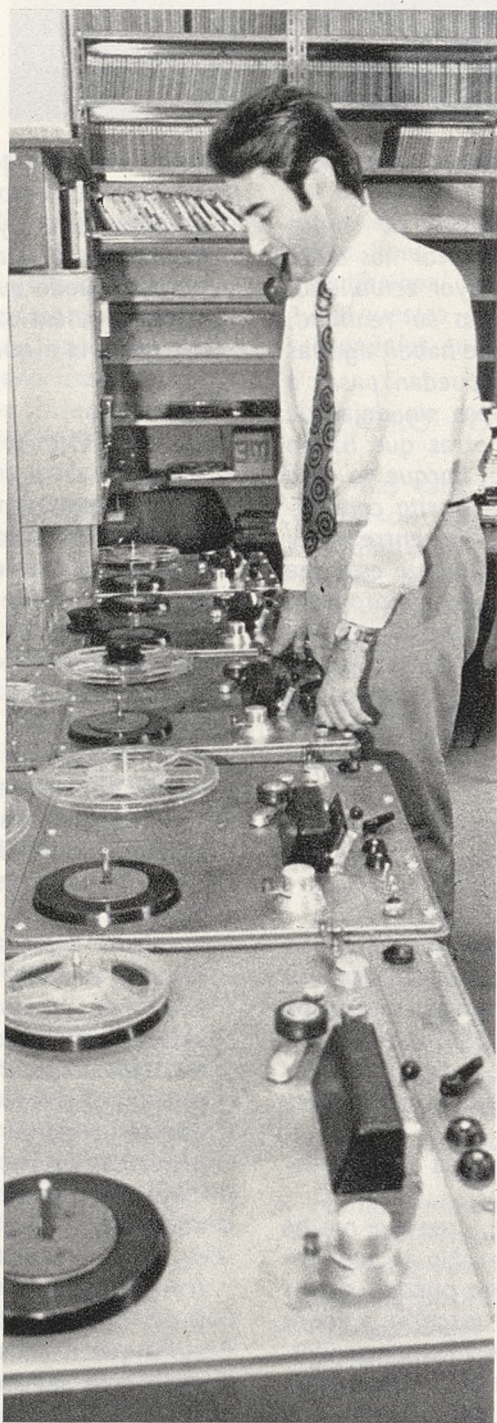
Francisco Nieva ha podido, por fin, dar a conocer a ese público destinatario del teatro, dos de sus obras: Los españoles bajo tierra y Sombra y quimera de Larra, representación alucinada de no más mostrador. La una desvela a los españoles fuera de España, con sus defectos, sus preocupaciones vitales, su vida oculta, bajo tierra, subterránea. La otra, un acto de devoción hacia la figura de Larra, como una disgresión, un punto y aparte en el resto de su obra dramática. Ambas de innegable calidad. Se han rescatado del olvido, de la condena de no estrenar, algunas de las piezas más importantes y vigentes de un teatro que aguarda el poder ofrecer todo un arrollador caudal de vitalidad, de renovación. Quedan, todavía, muchas más.—S.M.

ORO Y PLATA PARA LA COMPOSICION DE CAMARA

LA primera etapa de la temporada musical 1975-1976, al margen de los conciertos habituales, ha estado presidida por los estrenos o reposiciones de composiciones españolas actuales. Sin que hayan desaparecido las normales barreras para que los jóvenes compositores tengan acceso a los conciertos con el estreno de sus obras, el panorama está muy lejos del «literario» peregrinar del músico con su partitura bajo el brazo. Y, en consecuencia, una vez roto el fuego, el camino se hace más compensador para todos.

Un concierto-homenaje a Antonio Machado, patrocinado por la Fundación Juan March, sirvió de presentación a tres obras de Carmelo A. Bernaola, Tomás Marco y Luis de Pablo. Casi al mismo tiempo se inició el I Ciclo de Conciertos del Laboratorio de Interpretación Musical, en el que, junto a diversas obras extranjeras, se estrenaron mundialmente varias españolas de Ramón Barce, Agustín G. de Acilu, Rafael Senosiain y Jesús Villa Rojo. Por último, con motivo del Segundo Concurso de Composición de Música de Cámara de la Confederación Española de Cajas de Ahorro, se han estrenado seis obras españolas, de otros tantos compositores, entre las que se han seleccionado dos que han recibido los premios «Arpa de Oro» y «Arpa de Plata», que se otorgaron a Tomás Marco y Jesús Villa Rojo, respectivamente. El segundo, integrante del Laboratorio de Interpretación Musical, acababa de participar como organizador del I Ciclo de Conciertos, haciéndolo también como compositor y como intérprete de clarinete. Tomás Marco, que recibió el «Arpa de Oro», figuraba con su obra «Arcadia» en el programa presentado recientemente en Madrid por el Grupo de Experimentación Musical de la Universidad de Brasilia (GeMUnB),

Jesús Villa Rojo, ganador del «Arpa de Plata» con su obra «Concerto grosso I».



Tomás Marco, ganador del «Arpa de Oro» con su obra «Autodafé».



y, en general, sus obras figuran en los programas de orquestas y grupos de Europa y América.

Los otros cuatro autores seleccionados fueron Claudio Prieto (41 años), Félix Ibarrondo (32 años), Francisco Guerrero (24 años) y Francisco Otero (33 años). La cita de los años nos lleva, junto con la de los ganadores, 33 y 35, respectivamente, a una media de treinta y tres años en seis compositores que ya tienen un puesto dentro y fuera de España.

El estreno estuvo a cargo de un variado conjunto de cámara, según las distintas instrumentaciones, dirigido por José María Franco Gil, que puede ser clasificado como «especialista» de la dirección de música actual. La obra de Claudio Prieto fue estrenada por el dúo Pedro Corostola-Luis Rego.

La creciente frecuencia de los estrenos ha permitido el claro establecimiento, en forma generalizada, de tres generaciones de compositores. La más veterana, en la línea de los cuarenta y cinco años, cuenta con nombres como los de Cristóbal Halffter, Luis de Pablo, Ramón Barce y Carmelo A. Bernaola, entre otros. En la segunda están algunos de los compositores del Segundo Concurso que, como Tomás Marco, están alrededor de los treinta y cinco años. Y la tercera se compone de los nuevos compositores que se van incorporando, hasta los de la veintena de años. Luego, claro está cuentan los de más edad, muchos de los cuales han evolucionado a los modos de hacer actuales, entre los que figura Xavier Montsalvatge, igualmente activo en la creación y en los estrenos.

Esta coincidencia de tres presentaciones importantes de música actual ha servido también como índice del progreso en el acercamiento del público a la producción de su tiempo.—C. J. C.

José María Franco Gil, director especializado en la música actual.

Horacio Guarany

LA FILOSOFIA DEL CANTOR

EL mundo folklórico sudamericano era desconocido hasta hace pocos años. Gracias a un cantor del pueblo llamado Atahualpa Yupanqui, este mundo desconocido, ignorado, olvidado, fue entrando en nuestra civilización occidental.

Y de esta forma, el canto de un pueblo se hizo universal.

Horacio Guarany es cantor de la tierra. Su niñez es la de una familia campesina. El Monte Chaco Santafecino le vio nacer. Su madre, española de León. Su padre, «un indio que fue robado de chico».

A los 6 ó 7 años, Horacio tuvo que marchar «prestao» para que le criasen unos parientes de Santa Fe. Horacio tenía trece hermanos más y su padre «tachaba montes para una compañía inglesa, que explotaba los montes y los hombres del Chaco».

Su juventud transcurría en este ambiente de trabajo rural. Sus primeros contactos con el folklore popular eran las fiestas que hacían los campesinos después de las cosechas.

—¿Horacio, qué hechos en su vida le determinaron hacia una cultura, una educación, una forma de ser y de sentir...?

—Deliberadamente, no creo que haya ningún hecho que me haya impulsado a tener una formación para ser útil en la vida, y no pasar por ella como un hombre que se sirve de la vida. Creo que deliberadamente no, pero inconscientemente quizá: la misma formación de mi niñez; al ser hijo de gente campesina, que ha sufrido mucho, que ha sido explotada sin límites, me ha creado una necesidad de tratar de nutrirme de elementos. Que pueda defenderme y no pasar también a ser manoseado y explotado como mis padres.

Horacio tiene unas manos grandes. Sí, manos de campesino, suavizadas quizá, por el abrazo diario con su compañera, la guitarra. Su pelo es abundante. Su entrecejo cortado por dos líneas verticales.

Horacio habla sin mirar a los ojos. Como pensando en una tierra cercana, día a día cantada, día a día vivida.

—«Si se calla el cantor, muere la vida», es la más bella expresión, que del hombre se puede decir. Horacio ¿es tan importante el cantor?

—El cantor es para mí el que trabaja. El cantor es el hombre que trata de tener una estatura de canto total. Cantor es el que hace una mesa, forja un hierro; su canto es su trabajo. Por eso doy tanta importancia al canto, porque el canto es la vida para mí.

—¿De qué forma enlaza el pueblo con la creación poética de los cantores?

—El pueblo es el único gran creador. Nosotros recopilamos lo que el pueblo de una forma inconsciente está creando. El pueblo tiene formas concretas de vida; y nosotros las sintetizamos en forma cancionera. Pero la verdadera canción la

hace el pueblo a cada rato, en su trabajo, en su vida.

—La música sudamericana está de moda en todo el mundo. ¿No se están traicionando las verdaderas raíces folklóricas del pueblo, en aras de una sobreabundante rentabilidad económica?

—Se traiciona de muchas formas, porque muchas veces se traiciona por desconocimiento; otras porque existen los mercaderes del Arte que sólo les interesa ganar dinero, explotando la canción popular. Frente a esos tramposos existen muchos que trabajan seriamente, y es lo que salva a esta música sudamericana, tantos años ignorada.

—Horacio, ¿su mensaje es político, o se tiñe de político para ser rentable?

—Todos los mensajes son políticos. Incluso los que dicen que no hacen política con su arte, están haciendo la peor de las políticas; porque están consintiendo a través de su arte las cosas malas y no aplaudiendo las cosas buenas. Están negando una gran verdad.

—¿Cuál es su actitud política?

—Mi actitud política está en apoyar todo lo que sea positivo para el pueblo. Siempre he estado al lado de la clase social a la que pertenezco, al lado de los trabajadores.

—Horacio, ¿una flor?

—La rosa.

—¿Y por qué?

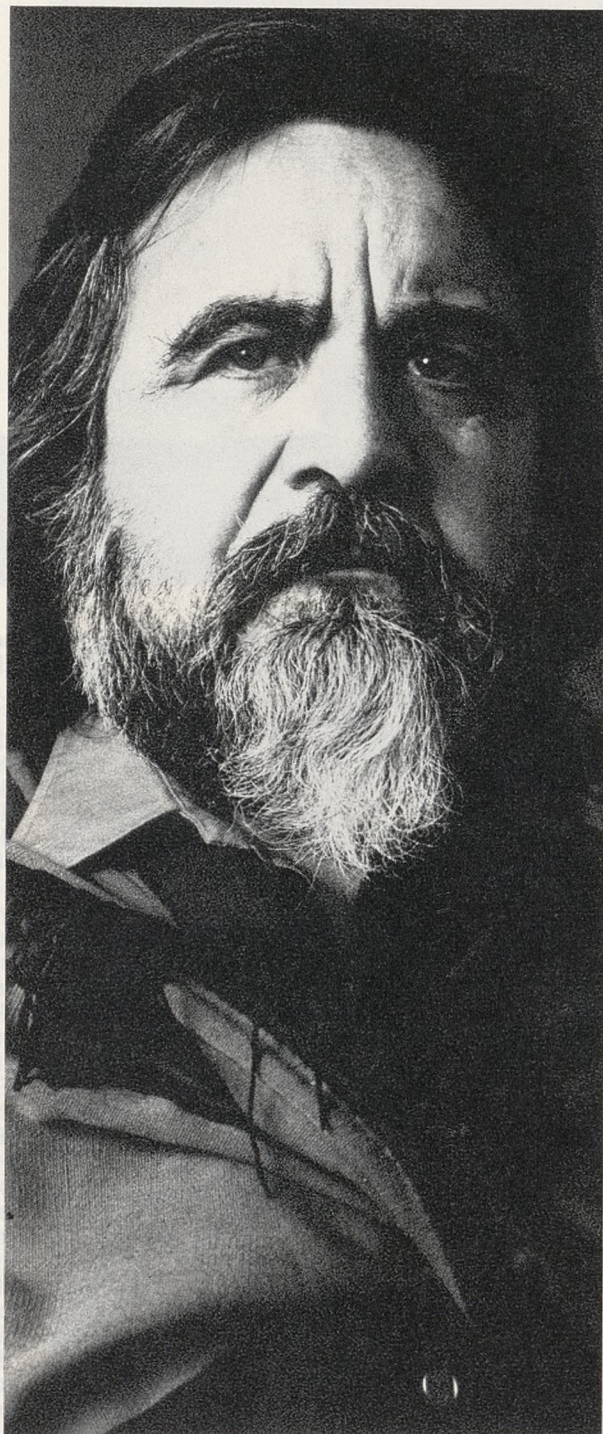
—Y porque a pesar de su perfume y de sus pétalos —tan delicados y hermosos— que son para mí el símbolo de la vida, nos recuerda también que la vida tiene espinas y hay que cuidarse de los espinazos.

—¿A quién no ama Horacio Guarany?

—Lo digo siempre: vivo en un estado de amor permanente. El hombre debe inventar su alegría y espantar su fantasma de soledad, de depresión, que lo tenemos siempre porque somos humanos. El hombre debe crear su propia alegría, encender su risa cada mañana y su canción. Algo lindo debe haber dentro de su vida y de los demás que le permite cantar, reír y encenderse de amor a cada rato. Pensar que la vida es un estado permanente de amor. Los que aman viven plenamente; los que odian están muriendo a cada rato, porque odiar es una forma de la muerte; el «no», en muchos casos, es una forma de la muerte, y el «sí» es una forma de la vida. La risa es una forma de vivir. Un ceño fruncido es una forma de morir y como yo quiero vivir todos los días, trato de amar a cada rato, a la silla, al cigarrillo, al camino, al vaso de vino que me convida un señor, un obrero o un aristócrata cualquiera...

Así es Horacio Guarany, un filósofo de la tierra, un creador permanente; cantor de un pueblo ahora lejano. «Ando lejos de mi tierra, por no vender mi guitarra...».—

Enrique J. SALVAN.



HUELVA:

I SEMANA DE CINE IBEROAMERICANO



EL director del Cine-Club de Huelva, José Luis Ruiz Díaz, al iniciar sus Semanas de Cine Iberoamericano ha querido ofrecer una panorámica del trabajo que se hace actualmente en el continente hispánico, dando carácter informativo a su primera edición. El público asistente a las nutridas sesiones debía emitir su voto como jurado colectivo, ratificando el espíritu de comunicación América-España del experimento. «Ya no basta con rezar», del chileno Aldo Francia; «Quebracho», del argentino Wulicher, y «La tierra prometida», del también chileno Miguel Littin, fueron elegidas por los espectadores como las mejores cintas proyectadas. Por países ésta fue la significativa participación:

ARGENTINA.—Ricardo Wulicher parte de los años 20 en «Quebracho»: explotación de la planta tanífera en el norte de Santa Fe —muy cerca en tema al «Metal de los muertos», la novela de Huelva de Concha Espina—, denuncia de una empresa multinacional que antes de ceder a las reivindicaciones sociales traslada su deshumanizado negocio a las más rentables «mimosas» de Suráfrica, dejando arrasada una vasta zona argentina. Los hacheros del quebracho colorado hilvanan los cuadros de este drama feroz: formación de la empresa en Londres —explotación obrera al término de la primera guerra mundial—, engaño electoral de los años 30, abandono de la tierra y de los hombres esquilmados. Denuncia colonial realizada con fuerza y sincera eficacia. Lo mejor de Huelva. Tras este drama colectivo, la angustia individual de «La Raulito», que describe un caso de alienación, la muchacha asexual que para hacer frente a un medio hostil se comporta andróginamente; la cárcel y el manicomio serán los laboratorios donde la sociedad analiza su comportamiento. Lautaro Murúa —protagonista de «Quebracho», revelado en la dirección de «Shunko» y «Un guapo del 900»— hace su mejor trabajo, ayudado por la identificación de la actriz Marilina Ross. Torre Nilsson se inspira en «Los siete locos» en el «Teatro del Pueblo», de Roberto Arlt, caricatura del anarquismo de principios de siglo, fundido a currutos de farsa —daifas, proxenetas, inventores frustrados— narrado por el maestro argentino con fluidez y con difícil equilibrio entre los símbolos absurdos y el acierto de las imágenes. La participación argentina se completaba con «Las sorpresas», exponentes de tres nuevos realizadores. Tres cuentos de Benedetti —autor filón desde «La Tregua»— se unen con ilación mecánica: el mejor, «Cinco años de vida», unión de dos soledades, es desaprovechado por Luis Puenzo en aras de efectismos luz-



«Mandacarou vermelho» de Pereira Dos Santos.—«Presagio», de Luis Alcoriza sobre tema de García Márquez.

sonido; en «La Corazonada», Carlos Galettini orienta una situación de duelo señora-sirvienta comprendido por Leonor Manso y grotesco en China Zorrilla; Alberto Fischerman («The Players») realiza labor superior en «Los pocillos», triángulo dominado por esposo invidente donde hay que mencionar otra vez la labor interpretativa del chileno Lautaro Murúa.

BRASIL.—La más numerosa aportación a la Semana: una docena de filmes del llamado «Cinema Novo» de los años 60 y cuatro películas actuales. Cavalcanti y Lima Barreto, con el neorrealismo italiano, son los ingredientes con que Nelsson Pereira dos Santos crea el movimiento desde los niños de las «favelas» en «Rio, 40 graus», su continuación «Rio, Zona Norte» y esta «Mandacarou Vermelho» filmada por casualidad al hallar inundado el Nordeste de las sequías previsto para «Vidas Secas» y tener que filmar un anti-western con héroes zarrapastrosos, ejercicio de dirección para su obra posterior. El «Cinema Novo» se consagra en 1962 con «O Pagador de Promesas», contemporáneo de «Assalto ao trem pagador» en que Roberto Farias usa el robo del tren, tema tan viejo como el cine, consiguiendo magnífico arranque documental malogrado después al querer explorar la intimidad alienada de los asaltantes. Del mismo año es «Os Cafagestes», filmada por Ruy Guerra tras dos intentos inacabados: el caso de los extorsionistas de desnudos femeninos se desmorona por supuestas honduras psicológicas y una cámara presuntuosa que entusiasmó en la época; pero aquí está el germen de «Os Fuzis», del episodio maldito de Vietnam y ese fresco convulso y tropical de «Os Deuses e os Mortos», filme barroco, recamado con el oro de las bananeras y el cobre de los cacaotales.

El ingeniero de sonido Arnaldo Jabor, colaborador de Hirszman, Saraceni y Diegues, realiza «La opinión pública», «Pindoram» y «Toda nudez será castigada», evidenciando ese aire de farsa y esperpento que tantos directores brasileños adoptan al abordar problemas sociales. La coetánea «Terra em transe» es una ceremonia de la confusión, fracaso pretendidamente poético de un Glauber Rocha lejano de la fuerza de «Deus e o Diabo...», de la consagración de «O Dragão de maldade». En cuanto al bonaerense Gustavo Dahl traiza su primer trabajo en «O bravo guerreiro», desconsolada aventura del diputado sindical corrompido por la magia de los grandes partidos. También era ópera prima «Memoria de Helenas» con la que David Neves ganaría el Gran Premio de Brasilia por su poética reconstrucción de la vida de una mujer a través de las vivencias de su diario.

Y la famosa «Macunaima», de Joaquim Pedro de Andrade, inspirado siempre en exigentes fuentes literarias, como esta versión del poema de Mario de Andrade. Humorismo feroz que hace pensar en Goya, hasta en Rabelais; héroe negro que recorre insólitas aventuras hasta la de su conversión en blanco racista, que asomado a la civilización, regresa a su selva para ser devorado por el canibalismo de las sirenas, por la autofagia del mismo Brasil.

Completaban la antología brasileña el «São Bernardo», el mejor filme de Leon Hirszman, sobre la novela de Ramos que transforma a un comerciante en milite decisorio, recreando toda una época con perspicacia e ironía; «Joanna a francesa», antropofagia cultural de Carlos Diegues, servida por Jeanne Moreau, plúmbeo símbolo de libertad venciendo las trampas de la selva civilizada, y «Vai trabalhar vagabondo», estreno en la dirección del actor Hugo Carvana, que lleva su mirada zumbona a este gran sainete de los marginados de Rio, original denuncia del sistema, mucho más eficaz por su diversión sardónica en secuencias como la del billar o los alcohólicos y ese final, a lo Jerry Lewis, con todo el reparto desfiliando y despidiéndose del público desde las calles de la gran ciudad.

CUBA.—Humberto Solás quiere ser un historicista crítico; ya en el medimetro «Manuela» había descrito la guerrilla con una figura de mujer empujada a la lucha por la venganza; pero es la triple historia, también femenina, de «Lucía», donde traza la gran saga de la Cuba contemporánea. Tres cuadros: el naturalismo español de 1895, la conspiración revolucionaria de 1932 y la alfabetización política castrista. Solás usa formas desbordantes a lo Fellini o Wajda —luego le imitará Manuel O. Gómez—, batahola de negros guerrilleros desnudos sobre los caballos, melodrama del segundo episodio, desenfadada jovialidad autocrítica del capítulo actual, el más cuajado. «Memorias de subdesarrollo», de Gutiérrez Alea, basada en la novela homónima de Desnoes, encara el subjetivismo de un carácter interferido por la circunstancia excepcional, la revolución fracasada en absorberle. Por su parte, Manuel Octavio Gómez insiste en la crónica desmadrada —ya había falsificado la Historia en «La primera carga al machete»— tratada al estilo televisual y con excepcional empleo psicológico del color; la desmitificación de la brujería se ofrece en orgía vibratoria a lo Peter Watkins, masas delirantes son usadas en ballet frenético con un desglose final que recuerda la famosa secuencia de la escalera del «Acorazado Potemkin». En cuanto a «El hombre de Maisinicú» reproduce para guerrilla anticastrista el modelo de Sierra Maestra, con lo que el resultado se vuelve contra la tesis propagandística propuesta por Manuel Pérez, con «sorpresa» final muy en línea con los filmes estadounidenses de la posguerra. CHILE.—Aldo Francia («Andacollo», «Valparaíso, mi amor») sigue en «Ya no basta con rezar» la trayectoria de un sacerdote, desde la parroquia tradicional hasta su inserción en el activismo, tema sugerente desvirtuado por una técnica deficiente y concesiones sensibleras. De Miguel Littin se proyectaron «El chagal de Nahueltoro» y «La tierra prometida». La anécdota del alienado —una especie de Pascual Duarte— que comete un crimen plural, bárbaro, llevado de su primitivismo, es una copla de ciego variada a crítica sombría contra la pena capital cuando humanizado, educado en la cárcel, es rescatado de su salvaje condición para ser ejecutado. En cuanto a «La tierra prometida», filmada en Chile, montada en Cuba y copiada en Madrid, relata la odisea de millares de desocupados al hundirse en los años 30 la explotación del nitrato, que son rechazados en campos y ciudades y cuando logran crear una explotación comunitaria son aniquilados por la reacción. Página palpitante, a lo Miklos Jancsó, perjudicada por exageraciones y estiramientos inoportunos.

MEJICO.—Dos filmes de Luis Alcoriza representaron al cine mejicano: «Mecánica nacional» es una sátira de comportamientos, noche de libertad en compañía, reuniendo cien peripecias risueñas o melancólicas; filme mural de técnica difícil, con eficacia de cámara que consigue mantener la tragicomedia burlesca. El tema de García Márquez y la fotografía de Figueroa contribuyen al realismo mágico de «Presagio», donde de nuevo Alcoriza se enfrenta a un personaje colectivo, el desarraigo campesino en drama progresivo. Exodo, milagrería, dureza de los hombres y de la tierra son reflejados con impresionismo crítico, en uno de los mejores logros del discípulo de Buñuel.

PERU.—«Chiarraq'en» («Batalla ritual») es el segundo largometraje del documentalista Luis Figueroa («Kukuli»), testimonio antropológico con indagación de residuos culturales y religiosos en los campesinos de la región cuzqueña de Kanas. Como en tantos trabajos semejantes la realidad histórica y cotidiana se mezcla con leyendas y reelaboraciones indigenistas muy del momento. Los cortos del mismo Figueroa «El cargador» y «Titicaca» y el de Arturo Sinclair «Agua salada», paralelismo visual de la pasión en vida y muerte sobre las aguas amargas del Pacífico, completaban el envío peruano.

VENEZUELA.—«Cuando quiero llorar no lloro», del mejicano Mauricio Wallerstein («Fin de fiesta», «Primera



«Mecánica Nacional», de Luis Alcoriza.—«Chiarraq'en», del peruano Luis Figueroa.—«Cuando quiero llorar no lloro», venezolana, de Mauricio Wallerstein.—«La Raulito», de Lautaro Murua, Argentina.—«Los Siete Locos», de Leopoldo Torre Nilsson, cine inspirado en el «Teatro del pueblo» de Arlt.

vez», «Memorias de un subversivo») desarrolla una novela de Miguel Otero con clara tendencia al melodrama de pretexto político-social. En cuanto a «Juan Vicente Gómez y su época», del español Manuel de Pedro, es un reportaje no exento de ironía sobre la presidencia del prohombre venezolano, actualizando materiales de archivo, documentos y fotografías inéditas, así como conversaciones con testigos de época, del que fluyen veintisiete años de la historia contemporánea de Venezuela. Una selección indicativa de filmes españoles, ruedas de Prensa, «mesas redondas» y recorrido de los lugares colimbos acompañaron este desfile informativo sobre el cine iberoamericano, seguido por millar y medio de espectadores-día que constituían, como hemos dicho, el Jurado colectivo de esta positiva experiencia.—M. O.





LOS DIOSES

Vasavadatta siente
todas sus oquedades atravesadas por flechas.
Los ojos levantan una incandescencia,
reduciéndose a un punto donde los cuerpos
adquieren el total vigor de su presencia
y una incesante evaporación.
La nariz, acelerada por el calor del metal,
invenciona nuevas obras
más fragantes que el amarillo oloroso
del melón de miel, y ya sin evaporación,
toda conversación entre el hombre
y lo que está dentro de las murallas
se borra, como sumergido en un agua desconocida.
Amigo del pez
y no del hombre ni de los árboles.
La boca masticando y lamiendo
el metal trocado en una piedra inextinguible.
Vasavadatta es ya Sarasvati,
nuevas maneras y estilos.
Comienza a hablar, se burla,
pero entre las palabras
se interponen caravanas de nubes,
animales anteriores a la cultura,
frisos manchados por los murciélagos.
Enano mentiroso, enano mentiroso,
enano mentiroso.
Una flecha atraviesa el oscuro de la boca,
otra pega los labios como el alquitrán.
Le dan una nalgada
y se precipita gruñendo en una cueva.
Ahora es un antruejo bailando
ante la luna que le corta el cuello.
El unicornio, con dos jinetes,
comienza a lamer las flechas.
Van a la nieve de la extensión,
a la invariable línea del horizonte.
Regresa el unicornio, los jinetes
se perdieron al contemplar
las flechas cubriendo los ojos,
la boca y los labios balbuceando
el aislamiento de las letras,
sin ser pesadas por la boca,
ni derretidas por los labios.
Los jinetes regresaron con un nuevo lenguaje,
tardaron demasiado tiempo
en ser interpretados
y huyeron de nuevo.
Desaparecían y ceñían
la novísima discontinuidad
del tiempo, roto el sueño
de la sucesión numérica.
Las flechas curvándose
en las colinas del oído
convierten el mar en la «estéril llanura»
de los antiguos, las algas salitreras
se retraen del alejamiento de las aguas.
El desierto, en la muerte del sonido,
ofrece la infinitud de las playas.
La totalidad del cuerpo azul,
recibiendo la furia de la luz
en sus detalles, la ayudamos

Por
LEZAMA LIMA

*Gratitud perenne de las letras hispánicas
al gran poeta cubano Lezama Lima
cuyo poema «Los dioses»,
bien puede considerarse cumbre de
expresividad y mundo interior.*

con nuestro cuerpo a depositar
la fuerza oscura que se desdobra
en el yo unidad en la luz
y la diversidad de la lluvia y los sentidos.
Van regresando los dos jinetes,
el unicornio suelta su sombra
para no ser tocado por la palmera
del diablo, los otros duermen
y comienzan a arder con lentitud sigilosa,
vigilando las langostas
que vuelan sobre sus huesos.
El fuego asomó su cara
destruida y reapareciendo
con un chasquido en la piedra carbón.
Entonces el rebelado
inició el aquelarre inmóvil de la hoguera.
Curvó los metales,
quemó la tierra con esmaltes.
Fue también panadero y cocinero.
El libro de su victoria
tiene las hojas calcinadas
para que nadie conozca
el secreto de la humillación final
sino el aullido de la desolación,
las circulares aves del destierro,
la ciega paciencia de la muerte.
Hylas, la belleza, al lado de Hércules,
el que le mató a su padre.
Lo débil como una serpe
penetrando en el gemido del fuerte,
gimiendo por la ausencia.
El humo que se destrozó en el crepúsculo
al apuntalar los tejados escalonados,
cómo reaparecerá.
Los pasos que se borraron,
qué nuevas arenas volverán a pisar.
Los rostros que penetraban en nuestro cuerpo,
dónde asoman el pinchazo de su sonrisa.
En alguna isla se pasean,
muestran en sus brazos nuevos faisanes,
el rostro en las metamorfosis del humo,
el humo congelándose en un rostro.
No me pregunto ya a mí mismo,
pudiera ser que ya no me interesase,
ni a las plantas ni animales cabeceantes
sino a los espacios de ojos calcinados,
a todo lo que nos rodea con su silencio,
al aire que llena el espacio
de puntos inasibles que sostienen como columnas
los grandes templos donde los dioses ordenan
silenciosos a los dormidos, sin romper la noche.
Muerden sus ancas, qué rabia
para el unicornio cuando se siente
igualado con las ranas.
El unicornio, con mariposas en la oreja y en el trenzado
rabo alfileres de plata martillada,
regresa con el príncipe.
¿Quién es? ¿Cómo desaparece?
Lo otro es la muerte y la inmortalidad.
Si la muerte es una sombra,
la inmortalidad es una sombra





que brota incesantemente del cuerpo.
 Aquél que mensura el aire
 puede vivir en la muerte y morir en la inmortalidad.
 «¿A qué pues me haréis semejante,
 dice Isaías, o seré asimilado?»
 El espejo con su silencioso remolino
 central de agua manoteada
 une de nuevo las imágenes con sus cuerpos.
 Es la primera respuesta temblorosa.
 ¿De dónde vino el espejo,
 ese aerolito lanzado por el hombre?
 ¿Cómo el cristal que interrumpe el aire
 sin mancillarlo, se oscureció en su fondo
 deteniendo la imagen?
 Allí, avanzando, nada se detiene,
 sólo la nada se mece fijamente.
 Así, los fragmentos oscuros
 buscan su incandescencia, esperando
 la llegada espiraloide de una fuerza
 que los remacha como un astro en el espacio.
 La espera se hace tan creadora
 como el vencimiento de la distancia.
 El espacio se contrae para parir,
 descrear engendra también la sucesión oscura.
 El agua que lanzamos por nuestra fuente,
 la saliva que evapora hormigas blancas,
 el azufre de los alquimistas,
 todos se enmascaran con la ausencia.
 El aire que nos hace salir y entrar
 en el espacio, invencionando nuestro cuerpo
 con el misterio de la cantidad de astros
 y la extensión vacía.
 Qué alegría, qué alegría,
 qué majestuosa tristeza esa unión
 de la respiración misteriosa,
 entre la transparencia que se recibe
 y la exhalación de las entrañas
 que se devuelve.
 Esa es nuestra morada,
 la pureza que se recibe
 y la siniestra semilla que se hunde.
 Después de las estridentes canciones báquicas,
 su voz le fue arrancada por los gnomos,
 arrancándole la lengua con sus barbas
 y tiraban y tiraban apoyados en los árboles.
 Una segunda voz,
 desconocida como la noche que se aleja,
 fue brotando de la misma raíz.
 Sentado en el sillón de Agamenón,
 con la nueva voz
 que iba penetrando cada día por sus poros,
 representaba con una máscara de ágata
 en el proscenio de la selva interrumpida

por los zancos que robaban los racimos
 y manchaban la nueva voz
 con la nueva sangre que robaban.
 La suprema esencia, como un dios,
 está escondida, no necesita como la semilla
 destruirse para reaparecer
 en la mañana del trigo danzante
 con la perdiz y el violoncelo.
 Un Giorgione y puede ser un Chardin.
 Los músicos extendiéndose en la yerba
 y los músicos ciegos
 esperan el sueño y el sonido totalmente los abraza.
 Las esencias que no existen, inapresables,
 están en las semillas que se pudren para reaparecer.
 Las máscaras danzando un curvado arcoiris,
 modulan sonidos como estatuas yacentes.
 Enano mentiroso, enano mentiroso,
 enano mentiroso.
 Los dioses se acercaban vestidos de seda,
 por eso pudimos reconocerlos.
 No se presentaban desnudos
 ni tapados por el fuego,
 mirando el rodar de las nubes.
 Escogían la seda
 elaborada por los avisos del hombre
 ¿cómo se apoderaban de ella?
 Por el día, en su invisibilidad,
 por los excesos comestibles de la luz,
 la robaban; en la noche,
 en su espesura, la medían
 con su cuerpo oculto por el fuego.
 Sus cabellos de gorgona etrusca
 estaban atravesados por alfileres
 de carey transparente y espesa plata,
 por eso pudimos acariciarlos
 y rendirles las rodillas.
 En el sueño habitábamos la misma pradera.
 En la extensión oíamos el latido de sus sienes,
 como nosotros cuando nos adentramos
 en los arenales de la almohada
 y extendemos las manos
 como queriendo que alguien las apriete
 y saltan al espacio
 frente al proyector que sigue nuestro cuerpo.
 Despertamos y nos abren las manos
 en un banco de arena.
 Los dioses empiezan a salir del mar,
 alzan sus caracolas retorcidas,
 ladean sus colas verdinegras
 donde un delfín brinca y estornuda.

Agradecemos la ilustración a la editorial Aguilar recogida de su monumental obra «Arquitectura Mesoamericana».

SALUDO DEL REY AL MUNDO

S.M. Don Juan Carlos I, Rey de España, recibió el día 11 de enero, en el Palacio Real, al Cuerpo Diplomático acreditado en Madrid. En respuesta a las palabras de saludo pronunciadas por el Decano, el Nuncio de Su Santidad, Su Majestad dijo, entre otras cosas: «El pueblo español ha sido siem-



pre hospitalario; nunca hemos gustado del aislamiento ni aprobado la discriminación. El pueblo español es universal por naturaleza y por vocación, y uno de sus legítimos orgullos es ser a su vez raíz de un gran conjunto de pueblos hispanoamericanos a los que quiero dedicar un familiar saludo. España no se concibe encerrada en sí misma, sino abierta a los cuatro puntos cardinales, en dinámico impulso de participación en la construcción de un futuro mejor, no sólo para nosotros, sino para toda la humanidad.»

ESCUULTOR PUERTORRIQUEÑO EN MADRID

En el Centro Cultural de los Estados Unidos en Madrid expuso recientemente su obra el escultor puertorriqueño José Buscaglia, particularmente conocido por su realización de las monumentales figuras que adornarán en San Juan de Puerto Rico la Plaza de la Herencia de las Américas. La Plaza será uno de los conjuntos monumentales mayores del mundo, y en ella estuvo directamente interesado el maestro Pablo Casals. La música de Casals, con la del puertorriqueño Campos Paris, completará la atmósfera de gran espiritualidad que



se quiere subrayar con el mensaje de este gran esfuerzo de la cultura puertorriqueña. En la exposición presentada en Madrid mostró Buscaglia grandes fotos de sus monumentales alegorías de las culturas creadoras de América.

CONVENIO DE LA ARGENTINA CON LA O.E.I.

El pasado 12 de enero, y en presencia de la presidente de la nación argentina, firmaban el ministro de Educación de aquel país y el secretario general de la Oficina de Educación Iberoamericana, con sede en Madrid, un Convenio de cooperación educativa, científica, cultural y tecnológica, mediante el cual se establece en Buenos Aires una sede regional semejante a la que ya existe en Bogotá.

El ministro don Pedro Arregui y don Rodolfo Barón Castro, al suscribir el Convenio, exaltaron la importancia del mismo para el desarrollo cultural y científico de Iberoamérica.

AUDIENCIA EN EL PALACIO DE ORIENTE

S.M. el Rey, Don Juan Carlos I, ha concedido en el Palacio de Oriente una audiencia a la Comisión organizadora del I Congreso Nacional de



Sordos, presidida por S.A.R. el Duque de Cádiz, vicepresidente de honor de dicho Congreso y presidente del Instituto de Cultura Hispánica.

CABALLERO DE LA ORDEN DE ISABEL LA CATOLICA

En un acto celebrado en la sede del Consulado General de España en Los Angeles, el cónsul, señor Drake, ha impuesto la insignia de Caballero de la Orden de Isabel la Católica al profesor y periodista don Octavio R. Costa. El señor Costa ha llevado a cabo durante su ya larga vida profesional un notable esfuerzo de hispanista aportando su inteligente trabajo a la



tarea de extender en su ámbito profesional un mejor conocimiento de España y de la cultura hispánica.

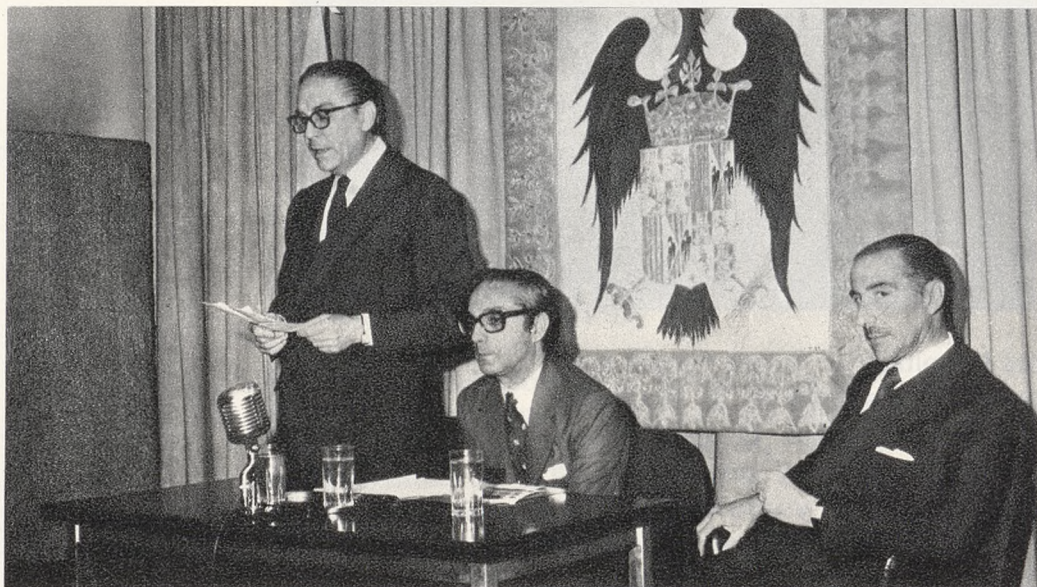
LA GLORIOSA MADUREZ DE JOSE ITURBI

Le ha sido concedida la Gran Cruz de Isabel la Católica, al pianista español José Iturbi, por el Gobierno español, como reconocimiento a la continuada labor cultural que dicho artista ha realizado a lo largo de toda su vida.

Con este motivo, un grupo de amigos de Iturbi, entre los que se encontraban el cónsul general de España en Los Angeles, el alcalde de Beverly Hills, señor Slaf, y el ex alcalde de Los Angeles, señor Yorty, se reunieron en el Consulado español de dicha ciudad para ofrecerle un homenaje al ilustre pianista.

DECIMO ANIVERSARIO DE UN INSTITUTO

El Instituto Argentino de Cultura Hispánica de Buenos Aires cumplió diez años a finales de 1975. Fue ésta la simiente de los Institutos que hoy trabajan con tanto desinterés y entusiasmo en la República Argentina. De este Instituto bonaerense fueron naciendo los otros, y ya es un árbol vigoroso la presencia de Cultura Hispánica en aquella nación. Don Gre-



gorio Marañón el embajador de España, antiguo director del Instituto de Madrid presidió los actos de conmemoración de estos primeros diez años. El presidente, don Angel M. Centeno, y el miembro de Honor, don Jorge Mazzinghi representaban a todos los socios y amigos de esta institución prestigiosa en Buenos Aires.

ALFONSO

UN ESTUDIO SIN FRONTERAS

*«¿Es todo la luz en la fotografía? No.
¿Es todo la expresión? No.
¿Es todo la actitud? No.
En la fotografía de Alfonso está todo.»
(Azorín)*

Por Manuel Silva García

GRAN Vía 20: Un estudio fotográfico y una galería de retratos. Un estudio sin fronteras, sin tiranías y sin odios. Un estudio en el que impera la democracia y domina la convivencia.

El artista: Alfonso Sánchez Portela. Alfonso —también llamado «alfonsito» por su familia y, entre otros amigos, por Pemán y Unamuno— es un hombre íntegro y un fotógrafo completo. Un hombre pequeño y grande a la vez: pequeño en estatura corporal y muy grande en el espíritu. Es sencillo y profundo, humilde

y sublime. Un hombre que hace fotografías, retratos, caricaturas fotográficas y bodegones. También dedica algún tiempo a la pintura.

El encuentro con él ha sido un encuentro con la historia. Con la historia de América y España en las cuatro paredes de las cuatro salas de su estudio. Azorín decía que en su fotografía está todo. En su fotografía está todo y en su estudio están todos. Políticos y escritores; actores y toreros; cónsules y embajadores; la calle, el ruido y el silencio; el hambre y la abun-

dancia; la primavera y el invierno; retratos de famosos que dieron nombre a una calle y carnés de identidad de los que su calle no tiene nombre; el mundo hispánico: España y América. Todo; absolutamente todo se encuentra registrado, entrelazado y hermanado en el estudio fotográfico de Alfonso.

DINASTIA DE FOTOGRAFOS

Es dos años más joven que el siglo en que vivimos. El mismo, con juventud y ►





La colección fotográfica de Alfonso, una historia gráfica del siglo XX español.



Todas las personalidades de las letras y las artes de nuestro país han posado ante el objetivo de Alfonso.

perennidad, sereno y sentado en un sillón, rodeado de retratos testigos de este encuentro, habla de su doble nacimiento:

—He nacido en 1902, formando parte de una dinastía fotográfica. Mi padre era fotógrafo y un hermano mío también lo es hoy. Fui educado en la dureza y con órdenes que se cumplen aunque no se entiendan; así era la pedagogía de aquel tiempo. Nací entre fotografías, y esta forma de nacer me marcó para la vida. Máquinas fotográficas eran mis juguetes cuando niño. Con mi padre di los primeros pasos físicos y profesionales; estos últimos por observación y vocación: mi padre hacía y no decía, retrataba y callaba. Yo miraba y jugaba; jugaba a saber hacer. Los verdaderos pases profesionales los di, como los toreros, en el «ruedo».

Se levanta y camina ágil hacia la pared de su izquierda para mostrar el acta de su infancia con juegos relativos al retrato: allí está Alfonso con sus hermanos y con un juguete fotográfico tan grande como él. En otro marco está sentado, ya adolescente, entre Abd-el-Krim y varios prisioneros en Marruecos.

—Con mi padre y una máquina aquí vine a la guerra. Tenía dieciocho años. En Melilla conocí y traté a Franco, a Sanjurjo y Berenguer. Recuerdo vivamente las arengas militares de Millán Astray; mis ánimos se enardecieron muchas veces escuchando sus palabras. En 1922 entro en campo enemigo y consigo hacer una fotografía a Abd-el-Krim y a varios prisioneros. Este es mi primer reportaje internacional; se publica en todo el mundo.

LA PRIMERA ILUSION

—¿Cuál fue su primera publicación?

—En «El Herald» hice mi primera publicación en 1919: Un coche de punto, un famoso «simón». Fue para mí la primera gran ilusión y también supuso una enorme decepción: la fotografía salió borrosa casi por completo.

A pesar de ello, seguí publicando en «El Herald», especialmente «tipos de la calle». Después me encomendaron cosas de contraste: entierros y banquetes; era curioso, pues me pasaba el día entre «pésames y felicitaciones».

—¿Publicó solamente en el «Herald»?

—Trabajé para todos los periódicos de entonces; sobre todo después de la guerra de Marruecos. A partir de ahí me incorporé a la información política y puede decirse que me especialicé en este tema. Pero, a parte de eso, hice otras cosas: ilustré dos libros de Luis de Oteyza, que era embajador en Venezuela. Luis me invitó insistentemente a que fuera allí con él para descansar un poco y hacer algunos reportajes. Por circunstancias especiales no pude ir, y lo he sentido mucho; si hubiese ido, posiblemente no estaríamos charlando usted y yo ahora.

Por otra parte, cuando terminó la guerra civil, nuestro estudio, que entonces estaba en la calle Fuencarral, quedó completamente destruido y hubo de empezar de nuevo. Los tiempos eran duros y los alimentos no sobraban. Trabajé como «fotógrafo minuter» por los pueblos para poder comer y subsistir. De estos tiempos recuerdo, además de sus dificultades, la simpatía y amistad que me unió a estas sencillas y buenas personas, así como la tristeza que reflejaron sus caras al decirles que ya no volvería, pues me instalaba definitivamente en Madrid.

Alfonso, que cuenta todo esto con mimo y nostalgia, rompe de repente su relato. Con velocidad de relámpago da unos pasos por el estudio y señala otro cuadro: el retrato de la cara de un niño y el pecho de una madre. La cara de un niño sonriente, en paz, y satisfecho ante un pecho abundante y generoso de una madre cuando el hambre y la guerra.

RETRATO DE LA MATERNIDAD

—Este es el retrato de «La Maternidad». Está hecho en los tiempos en que

abundaba el hambre. Iba yo en el tranvía y también viajaba esta madre con el niño. Yo vi cómo le daba de mamar y vi el rostro feliz del niño, satisfecho por el alimento en tiempos de penuria. Después de explicar mis intenciones fotográficas, rogué a la madre que un día viniera con el niño, hambriento, a verme, y poder reproducir la escena. Y, ahí está.

Efectivamente, ahí está. Ahí está la perfección. No es una simple figura; es un niño satisfecho al que sólo falta hablar. Es un pecho de mujer; no de publicidad ni de comercio sexual; es un pecho de madre que alimenta, aunque el hambre sea grande.

De camino nuevamente hacia el sillón se detiene y señala otra pared: Azorín, García Sanchiz, Jacinto Benavente, Pedro Chicote, Pemán, Baroja y otros más en caricatura fotográfica.

—Esto es la caricatura fotográfica. A mí no me gusta demasiado, por lo artificiosa que es y la manipulación que implica. Sólo sirve para resaltar rasgos humorísticos. No obstante, puede significar algo más: Chicote, por ejemplo, queda algo reflejado al poner su cara en una coctelera. A Baroja lo resalto con una cabeza de grandes dimensiones sobre la que coloco una boina diminuta. Lo que me interesa en este hombre es su gran cabeza; la boina queda en segundo plano, pero se la pongo porque él nunca prescindió de ella. Igualmente Azorín: una gran cabeza que perdura y permanece sobre un cuerpo estilizado y que se acaba en forma de una pluma, ¡la pluma de Azorín! Benavente era sordo; por eso le atravieso la oreja con la patilla de las gafas. Esta nariz tan grande en la cara de Pemán puede significar su gran «olfato».

Todas las caricaturas están dedicadas y firmadas. «Siempre en un yo hay otro yo», dice Azorín. Y Pemán versifica lo siguiente: «Alfonsito» es un gran hombre pero comete el desliz de añadir en mi nariz lo que él se quita en el nombre.



El veterano fotógrafo, entre sus criaturas, de toda ideología, muestra variada, fidedigna, abigarrada, de nuestras gentes.



El autor de la entrevista y su ilustre entrevistado.

LA GENERACION DEL 98

—Los del «98», además de en caricatura, están todos en retrato. Se nota un cuidado especial para la famosa «generación». ¿Qué diferencia entre la caricatura y el retrato? ¿por qué esta predilección por el «98»?

—La diferencia y la distancia son muy grandes. Yo en la caricatura sólo pretendo resaltar la ironía y los rasgos humorísticos. El retrato es otra cosa: debe reflejar el carácter y personalidad del retratado; nunca debe ser retocado. El retrato «tiene carne, se toca y se palpa». Por eso, el retrato no lo hace tanto la cámara cuanto nuestra sensibilidad artística. La cámara no debe copiar nunca lo que tiene ante sí; debemos nosotros hacer antes el retrato en nuestra mente, captando los rasgos espirituales que definirán a la persona.

En cuanto a la «generación del 98», a todos ellos me ha unido una fuerte amistad. Con ellos pasé agradables ratos de mi vida, así como también el peor momento lo viví con Miguel de Unamuno: fue con ocasión de su última lección en Salamanca; ante el chasquido del obturador, Unamuno tiró sobre la mesa las cuartillas y me dijo: «O termina usted o termino yo.» Lo pasé muy mal. Finalizada la conferencia se acercó a mí y me pidió perdón; dijo que con aquel ruido le ponía muy nervioso.

El retrato de Unamuno está firmado y dice así: «A Alfonso, egregio profesional en el arte de retratar, este paciente profesional en el arte de ser retratado, que es su amigo.»—Miguel de Unamuno.

—Fíjese en Unamuno. Vea esa cara de bondad. Y, sobre todo... su mirada: ojos que interrogan a la vida y a la muerte.

Y aquí Machado. Don Antonio Machado. Este retrato está hecho en el café de las Salesas. Es del que más satisfecho estoy; ha dado la vuelta al mundo entero. Ahí está con su bastón y con sombrero ante unas copas sobre el mármol de una mesa. Allí atrás, re-

flejado en el espejo, se ve al camarero. Este es Machado... desaliñado en el vestir y con una mirada que, a pesar de mirarnos, no nos ve. Su mirada puesta en el caminante y en el camino que todavía hay que hacer. Machado hablaba poco, pero decía mucho. Si de una catástrofe hubiera que salvar algo de cuanto hay aquí, sin duda que salvaría el retrato de Machado.

En la pared de la izquierda, a la entrada del estudio, hay otro retrato que dice: «A Alfonso, que en su galería conserva, más que figuras y rostros, pedazos de alma y trozos vivos de la historia.»—Castillo-Puche.

—Este es mi buen amigo José Luis Castillo Puche. Es el mismo. Se puede hablar con él en el retrato. Mirada penetrante; casi hiriente, que llega denunciadora hasta el fondo de las cosas, de la vida y del alma. Esos pelos explosivos también pueden ayudar a definirlo un poco.

GALERIA DE AMERICA

Seguimos caminando. La Galería es inmensa... Pérez Galdós; Camilo José Cela; Ramón Sender, «la cabeza internacional», según Alfonso; Gómez de la Serna; Pérez de Ayala, entre montones de cuartillas; Severo Ochoa; Emilia Pardo Bazán; la emperatriz Eugenia de Montijo, a los noventa y cuatro años, con la reina Victoria; Alfonso XIII; Francisco Franco y el autógrafo «A Alfonso, recuerdo de una vieja amistad.» Aurora Bautista; Leocadia Alba; Pilar Millán Astray; Raquel Meller; Imperio Argentina; Antonio Bienvenida... «Desciendan abundantes las bendiciones del cielo sobre el maestro Alfonso, inteligente colaborador de otros días y querido amigo de siempre.» Firma su retrato el cardenal Herrera Oria, ratificando su vieja amistad con Alfonso y recordando los trabajos periodísticos en el «Debate».

Cerca del cardenal está la galería de oradores políticos. Retratos fechados en 1917: Vázquez de Mella, Lerroux, Largo

Caballero, Antonio Maura, Eduardo Dato, Melquíades Álvarez, el conde de Romanones, Besteiro... y Pablo Iglesias.

—Un retrato de la humildad, la sencillez y la proximidad a las masas. De Pablo Iglesias, yacente, conservo un buen retrato: el peso de su cabeza muerta sobre la almohada origina unos pliegues en la funda que, como rayos o destellos, forman una extraña aureola.

Y la galería de Alfonso es un puente que llega a ultramar. América forma parte íntima de su estudio. El abrazo fraternal entre América y España está retratado en Gabriela Mistral, la cónsul chilena en España: «Gabriela era alérgica a las cámaras —dice Alfonso— pero fue una buena amiga y un buen punto de contacto para mi relación con mucha gente americana.»

Los largos brazos de esta galería se extienden desde el embajador cubano García Coli hasta los argentinos Mansilla y Pedro Radio. Desde Lola Membrives y Esperanza Iris, artistas, hasta Rodolfo Gaona, el torero mejicano. Un «Tango de suburbio», de Puigberd, anima el estudio con el folklore argentino.

Nada ni nadie se siente excluido en la obra del maestro Alfonso. Su sentido de la vida, de la fraternidad y la justicia, su capacidad denunciadora están patentes en el retrato de unos niños que juegan con cubos de basura: «Todos son iguales, aunque no todos juegan con lo mismo.»

Tres ancianos, apoyados cada uno en su bastón, caminan lentamente hacia la puesta del sol: «Este es el otoño —dice Alfonso—; el otoño de la vida: en la naturaleza y en el hombre.»

—¿Cómo definiría usted, por fin, su Galería?

—Personas vivas que nos hablan en su tiempo y de su tiempo. Es la historia de España en cuatro paredes. En este sentido recuerdo las ansias de Menéndez Pidal —que venía mucho por aquí— de quedarse una noche, escondido detrás de las cortinas, y esperar el silencio de la noche para escuchar la apasionante conversación de todos estos hombres porque —decía— a esas horas estoy convencido de que hablan.—M. S. G.

VICENTE HUIDOBRO

Por Galvarino Plaza

RECORDANDO a Gabriela Mistral en estas mismas páginas dijimos que algo semejante a un sutil —y no por ello menos patente— silencio parecía envolver la personalidad creadora de un buen número de nombres inscritos dentro del desarrollo de la literatura sudamericana. En esa oportunidad, obligadamente y por un acto de justicia perfectamente claro, tuvimos que hacer referencia a otro poeta, también chileno, y ése no era otro que Vicente Huidobro.

Con respecto a Huidobro, el hecho del olvido y el silencio, tendríamos que definirlo casi como un acto de ensañamiento en la obra y la actitud indagadora de un poeta; acto que de una forma imperturbable abarca un amplio espacio temporal en el campo de la valoración o mejor dicho revaloración crítica, especialmente entre nosotros. Podríamos aclarar que el obcecado silencio sólo se ha visto alterado recientemente por la publicación en España de una reedición de su totalizador y denso poema «Altazor» (1).

Como podríamos suponerlo esta reedición del «Altazor» no nos ha llegado gracias a una gran editorial —muchas de ellas dominadas por todo un entretejido de intereses mercantilistas— sino por una de aquéllas creadas por el entusiasmo de una juventud siempre alerta y visionaria en su papel de rescatadora de los más válidos aportes a la expresión creadora, en sus más variadas facetas.

La mencionada edición de «Altazor» pareció estarnos reintegrando la realidad poética de un tiempo otro, un tiempo en que se hallaran las raíces de las más recientes búsquedas expresivas y sin embargo una época totalmente alejada de la nuestra. Pero no alejada por el hecho de un desgaste de su vitalidad poética, sino más bien por un hábil escamoteo de la realidad, desgraciadamente, una realidad incuestionable para la comprensión cabal del desarrollo de la expresión poética contemporánea.

Han bastado poco más o poco menos de cuatro decenios para que a un poeta de nuestro tiempo, de nuestro tiempo tanto en el orden temporal como en el de la búsqueda de una autonomía expresiva, con la eficaz colaboración del silencio ejecutor se le haya convertido en una sombra apenas conocida de las nuevas generaciones. Sí, una sombra, sombra fantasmal en el panorama de la poesía actual la presencia de Huidobro, panorama al que —y esto no podría ser negado por una crítica siempre acuciada por la necesidad de mostrarse condescendiente con los imperativos del momento— Huidobro aportó una visión de la poesía que se dinamiza (es necesario retornar al uso del presente) en la propia vertiente de su realidad recreada, una recreación que se convierte en auténtico encuentro en orden a su proyección poética, y que como ha dicho Imbert, «entre otras felices innovaciones, brindó ésta: la de una poesía que mágicamente aniquila el mundo real y, en el hueco que deja, levanta, también mágicamente otro mundo ideal». La poesía se hace de esta manera una creación absoluta e irreversible. ¿Es este riesgo asumido por Huidobro en su poesía y los logros que de ella se desprenden en su momento lo que contribuye a su olvido, y si no a su olvido total a esa relegación de su nombre a las tinieblas?

En otra parte del estudio de Imbert que citamos, éste nos dice —recurso a lo imprevisible de la memoria— «Huidobro otorga libertad a lo poético mediante el humor. El humor de Huidobro no es ni chistoso ni sombrío, es poético». Y tal vez es este sentido del humor el que desorienta y desorientó a la mayoría de sus críticos, especialmente a los de habla hispánica, enfrentados ante los valores existentes en la creación y en el «Creacionismo» de Huidobro, lo cual puede haber contribuido al alejamiento de su nombre de estudios y referencias en torno a la poesía de los últimos cincuenta años. Esto es bueno



Huidobro visto por Juan Gris (1922)

(Por gentileza de la Editorial Aguilar)

no verlo como una actitud errónea, sino simplemente como resultante de esa incapacidad que parece tener el espíritu latino, o mejor dicho hispánico, para entender y valorar el humor como forma permeable a la grandeza expresiva. Todo lo que no está marcado por lo trascendental nos suena a falso, como si lo trascendental no hubiera sido, durante siglos, el más seguro bastión de lo inauténtico. Esto, el creer que sólo lo adusto es noble, seguramente puede haber influido en la visión superficial de los valores insertos en la poesía de Huidobro y ser el motivo del silencio que en los últimos años ha venido rodeando su obra poética.

(1) «Altazor», Vicente Huidobro. Visor Editor. Madrid.

Como preferon hũa judea en segouia q foi achada en ermo. 2



Como a leuauan a effalar dua gran pena que y a. 2.



E a effalar i non lle fez mal por que chamou Santa m.



Comosse leuauou saã loauo munto Santa maria por en.



E entrou na igreja de Santa m. i contou o muntage aa gente.



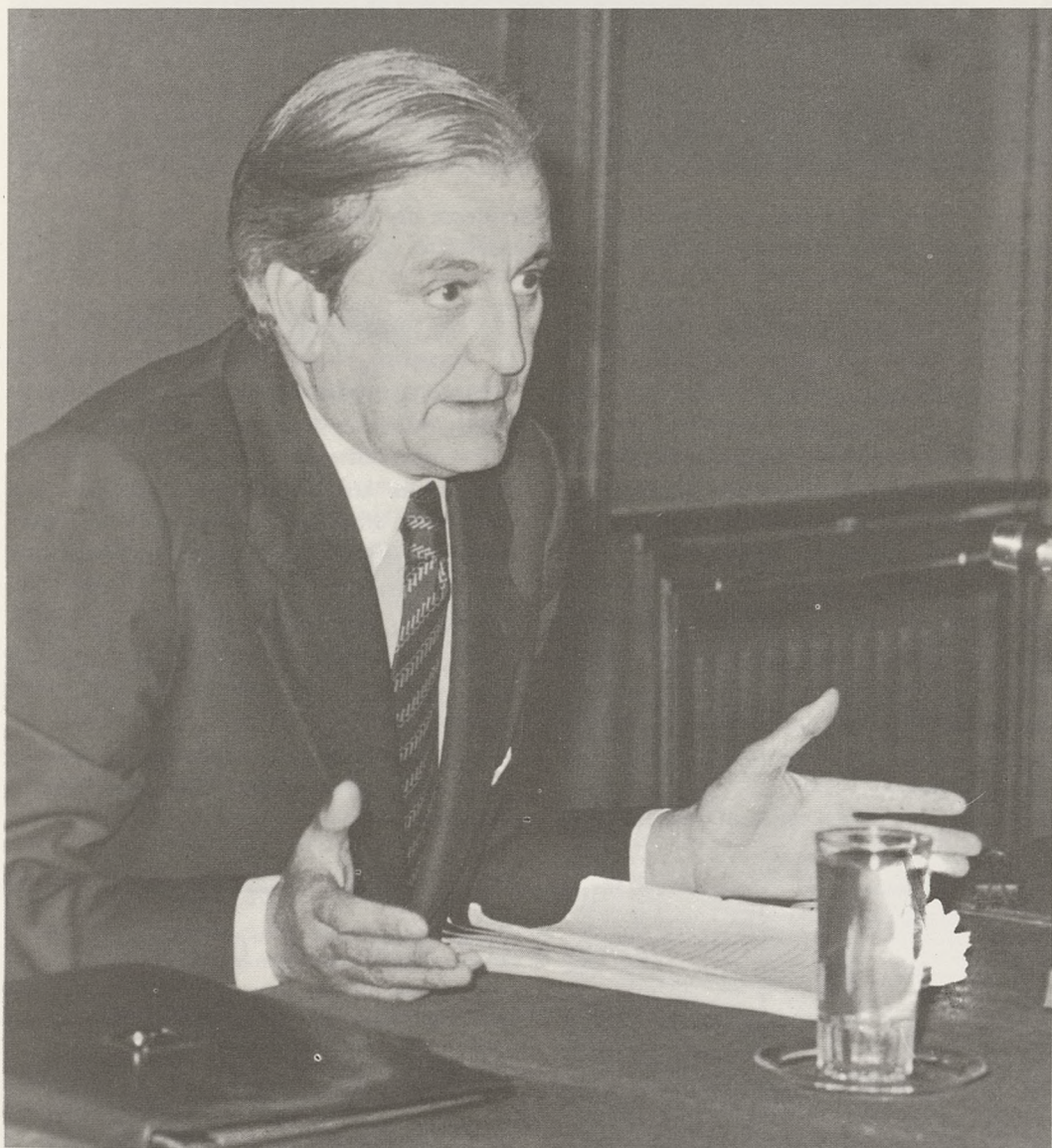
Como aquela judea lle tornou crishãa



Reproducción del original de
"Las Cantigas del Rey Sabio"
que se conservan en el Archivo
del Palacio Real de Madrid y
que son publicadas por "Mun-
do Hispánico" debido a la gen-
teza del Patrimonio Artístico
Nacional.

JUAN IGNACIO TENA:

«APROXIMACION A LA CONCIENCIA AMERICANA»



Don Juan Ignacio Tena Ybarra en el Ateneo de Madrid.

NO es la mente del director del Instituto de Cultura Hispánica, don Juan Ignacio Tena Ybarra, propicia a la improvisación ni al precipitado clamor de las declaraciones. Su papel, mejor dicho su función, o mejor todavía, su misión, es todo un proceso de pensamiento y de realizaciones, pero todo sometido a un plano ordenado, escalonado, preciso, exigente, tremendamente responsable tanto de las urgencias próximas como las lejanas o remotas de América que para él resultan

familiarmente inminentes. Pocos hombres han pasado por la alta responsabilidad del Instituto con las ideas más claras, los conceptos más afinados y sobre todo la voluntad más sabiamente comprometida y resuelta.

Por eso, la conferencia que Juan Ignacio Tena Ybarra ha pronunciado el día catorce de enero en la prestigiosa tribuna del Ateneo de Madrid causó primero gran expectación y después un largo y meditativo asombro.

Un hombre de una vocación tan clara y rotunda sometía al público, después de someterse a sí mismo, a un examen profundo y práctico, revisionador y crítico, alentador y de esperanza, acerca del apasionante tema: «Aproximación a la conciencia americana», donde si por una parte se pudo valorar la cantidad y calidad de los datos objetivamente expuestos con todo realismo, por el otro en todos quedó clavada la inquietud creadora por el porvenir de América desde unas bases más comprensivas, originales y positivas.

América no es lo que aparece, se ve frívolamente, se dice con notoria ligereza o se publica con rutinaria desgana. América es una realidad no estática sino en marcha y con vertientes vocacionales del mayor interés para el ancho y a veces ajenos mundo. Han sido desfasadas las fáciles interpretaciones.

El gran foco que hasta ahora ha iluminado los intentos de comprensión del hecho americano ha sido lo que Bertrand Russell llamaba con gracia «el síndrome historicista». Tena Ybarra dijo: «El pecado historicista, que tan hondamente ha cargado la conciencia de España en fases muy determinadas de su Historia.» Ha sido, así, un sistema de criterios mitificantes la clave de la interpretación y sólo ahora se sustituye ese criterio por la apelación a la realidad americana como tal: eso es, en los términos al uso, el inicio de una «toma de conciencia» fértil.

Glosó Tena a Uslar Pietri, señalando que, tal vez, el momento auroral de esa actitud intelectual pudo coincidir con la guerra civil española, que, como acontecimiento trágico, conmovedor, incitó sentimental e intelectualmente a plantear, en España y en América, el tema radical, oculto hasta entonces, de la mismidad hispánica, desde uno y otro bando. Es a partir de esos años cuando a uno y otro lado del Atlántico renace cierta especie de bolivarismo intelectual: la búsqueda



El público del Ateneo, entre el que se distingue en primera fila al Presidente del Instituto de Cultura Hispánica, sigue con interés la conferencia de Tena Ybarra.

del espíritu americano y su definición autóctona, sin referencia a mundos culturales ajenos.

Don Juan Ignacio Tena repasó, nombre a nombre, las aportaciones a esa búsqueda, con sus titubeos, con sus instantes gloriosos, con sus constantes planteamientos dialécticos (Europa-América, españolismo-antiespañolismo, universalismo-indigenismo, etc.), describiendo así la progresiva maduración de un sentido crítico de la condición americana, semejante, en cierto modo, a la dolorosa introspección llevada a cabo en España por los hombres del 98.

«Me atrevería a pensar —dijo— en la existencia de una especie de 98 americano, que, partiendo de una conciencia de quebrantamiento de las realidades sociales previas, se enfrenta con un futuro de riqueza expresiva e imaginativa, sin precedentes en el mundo de nuestra lengua.»

En la última parte de su conferencia, Tena Ybarra se esforzó, ágilmente por establecer una distinción nítida entre los conceptos de «tercermundismo» e «iberoamericanismo», cuya confusión definitiva «supondría nada menos que la renuncia al viejo, histórico proyecto de la unidad continental

de los pueblos del Sur del Río Bravo». Y terminó el conferenciante con una larga y sustanciosa cita de Octavio Paz: «Toda vuelta a la tradición lleva a reconocer que somos parte de la tradición universal de España... La tradición universal de España en América consiste sobre todo en concebir al Continente como una unidad superior y, por tanto, volver a la tradición española no tiene otro sentido que volver a la unidad de Hispanoamérica.»

Conferencia para aplaudir y que se aplaudió, pero sobre todo para hacer meditar.

TORRIJOS EN CUBA

EL pasado día 12 de enero llegó a La Habana, en viaje oficial, el general Omar Torrijos, jefe del Gobierno panameño, que fue recibido cordialmente por el pueblo cubano. Visita importante, que pudiera en el inmediato futuro mostrar muy positivas consecuencias.

No se facilitó nota oficial alguna al término de las conversaciones sostenidas entre el estadista panameño y el primer ministro Fidel Castro, aunque, evidentemente, fue tema central de tales conversaciones el conflicto doloroso del canal.

Según referencias de prensa fechadas en La Habana, se trató también de la próxima reunión de presidentes que tendrá lugar en la ciudad de Panamá, y se estudió la situación económica, política y social de la América hispana en estos instantes.

La prensa española recogió con interés las informaciones en torno a esta visita.

DINERO DE LA C.I.A.

TODA la prensa española, así como la Televisión y las estaciones de radio divulgaron el pasado día 17 de enero la siguiente nota: EFE NO HA RECIBIDO DINERO DE LA C.I.A.—«Rotundamente podemos afirmar que es absolutamente falso que la agencia Efe haya recibido nunca un subsidio de la C.I.A. norteamericana para sus operaciones de noticias en Iberoamérica», ha declarado la dirección de la agencia Efe en relación con un artículo publicado ayer por el «Washington Post», firmado por Walter Pincus, según un despacho de Cifra.

La dirección de Efe pone de relieve como la falsedad que la información entraña queda en evidencia por los propios hechos, y éstos fueron que al ser elegido presidente de Chile Salvador Allende fue el propio Gobierno allendista el que concertó un contrato con Efe para distribuir un boletín de la cancillería chilena a todas sus Embajadas en el mundo, a través de los canales de la agencia española, a la que reconocía todo crédito y veracidad y consideraba como una agencia de gran honestidad y probidad informativa en sus servicios y fundionamiento. El director de la agencia Efe ha dirigido, con fecha de ayer, una carta al «Washington Post» exigiendo la rectificación al artículo de Walter Pincus y reservándose las acciones jurídicas pertinentes.

AREILZA:

ESPAÑA Y EL MERCADO COMUN EUROPEO



DON José María de Areilza, ministro de Asuntos Exteriores de España, visitó, los días 7, 8 y 9 de enero, las capitales de la República Federal Alemana, Luxemburgo y Francia. Se entrevistó, en Bonn, con el ministro alemán del Exterior, Hans Dietrich Genscher; en Luxemburgo, con el ministro, y presidente del Consejo de Ministros de la CEE, Gaston Thorn, y, en París, con su colega Sauvagnargues.

Las entrevistas sostenidas por el diplomático español han sido consideradas, tanto en la prensa como en los medios oficiales de Europa entera, como un paso decisivo de cara a las futuras relaciones entre España y sus vecinos continentales y, sobre todo, con el Mercado Común.

Las negociaciones entre la Comunidad y España, congeladas por decisión comunitaria desde otoño pasado, serán, al parecer, reestablecidas próximamente, y el señor Areilza manifestó públicamente que una nueva negociación podrá llevarse a cabo, en el marco de la voluntad decidida de España de integrarse en el ámbito económico, político y cultural de las instituciones y los países europeos. Es posible, también según el propio Sr. Areilza, que estas negociaciones se prolonguen, aproximadamente, dos años.

Paralelamente a este movimiento, y sin conexión con él, ni relación de causa a efecto, España —siempre de acuerdo con las palabras del ministro— está ya acometiendo una profunda tarea de transformación política y social, dentro del marco de las leyes vigentes. En esta línea de cambios y adecuaciones de la acción política a la realidad del país, el Gobierno de Su Majestad establecerá el cauce necesario para el establecimiento de partidos políticos y para la convocatoria de un proceso electoral directo, para no más tarde de 1977, y con exclusión explícita de los grupos extremistas, de la violencia y de las tentativas de ruptura de la unidad nacional.

El viaje de Areilza y sus declaraciones han sido seguidos por la opinión pública europea con suma atención y respeto. Ha

tenido muy especial interés la larga entrevista que el ministro sostuvo con un grupo de representantes de los trabajadores españoles en Alemania, que le plantearon, con absoluta franqueza, sus problemas. En la actual situación española, con una base económica notable —España es ya, como ha señalado el propio Areilza, la décima potencia industrial del mundo—, y un pueblo que ha mostrado su serenidad

y madurez en forma inequívoca, la posibilidad de una reordenación de la vida nacional, con una total participación democrática de los ciudadanos libres, es más que una esperanza. El viaje del ministro ha servido para que Europa conozca con exactitud esa posibilidad, que serán los españoles, sin intervención de nadie más, los que conviertan en hecho incontestable.



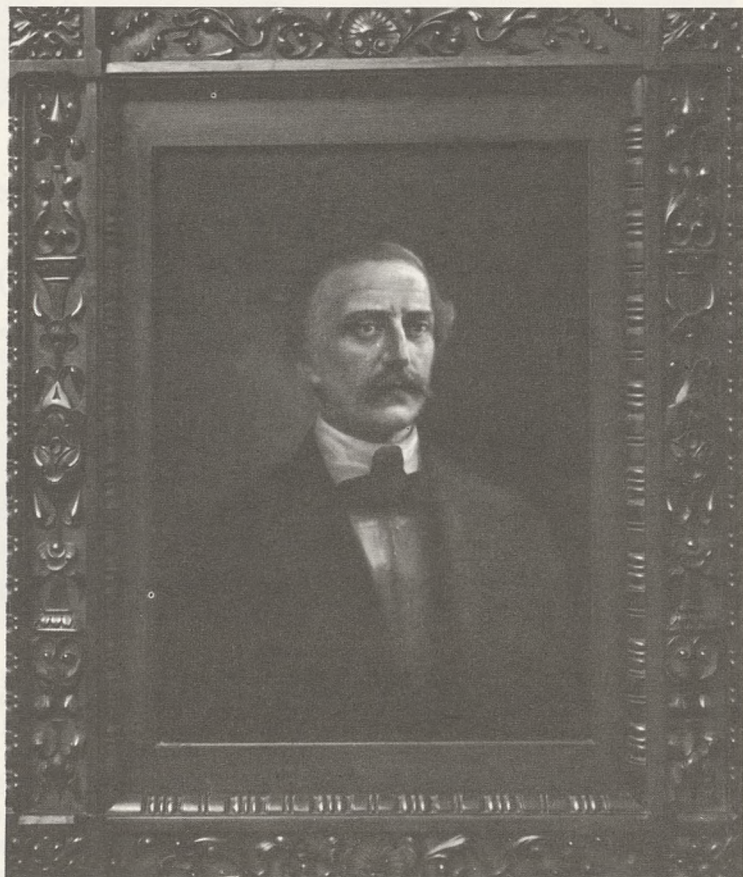
Hans Dietrich Genscher y José María de Areilza se saludan, ante la prensa, en el aeropuerto de Colonia-Bonn, al iniciarse la visita oficial del Ministro español.

EN EL CENTENARIO DE JUAN PABLO DUARTE

PATRIOTISMO Y FATALIDAD

«Perseguido por la fatalidad, echado como un vulgar malhechor de su país, errante en las selvas o solitario en medio de los hombres, pobre hasta carecer de lo más indispensable, privado del abrigo de un hogar y de los afectos más elementales, como el de la mujer o el del hijo, no doblega la cabeza ante el infortunio ni se le ve adoptar jamás una actitud destemplada. La resignación, una resignación verdaderamente heroica, es lo que caracteriza a este Job del patriotismo, para quien el destino parece haber cambiado el orden de sus leyes, pero quien en medio de su estercolero mantuvo intacta la niñez de su espíritu y conservó la virginidad de su ilusión que poseyó la virtud de ser interminable como la vida y eterna como la esperanza. No menos grande fue la energía moral con que Duarte mantuvo sus propósitos.»—

Joaquín Balaguer.



LA República Dominicana cuenta este año, como máxima efemérides histórica, con el cumplimiento de los cien años de la muerte de Juan Pablo Duarte, el fundador de la actual nacionalidad. Hijo de español y de criolla, vino al mundo el 26 de enero de 1813. Nueve años después, la invasión haitiana sometería a su yugo a la porción española de la Isla. Ardía la guerra de Independencia en toda la América. España se hallaba imposibilitada de actuar, cogida entre la guerra en América y la situación interna con los franceses, y Santo Domingo quedó bajo la férula haitiana. El padre de Juan Pablo Duarte no figuró entre los que aceptaron la dominación, pero tampoco salió al destierro. En cuanto su hijo estuvo en condiciones de seguir una carrera, lo envió a España. Aquí cultivó su inteligencia y acendró el sentimiento de amor a la libertad. Cuando regresó a su patria, en 1833, dijo, al preguntársele por lo que le había impresionado más en sus años de estancia en tierra española que «los fueros y las libertades de Cataluña». Y añadió Juan Pablo Duarte: —«Espero que un día demos nosotros a nuestra Patria esas libertades y esos fueros.»

Emprende en ese momento su larga lucha por la liberación de la tierra dominicana y por la creación de una patria independiente. La lucha contra el poderío haitiano del momento parecía una locura, una utopía. Hay mucho conformismo o fatalismo en el

ambiente. Duarte se convierte en un apóstol, en un visionario. Haití tenía cerca de un millón de habitantes, y Santo Domingo apenas setenta mil. Todo parecía conspirar contra el ideal de la emancipación, pero Duarte tenía tal fe, era tanto su misticismo patriótico, que no se desanimaba y arrastraba con él a jóvenes y más jóvenes. Un largo, terrible proceso de sufrimientos, victorias y derrotas, ingratitudes y persecuciones, medió entre su declaración de propósitos y la victoria final. Victoria que, como en tantos otros sitios, tuvo un amargo carácter de provisionalidad.

Con el triunfo de sus ideales comenzaron las mayores desdichas para Juan Pablo Duarte. Santana, que había sido un héroe militar en la lucha contra los haitianos, se transformó en el enemigo mayor que Duarte conociera nunca. Como a San Martín, como a O'Higgins, como a Artigas, como a Bolívar mismo, la victoria no le trajo sino el destierro. Juan Pablo Duarte es expulsado del país que había liberado con su tesón y con sus sacrificios. Pasa por Hamburgo, y vuelve a América, pero no a la Isla predilecta del Descubridor, sino al Continente. En el «hinterland» más lejano de Venezuela, allá junto a la frontera con Brasil, en Río Negro, se entierra Juan Pablo Duarte por más de veinte años. En silencio, sin una queja, sin recursos, está como hundido en la selva americana. Llega a no saber nada de él, y muchos le dan por muerto. Es oportuno, y justo, recordar que como en el

caso de Bolívar y de San Martín, en el del Padre de la Patria dominicana, apareció la mano amistosa de un español para aliviar los sufrimientos del patriota. Cuando Santana condenó a muerte a Duarte, fue un español, Juan Abril, quien consiguió, gracias a las firmas de numerosos padres de familia, que se conmutase la pena por la de destierro.

Hay en la existencia de Duarte un factor más doloroso aún que el padecido por sus pariguales del resto de América: él volvió del exilio, después de veinte años, pero no pudo morir en su tierra. Con el pretexto de una misión diplomática, que el prócer entendió siempre como una manera de alejarle, le envió otra vez a Venezuela, donde al fin le vino el descanso de la muerte en julio de 1876. No aceptó la dominación haitiana, ni la vuelta de la nación a la corona española. Quería pura y simplemente la independencia de su patria. España, por propia decisión de sus Cortes, se retiró de Santo Domingo en julio de 1865. La República quedó libre de nuevo, y Duarte pudo morir, alejado, pero feliz en la realización de su ensueño principal.

Entre los creadores de las naciones americanas independientes, él tiene un puesto excepcional. No se le conoce mancha de odio ni complacencia en la muerte de sus adversarios. No persiguió a nadie jamás ni tomó venganza nunca. Es un honor su figura para una nación.

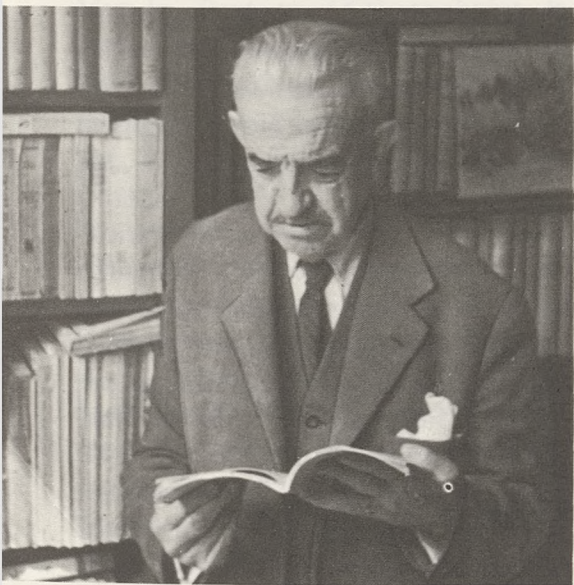


LADY Agatha Mary Clarissa Miller, que ocultó para siempre su nombre bajo la personalidad de Agatha Christie, ha muerto a los ochenta y cinco años, seguramente incapaz de sobrevivir a su gran personaje, Hercule Poirot, al que ella misma liquidó en su última novela. La vieja señora, sin duda, ha sido el autor más leído del mundo en el género policiaco, popular, sin pretensiones olímpicas, ese género para leer en el tren o en las tardes plácidas de los días de fiesta. Simplemente un juego, como el ajedrez —«un azar intencionado y dañoso», como dice Pedro Laín Entralgo—, la novela policiaca pura es un invento inglés, un invento descarnado, irónico, sin preocupaciones sociales y, sin embargo, un valioso testimonio de lo que es, en

su base, la cultura llamada occidental.

Agatha Christie fue habilísima en el uso de los trucos del oficio y dueña, en su lengua, de una extraordinaria facilidad para el relato directo, bien dialogado, simple y eficaz. En otros ámbitos culturales —la Francia del belga Simenon, los mundos misteriosos de Borges y Bioy Casares, el catolicismo escotero de Chesterton, el hampa de las grandes ciudades americanas, la bruma húmeda de Galicia en los cuentos de Emilia Pardo Bazán— las historias de crímenes fueron siempre algo más que un juego. En Inglaterra, la precisión, la ligereza y la voluntaria omisión de todo conflicto profundo, dejó la novela policiaca convertida en un buen jeroglífico, frío y humorístico. Agatha Christie fue en eso una maestra universal.

JOSE GARCIA MERCADAL



EN la noche del 31 de diciembre de 1975 falleció en su casa de Madrid el escritor don José García Mercadal, un erudito e investigador infatigable, muy ligado por su obra a la historia de España en su proyección americana.

Nacido en Zaragoza en enero de 1883, cursó estudios de derecho, pero inmediatamente después de doctorarse se dedicó al periodismo y al cultivo de las letras. En 1906 publicó su primer libro «Del jardín de las doloras», y abrió así una vida de publicista que a lo largo de casi sesenta años de trabajo ha dejado un saldo extraor-

dinario para la literatura y la historia.

Junto a su amplísima bibliografía española, de temas españoles, hay que destacar las aportaciones de García Mercadal al conocimiento de las relaciones entre España y América. A él se le deben obras fundamentales como la edición de Las Leyes de Indias, con palabras preliminares de S. M. Don Alfonso XIII, y los volúmenes infortunadamente no continuados, de las relaciones de Viajeros de Indias, documentos esenciales para el conocimiento de la sociedad, la cultura y el comercio en Hispanoamérica. En aquellos tiempos de la publicación de las Leyes de Indias, confeccionó García Mercadal un libro que sigue siendo de apasionante interés. Es el que se titula «Lo que España llevó a América», y que en su primera aparición ni llevaba nombre de autor, apareciendo simplemente como publicación del Departamento de Fomento e Inmigración que en aquella época atendía preferentemente las publicaciones de temas hispanoamericanos. Ese trabajo reapareció en 1959 en las librerías, gracias a una edición popular hecha por la Editorial Taurus en su colección Ser y Tiempo, ahora bajo el nombre del autor.

Estos títulos, con toda su importancia, no son sino una débil muestra del ciclópe-

trabajo realizado a lo largo de su existencia por García Mercadal. Basta pensar en los volúmenes de los viajeros por España, de la Editorial Aguilar para comprender que estamos ante un benedictino de las letras y del saber. Esta obra paciente, gigantesca, fue hecha, como en los tiempos de los grandes clásicos, a mano, trabajada página a página. Y no se limitó, naturalmente, a las transcripciones y recopilaciones. La obra que podemos llamar de creación, su obra de historiador, amplísima también incluye títulos como éstos: «Historia del Romanticismo en España», Premio Nacional de Literatura, «Cisneros», «Doña Germana de Foix», «Estudiantes, Sopistas y Pícaros», «Juan Andrea Doria», «La Princesa de Eboli», «Palafox», «El Príncipe de Viana», y muchos otros, amén de novelas, antologías de Ganivet, Azorín y Baroja y artículos de periódicos y revistas.

José García Mercadal, modesto, retirado en su sitio de trabajo, olvidado por muchos, estuvo en servicio a la cultura mientras conservó fuerzas para ello. Es el modelo del scholar, ajeno a las oriflamas del mundillo literario, y consagrado a una labor paciente, seria, importante. Su obra está ahí, irremovible, digna, utilísima para muchas generaciones.

EL CONGRESO DE PANAMA DE 1826 Y LOS PRESIDENTES AMERICANOS EN 1976



EL gobierno de la República de Panamá ha tenido la oportuna idea de celebrar los 150 años del Congreso Anfictiónico convocado por Simón Bolívar, con una reunión a la que asistan todos los presidentes de las actuales Repúblicas iberoamericanas. A pesar de las fricciones y diferencias creadas por la diversidad de personalidades, regímenes, ideologías y conductas, es muy posible que en 1976 Panamá reúna ciertamente a todos los portavoces de las naciones. No hay, hasta ahora, exclusiones por razón del origen de los gobiernos o de la ideología que sustenten. Estarán reunidos en Panamá, en junio de este año, el presidente de Cuba y el de Paraguay, el de Chile y el de México, el de Brasil y el de El Salvador.

Gobernantes a término fijo y gobernantes *sine die*, elegidos a través de las urnas o designados por una Junta, militares o civiles, vecinos con recelos o amigos entrañables, todos estarán, o deberán estar, allí donde Simón Bolívar quiso, sin conseguirlo, que acudieran en 1826 quienes representaban ya las naciones recién venidas al mundo político como entidades soberanas.

A primera vista, respondiendo a

una primera impresión, es casi impensable una reunión de esta clase en estos momentos. Hay una efervescencia política tal en Iberoamérica, están tan encendidas las pasiones y las posturas ideológicas, que resulta difícil concebir el abrazo, o aun la comparecencia en un mismo escenario, sin roces ni fricciones, de personalidades y de realidades tan distintas.

Pero hay motivos para creer que estos ciento cincuenta años que nos separan del Congreso Bolivariano no han transcurrido en vano. Bolívar sabía, desde mucho antes de Ayacucho, que la desunión de los pueblos americanos sería el único factor que impediría la grandeza del mundo que nacía en aquellos momentos. Conocía muy bien la fuerza que aún conservaban las potencias europeas, y adivinaba lo que llegarían a ser los Estados Unidos de Norteamérica.

Desde antes de 1810, ya comenzaba a pesar en la práctica comercial de los territorios de la Corona española en el Nuevo Mundo, la sombra de los incipientes movimientos norteamericanos hacia el sur. En cuanto se produjo la invasión francesa en España, y surgieron en Hispanoamérica aquellas Juntas que se pro-

clamaban fieles y defensoras de los derechos del monarca español, saltó sin demora la chispa de la conveniencia de unas relaciones comerciales de aquellos territorios aún españoles con la República del Norte, como se llamaba antonomásicamente a los Estados Unidos en 1810. Fueron nombrados cónsules norteamericanos en ese mismo año, y comenzó así a crecer la influencia que, aun cuando tropezaría durante mucho tiempo todavía con la presencia española y luego con la británica, acabaría por imponerse en todo el sur, desde México hasta la Argentina.

Bolívar concibió la unión firme, la Confederación como él decía, de las nuevas naciones, primero como una intuición nacida de lo moral, del sentimiento de identidad hispánica que era tan fuerte en él. Pero poco a poco, esa intuición se fue convirtiendo en una reflexión muy pensada y pragmática sobre la necesidad de unirse. Veía que cuando triunfaban las armas emancipacionistas, el poderoso mundo unido que la Corona mantenía como un gran todo, se vendría abajo, se dispersaría en numerosos fragmentos —naciones separadas—, con lo que sólo desdichas y debilidades so-

brevendrían para cada una y para todas.

Lo que Bolívar concibe, mucho antes de 1826, es la necesidad de una Confederación de Naciones, que produzca en la práctica el mismo resultado de unidad que la Corona supo impartirle a tan vastos territorios desde el cimiento de las Leyes de Indias, y partiendo de los primeros tiempos de la conquista y cristianización de América.

En 1815, hallándose en Kingston, Jamaica, escribe Bolívar al inglés Henry Cullen la profética «Carta de Jamaica». Allí habla de la unión que formarán en su día las naciones pequeñas —«los estados del Istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizá una asociación magnífica»— y anuncia la formación de una nación constituida por Nueva Granada y Venezuela, que llevaría el nombre de Colombia, y cuya capital sería bautizada Bartolomé de las Casas, en caso de que no se aceptase a Maracaibo como centro de la Gran Colombia. Y en 1822 se dirigió a los Jefes de Estado de México, Buenos Aires, Chile y Perú, para confederarse mediante una reunión en el Istmo de Panamá.

El lugar lo había indicado ya en la Carta de Jamaica, señalándolo como el centro helénico del Nuevo Mundo. Pero en 1822 no había la menor posibilidad de tal viaje de Jefes de Estado y a lo que se llegó, siempre bajo el incentivo de Bolívar, fue a la firma de Tratados de Alianza y Amistad, y al compromiso de confederarse un día.

En 1824, el 7 de diciembre exactamente, convoca Bolívar para el Congreso Anfictiónico de Panamá, en su carácter de Libertador-Presidente de Colombia (la actual Colombia, Venezuela y Ecuador, con Panamá como Departamento colombiano), y de Encargado de la Presidencia del Perú. Sólo dieciocho meses después, el 22 de Junio de 1826, quedó instalado en Panamá el Congreso, con la ausencia de Brasil, Chile, Bolivia y las Provincias de La Plata. No acudieron los Jefes de Estado, sino delegaciones de plenipotenciarios. Los resultados del Congreso fueron muy buenos, porque sentaron doctrinalmente las bases del entendimiento real y de la cooperación entre los pueblos americanos. Ciento cincuenta años después, están invitados a reunirse los Presidentes de América. Panamá es de nuevo el punto de una cita histórica.

CONVOCATORIA DE BOLIVAR PARA EL CONGRESO

Lima, diciembre 7 de 1824.

Excmo. Señor:

Grande y buen amigo:

Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América, por obtener el sistema de garantías que, en paz y guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos.

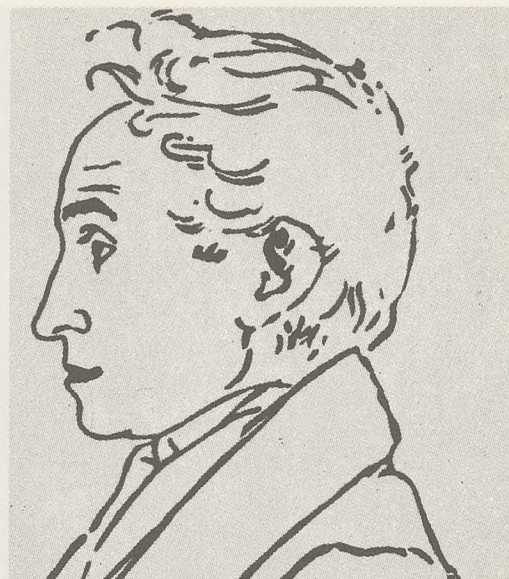
Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político, pertenece al ejercicio de una autoridad sublime, que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios, y cuyo nombre sólo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios nombrados por cada una de nuestras repúblicas, y reunidos bajo los auspicios de la victoria, obtenida por nuestras armas contra el poder español.

Profundamente penetrado de estas ideas invité en ochocientos veintidós, como presidente de la república de Colombia, a los gobiernos de México, Perú, Chile y Buenos Aires, para que formásemos una confederación, y reuniésemos en el Istmo de Panamá u otro punto elegible a pluralidad, una asamblea de plenipotenciarios de cada Estado «que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias.

El Gobierno del Perú celebró en seis de julio de aquel año su tratado de alianza y confederación con el plenipotenciario de Colombia: y por él quedaron ambas partes comprometidas a interponer sus buenos oficios con los gobiernos de la América, antes española, para que entrando todos en el mismo pacto, se verificase la reunión de la asamblea general de los confederados. Igual tratado concluyó en México, a tres de octubre de ochocientos veintitrés, el enviado extraordinario de Colombia a aquel Estado; y hay fuertes razones para esperar que los otros gobiernos se someterán al consejo de sus más altos intereses.

Diferir más tiempo la asamblea general de los plenipotenciarios de las repúblicas que de hecho están ya confederadas, hasta que se verifique la adhesión de los demás, sería privarnos de las ventajas que produciría aquella asamblea desde su instalación. Estas ventajas se aumentan prodigiosamente, si se contempla el cuadro que nos ofrece el mundo político, y muy particularmente, el continente europeo.

La reunión de los plenipotenciarios de México, Colombia y el Perú, se retardaría indefinidamente si no se promoviese por una de las mismas partes contratantes; a menos que se aguardase el resultado de una nueva y especial convención sobre el tiempo y lugar relativos a este grande objeto. Al considerar las dificultades y retardos por la distancia que nos separa, unidos a otros motivos solemnes que



emanan del interés general, me determino a dar este paso con la mira de promover la reunión inmediata de nuestros plenipotenciarios, mientras los demás gobiernos celebran los preliminares que existen ya entre nosotros, sobre el nombramiento e incorporación de sus representantes.

Con respecto al tiempo de la instalación de la Asamblea, me atrevo a pensar que ninguna dificultad puede oponerse a su realización en el término de seis meses, aun contando el día de la fecha; y también me atrevo a lisonjear de que el ardiente deseo que anima a todos los americanos de exaltar el poder del mundo de Colón, disminuirá las dificultades y demoras que exijan los preparativos ministeriales, y la distancia que media entre las capitales de cada Estado, y el punto central de reunión.

Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá, sería señalado para este augusto destino, colocado, como está en el centro del globo, viendo por una parte el Asia, y por el otro el Africa y la Europa. El Istmo de Panamá ha sido ofrecido por el Gobierno de Colombia, para este fin, en los tratados existentes. El Istmo está a igual distancia de las extremidades: y por esta causa podría ser el lugar provisorio de la primera asamblea de los confederados.

Difiriendo, por mi parte, a estas consideraciones, me siento con una grande propensión a mandar a Panamá los diputados de esta república, apenas tenga el honor de recibir la ansiada respuesta de esta circular. Nada ciertamente podrá llenar tanto los ardientes votos de mi corazón, como la conformidad que espero de los gobiernos confederados a realizar este augusto acto de la América.

Si V. E. no se digna adherir a él, preveo retardos y perjuicios inmensos a tiempo que el movimiento del mundo lo acelera todo, pudiendo también acelerarlo en nuestro daño. Tenidas las primeras conferencias entre los plenipotenciarios, la residencia de la Asamblea, como sus atribuciones, pueden determinarse de un modo solemne por la pluralidad; y entonces todo se habrá alcanzado.

El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público, y recuerden los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los protocolos del Istmo. En él, encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?

Dios guarde a V. E.

Vuestro grande y buen amigo,
Bolívar

El Ministro de Gobierno
y Relaciones Exteriores,
José Sánchez Carrión



SOLEDAD Y MISTERIO EN LA PINTURA DE JUAN STORM

LA presencia del pintor uruguayo Juan Storm, discípulo de Alceu Ribeiro y Torres García, se ha presentado en Madrid con carácter de verdadero acontecimiento, ya que el interés de esta obra es realmente excepcional en cuanto que viene a presentar una trayectoria desconocida en Europa de una de las ramas más importantes de la plástica contemporánea iberoamericana. Pues son pocos los herederos del maestro Torres García que han expuesto los frutos de su legado plástico en las galerías y museos españoles.

La pintura de Storm parte de un concepto detenido y meditado que no se lanza a aventuras precipitadas de realización sino que valora en cada momento una obra nacida de la reflexión y no de la casualidad y que en todo momento se viene remitiendo a un descubrimiento que de la realidad lleva a cabo de día en día y de la que queda testimonio en cada lienzo.

EL TERCER DIA DE LA CREACION

Alguien ha señalado que en lo mejor de las artes y las letras de Iberoamérica se desvela una conciencia equiparable a la que podría perfilarse en un hombre que tuviera ante sus ojos el tercer día de la creación. Algo de telúrico y misterioso, una tentación de espacio abierto y un instintivo temor al enclaustramiento, una esperanza de vida mejor y un convencimiento de enajenación y abyección llenan las mejores páginas y son un

eco indescifrable en el fondo de los cuadros más definidos.

EL CAMINO SIN LLEGADA

En este contexto la pintura de Storm se enfrenta con dos dimensiones: por un lado, con la necesidad casi insoslayable de reflejar en toda su intensidad de sentido en aquello que nos hace emocionantes y únicos las experiencias y las sensaciones que el hombre sufre y siente ante el gran espacio abierto, ante el horizonte que no es frontera sino desafío. De este sentimiento, de esta vocación de camino infinito, nace una concepción diferente de la pintura metafísica, que ya no es el espacio urbano sino el campo abierto el que se presenta poblado de misterios y presentimientos.

PLASTICA METAFISICA Y HUMANISMO ESENCIAL

En su segunda dimensión, esta pintura la marca y define un humanismo esencial; el emigrante que quiso hacer de América un mundo nuevo y mejor constata que éste es solamente distinto, que hay un algo de diferente en la manera de vivir y de trabajar, en la de contemplar y soñar en la otra orilla del Atlántico. Y esta dialéctica de la nostalgia se inserta en los más profundos sentimientos del hombre, se enreda en sus palabras y sus melodías, asoma a las imágenes con que intenta dar cuenta y crónica

de lo que ocurre y en todo ello nace un nuevo humanismo, esencial y americano, hecho de soledad, de inacabables repertorios de tristezas; y aún cuando los colores se vistan de fiesta para narrar la desnudez de una semidiosa o el júbilo vegetal de un paisaje, en el fondo de toda la obra campea la soledad y el silencio, la idea de que la condición humana es solitaria y las más de las veces enajenada e impotente.

ITINERARIO HACIA EL MISTERIO

En la obra de este artista americano que busca su inspiración en lo mejor de nuestra cultura europea, que se ha formado al lado de un maestro que fue como un puente de sensibilidad tendido a lo largo del Atlántico, hay un protagonista que adquiere carácter de gran símbolo: es un hombre triste, en un camino inidentificable, que puede ser el derrotero de las cuchillas uruguayas, pero que también es posible que responda a un intento de recorrer itinerarios hacia el misterio. Este hombre, casi siempre un jinete, diluido en una luz cenital no equiparable a ninguna realidad ni a ninguna presencia luminosa, es la gran alegoría del hombre americano que encuentra su origen en la nostalgia, su proyecto en la incertidumbre. Juan Storm hace su crónica; nos cuenta su hermético viaje y con ello nos proporciona algunas de las obras más sobresalientes de la pintura iberoamericana contemporánea.—R. Ch.

Por Luis María Lorente



LA emisión a la cual ha de darse prioridad en esta crónica de información filatélica hispanoamericana, es la relativa a la hecha por España conmemorativa de la proclamación de S.M. el Rey Don Juan Carlos I. Obligado es decir, que dentro de la historia del sello, ésta no es la primera serie dedicada a la accesión al trono de un monarca, sino que otros países lo han hecho y fueron los británicos los primeros que estimaron que un hecho de alto relieve había de ser perpetuado en esa clase de documento histórico, como es un signo postal.

La mencionada emisión española se forma a base de tres sellos, todos de 3 pesetas, es decir, el importe de una tasa de franqueo para dentro del territorio nacional o para cualquiera de los países de la Unión Postal de las Américas y España (UPAE). En uno de ellos, figura la efigie del soberano, en otro la de la Reina Doña Sofía, y en el tercero, ambas egregias personalidades. Este mismo dibujo sirve para la realización del cuarto sello, cuya tasa es de 12 ptas., con cuyo importe se puede franquear una carta para cualquier país de la Unión Postal Universal, a excepción de los antes incluidos en la UPAE, organización de carácter supranacional.

La forma de estampación es el huecograbado multicolor y las tiradas corresponden a estas cantidades: 30.000.000 de efectos, para cada uno de los de 3 ptas.; y 15.000.000 de ejemplares, para el 12 ptas. En cuanto a los formatos, dos sellos son de 28,8 x 33,2 milímetros, y los que pudiéramos calificar como gemelos, sus medidas corresponden a 33,20 x 33,20 milímetros.

Fecha de emisión, el 29 de diciembre de 1975 y, naturalmente, los sobres con matasellos de primer día, han estado solicitadísimos,

en una cantidad como nunca lo han sido las primeras obliteraciones españolas.

Cerramos esta información con la advertencia que, naturalmente, ya se está estudiando la realización de la serie general con la efigie del Rey, la cual será lo suficientemente amplia como para cubrir la densa variedad de franqueos hoy día necesarios. Además, si no hay cambio de criterio, por primera vez se expendrá un sello cuyo nominal será el de 100 ptas.

* * *

En cuanto a otras novedades, recientemente entradas en servicio, figuran las siguientes:

ARGENTINA.—Dentro de la denominación de Provincias argentinas, un 6 pesos se refiere a la de Chubut, figurando en su dibujo el Parque Nacional de los Alerces y un pozo de petróleo. También otro 6 pesos es para el centenario del Hospital de Niños. Y asimismo con tal nominal son estos otros motivos: Día de la Armada (figura la fragata 25 de mayo), Día de la Fuerza Aérea (figura Eduardo Bradley y el globo con el cual cruzó los Andes), Navidad-1975 (vitral de la iglesia de Nueva Pompeya en Buenos Aires).

BRASIL.—Para la Navidad se ha hecho un 70 centavos, en donde figuran dos cabezas de niños; y con igual precio hay otro sello relativo al Día de acción de Gracias, fiesta nacional establecida en 1949 por el presidente Dutra.

En cuanto a la II Conferencia Interamericana de Telecomunicaciones (Citel), hay un 5.20 cruzeiros; y sobre el 150 aniversario del nacimiento del Emperador Don Pedro II, se ha hecho otro 70 centavos. Se recuerda que precisamente en los tiempos de este soberano se emitieron los primeros sellos brasi-

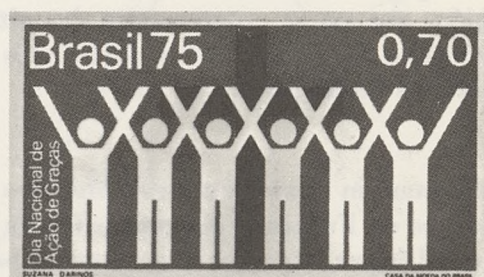
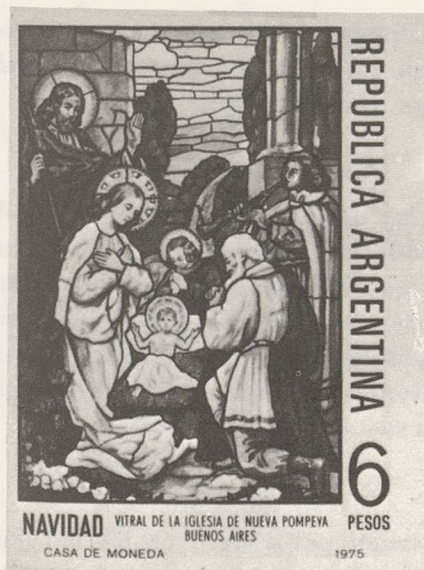
leños y él mismo figura en varias emisiones.

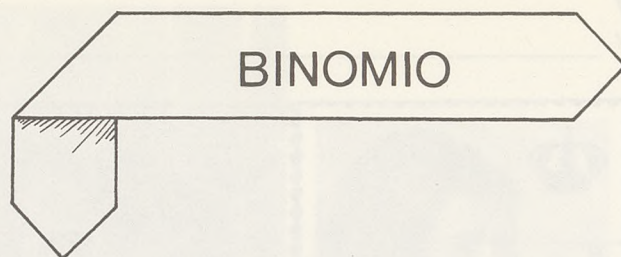
ESPAÑA.—Además de la emisión que ha servido para comenzar esta crónica, ha de hacerse referencia a los sellos de Navidad que son dos de: 3 y 12 ptas., con motivos del arte románico navarro. En el primero figura la parte central del retablo de esmalte del Monasterio de San Miguel de Aralar, y, en el segundo, un capitel de la Iglesia de Santa María la Real de Sangüesa, con la escena de la huida a Egipto.

A estos dos signos hay que sumar otros dos de: 3 y 7 ptas., puestos en servicio en el Despacho para el correo español en el Principado de Andorra, tomados de la iglesia de Ordíño, referido uno a la Natividad y el otro a la Adoración de los Reyes.

MEXICO.—Se celebra el primer centenario de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española, y un 80 centavos muestra su emblema. Por cierto, que en el folleto editado por la Oficina Filatélica Mexicana, sobre este sello, muestra en su portada a cuantos han sido presidentes de dicho centro.

También, como efectos de tipo conmemorativo están los siguientes: 1.º) Primer Congreso internacional de educadores del Tercer Mundo, 1,60 pesos, con el busto de Domingo F. Sarmiento. 2.º) VII Juegos Deportivos Panamericanos, 1,60 pesos. 3.º) Primer monumento al Maestro, 4,30 pesos. 4.º) Centenario del nacimiento de Julián Carrillo, 80 centavos, figurando en el mismo el busto del compositor. 5.º) 650 aniversario de la fundación del Gran Tenochtitlán, 80 centavos y 1,60 pesos, figurando en el primero el dibujo sobre tal fundación, como consta en el Códice Durán, y, en el segundo, el escudo de la ciudad de México.





por
MAXIMO

CIGARRON Y HORMIGAS

LO in-con-men-su-ra-ble. Lo in-mar-ce-si-ble. Lo por antonomasia arquetípico, protopatrio y Tras-Cen-Den-Tal.

En el cielo falsificado, un friso de mercenarias trompetas. En el cañón seco, cien estruendos de ordenanza. En la verticalidad aplastante, la nada en cueros. Y en el nefasto frontispicio de los fastos, la grandilocuente su-plantación de un eco.

Hormigas imantadas, retenidas, congeladas en el ardor del Trémolo.

Sinaí de cartón piedra, zarza de espadas, decálogo olímpico, maná de palabras.

Y en el suelo, al pie de las grandes botas columnarias, la sémola enfervorizada, los silenciosos aportadores de granitos de arena, los otorgadores cíclicos de márgenes de confianza, los subrayadores presenciales de oratoria épica, los protagonistas alicuotos de todas las promesas, los telespectadores maduros para la telespectocracia. Y también, que no se entere nadie, los altramuces díscolos, el semillero discordante, los silenciados presagiadores de monótonas catástrofes.

Resuenan en el aire Palabras Mayores y mágicas. Abre-tesésamos de Futuro y cierratesísifos de Pasado. Los más viejos del lugar, muertos hace tiempo, boquiabren la marcha esperanza al conjuro que aherroja al maligno y augura arcángeles. Y los más jóvenes del tiempo, nonatos hasta nueva orden, no salen de su uterino asombro.

Llueven guirnaldas recamadas de singladuras, granizan andaduras tachonadas de aperturas, relampaguean retos asidos por los cuernos, truenan caminos roturados al andar y se detiene un punto el viento de la Historia para escuchar anuente la canción inmóvil.

(Menestra floral de segundo, sopa de tropos de primero, estereotipos al horno de tercero, vinos de la tierra prometida, espumosos variados, de postre silogismos. Café, copa y puro.)

Vibra, bra el eco hueco. Una bandada de pájaros quizá se ha posado antropomórficamente al pie del prodigioso túmulo. Un cierzo inaudible y suspendido en la horizontal del decorado podría arremolinar en un momento los pájaros mosca: como un vendaval de hojas verdes, como una algarabía de imprevistos, como un enjambre de represados zumbidos, como una manifestación no autorizada de alegría, como un sueño de una noche de verano en el que todos los pájaros se posasen en el espantapájaros con gran deshilachado de estandartes.

Cubicado en sí mismo, aupadamente piramidal, cuspidico, habla, bla el Gran Paralepípedo, el Sumo Jerárcrata. El autoentronizado en torrenteras prismáticas. El revestido de investiduras esvásticas. El ungido por decretadas unciones. El Carismatikón.

O quizá no es él quien habla, sino su registro magnético, su disecada grabación, su robot de guardia, su transustanciación técnica varias veces secular.

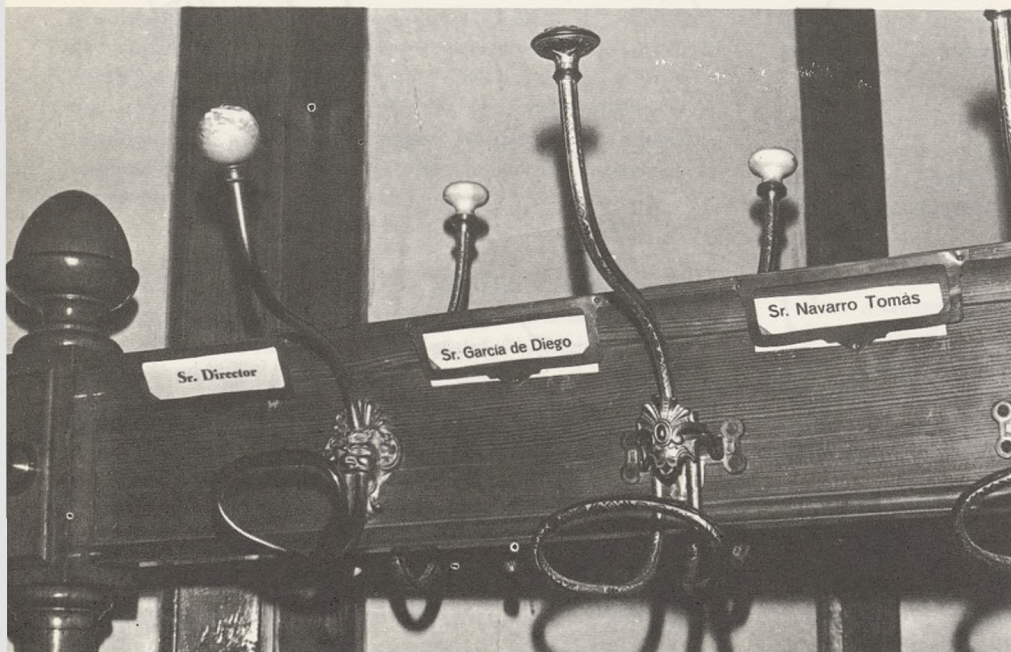
Los altramuces díscolos algo y aún mucho se huelen del subterfugio. Y de ahí que zarandeen con la mirada a las hipnotizadas hormigas del panal. Pero entre el gentío hay agentes acústicos, detectores de verdades, infiltrados vigías del poder estereofónico que desbaratan maniobras y desarticulan articulaciones para que el himno continúe y lo inalterable permanezca.

Aunque sólo la alteración permanece (Quevedo libre) y las palabras, después del discurso, logran ingresar en el silencio (Eliot textual).



Historia sentimental de la Real Academia Española

ANECDOTARIO «INMORTAL»



Don Ramón Menéndez Pidal y don Dámaso Alonso, dos grandes entre los grandes maestros que han presidido la Academia.

En la Biblioteca, la mascarilla de Fray Benito Feijoo.

La escalera principal de la Real Academia.

Percheros académicos.



Fernández Pacheco, su fundador, llegó a rehusar la mitra de Toledo.

Hubo una mujer académica. Casi dos siglos después de su fundación, la Academia no tenía casa propia.

Su biblioteca contiene más de de 80.000 volúmenes.

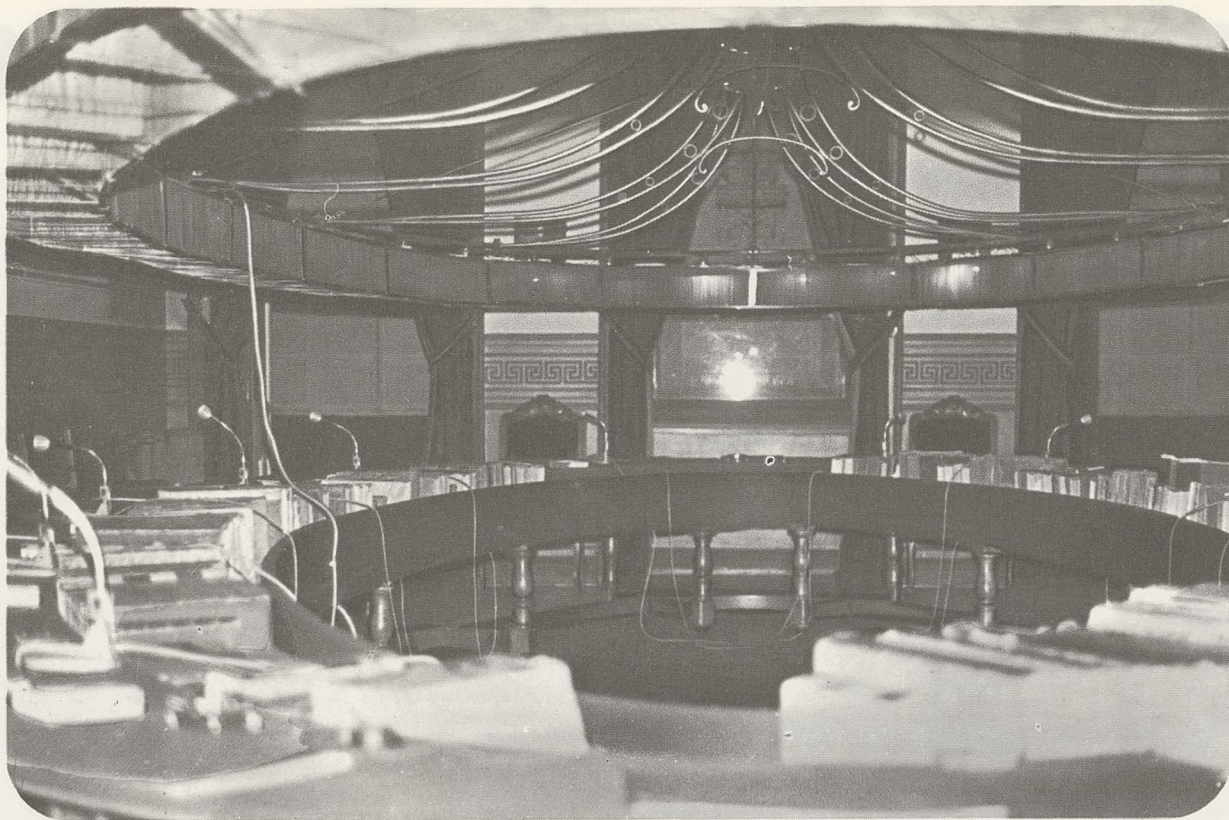
En el edificio actual viven el conserje y el portero.

Por E. Morales Cano

QUESTA creer que la Academia naciera como producto de la mente de un guerrero. Pero no otra cosa era su fundador, don Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena. Soldado aventurero, prisionero habitual de cárceles extranjeras, erudito y galante, este primer director de la Academia llegó a ser con el tiempo Mayordomo Mayor de Felipe IV; no descuidó por eso la vertiente casi escandalosa de su temperamento; como cuando rehusó —y ya es rehusar—, la mitra de Toledo. Cansado tal vez de su azarosa vida, reunió don Juan Manuel en su palacio de la Plaza de las Descalzas a amigos y conocidos y solicitó —y obtuvo— el permiso real para establecer una Academia al estilo de la de Crusa o a la misma de París. Eran sus fines, y teniendo por meta a la lengua castellana, «desterrar todos los errores que en sus vocablos, en sus modos de hablar o en su constitución ha introducido la ignorancia, la vana afectación, el descuido y la demasiada libertad».

ANTECEDENTES

Numerosos antecedentes, si bien de otro carácter, había ya en nuestra patria. Academias hubo, para la «práctica y el ejercicio de la poesía», tanto en Valencia como en Zaragoza; en Huesca como en Toledo; en Sevilla como en el mismo Madrid, si hemos de hablar de la



que existía en la casa del Conde de Saldaña; y no mencionemos las diversas «academias» —«De los Humildes», «Invitatoria», «Selvaje», «Peregrina», etc.— a que aluden los clásicos. Lo cierto es que, con un propósito tan integral, y animada del mejor espíritu, la Real Academia Española nace a la historia, y celebra su primera junta, el 6 de julio de 1713. Son ocho las personas que se reúnen. El 3 de agosto del mismo año, fecha de la primera acta, el número se eleva a doce; se habla ya entonces de la «Academia Española», nuestra Academia por antonomasia. Un año y dos meses tardaría sin embargo en contestar el Monarca: el «placet» vendría previas consultas con su confesor y con el Consejo de Castilla. La empresa, como se ve, no era nada fácil.

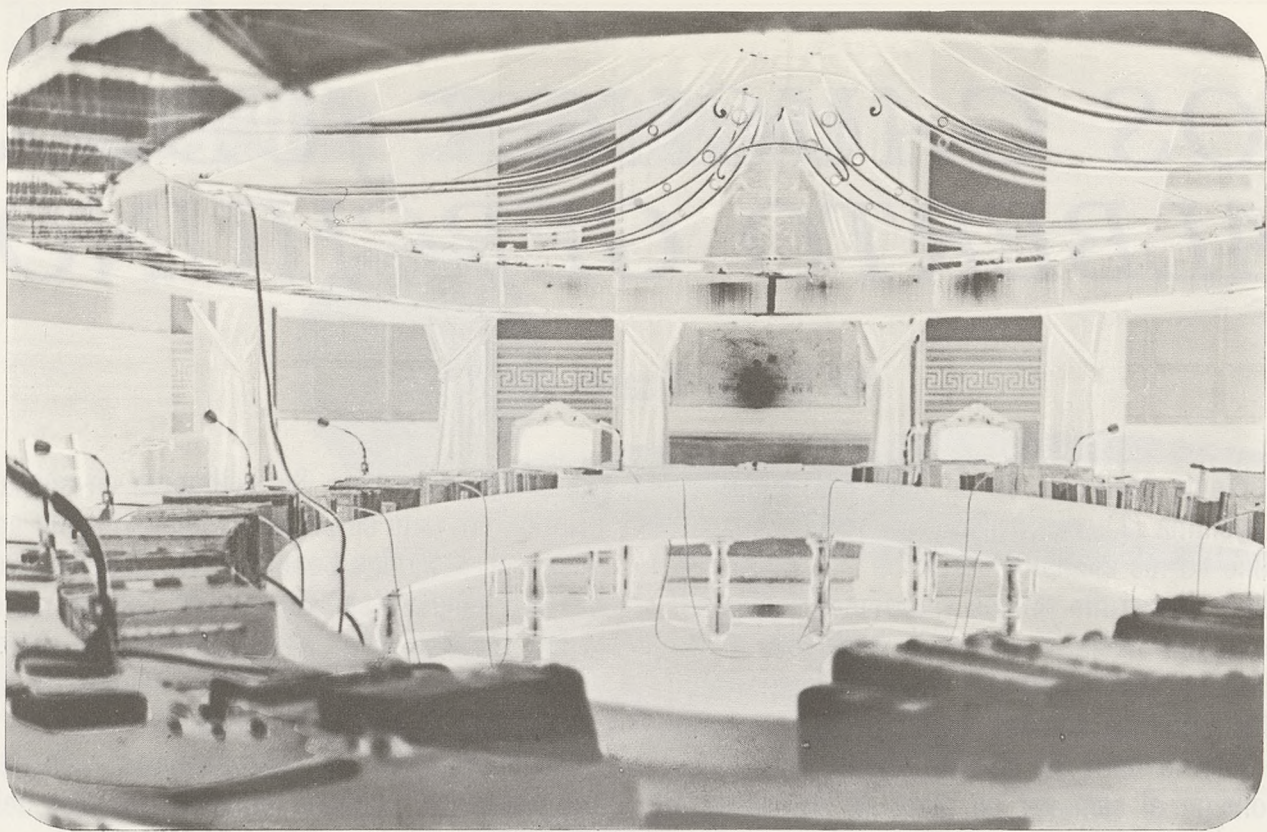
LA ACADEMIA VA; LA ACADEMIA VIENE

Ochenta años después de su fundación, la Academia no tenía casa propia. Su historia es una peregrinación; a veces un «Vía Crucis». Del palacio de la Plaza de las Descalzas, donde estuvo 40 años, pasa al domicilio de Carvajal y Lancáster; luego al del Duque de Alba. Fernando VI se la lleva en 1754 a la Real Casa del Tesoro, en el Palacio de Oriente, cuando todavía no está habitado por la familia real. Permanece allí otros 40 años, hasta que Carlos IV la emplaza en el antiguo Estanco del Aguardiente, en la calle de Valverde. Era el año de 1793. Por fin, el 1 de abril de 1894, y con discursos del Conde de Cheste, queda

inaugurado su actual y definitivo emplazamiento. Por cierto, permaneció este Cheste tan prolongadamente unido a la Academia (61 años en total), que de él se cuenta lo siguiente: «Señores, ¿hay quien conteste a una pregunta importante? ¿El Dante tradujo a Cheste, o Cheste tradujo a Dante?» 10 años de censor y 31 de director, con 10 reelecciones sucesivas, justifican el aserto. Murió a los 96 años de edad. El palacio inaugurado por Cheste se tardó en construir 9 años, su pórtico es del más puro estilo dórico ateniense, y las obras importaron más de 2 millones de pesetas. En la actualidad tienen en la Academia sus viviendas el conserje y el portero.

LAS MUJERES Y LA ACADEMIA

No pasa año sin que se discuta el acceso de la mujer a la Academia. Sería injusto, por otro lado, decir que las féminas han tenido cerradas las puertas. Porque «han entrado». Parece que, por capricho de Carlos III, en 1784 la Corporación recibió en su seno a María Isidra Quirina de Guzmán y la Cerda, hija de los Marqueses de Montealegre. Tenía 16 años y era —dicen— sabia y bonita. Leyó su discurso, «bastante gerundiano, por cierto», y no volvió a saberse de ella. Mejor dicho, la doctoraron en Alcalá al año siguiente, «con grandes fiestas», para perderse luego en el más oscuro de los anonimatos. «Bluff» o no, lo cierto es que María Isidra acaba por casarse con el Marqués de Guadalcazar, y termina



apaciblemente sus días en Córdoba. Consta, eso sí, que fue madre amantísima; y que adoró a su esposo... Sin embargo, flaco favor hizo a las mujeres. Desde entonces —y ha llovido—, ninguna representante del sexo femenino ha logrado un sillón en la Academia. Gertrudis Gómez de Avellaneda casi lo consigue, lo mismo que la Pardo Bazán; luego, la Academia publica una «Antología de poetisas líricas» y premia —como consuelo— a Carolina Valencia, a Concha Espina —dos veces—, y a María Jiménez de Salas.

UN SILLON GAFE

El promedio de vida académica es de 16 años; esto no quita para que algunos lo hayan triplicado. Campoamor estuvo 40 años; Fernández Navarrete, 52; Mesonero Romanos, 56; y hubo un consejero, Juan Curiel, que permaneció por espacio de 61 años y medio. Gabriel Álvarez de Toledo es la primera baja que sufre la Academia. Era bibliotecario y murió en 1714, a los 4 meses de ingresar en la institución... Y claro está, no es lo mismo «disponer» de un sillón que de otro. Si no, que se lo digan al de la «J»: 7 poseedores en 233 años. En este orden de cosas, el sillón «gafe» sería el «T», con 17 titulares.

LA ACADEMIA, HOY

En 262 años de vida ha conocido 25 directores; 22 secretarios; 19 censores; 15 biblio-

tecarios; 19 tesoreros; 14 vocales... Hoy, los cargos académicos se distribuyen de la siguiente manera: Director, Dámaso Alonso. Fue elegido en 1968 y reelegido en el 1971 y en 1974; secretario perpetuo, Alonso Zamora Vicente; censor, Emilio García Gómez; bibliotecario perpetuo, Vicente García de Diego; tesorero, Alfonso García Valdecasas; vocal adicto a la comisión administrativa, Manuel Halcón. Y ya que hablamos de comisiones, diremos que en la Academia hay hasta 12, algunas de las cuales se ocupan de las tareas gramaticales o de las meramente académicas y sociales.

Apartado importante es la Biblioteca, que cuenta con más de 80.000 volúmenes y está básicamente especializada en obras de Literatura y Filología. Investigadores, estudiantes, hispanistas, todos hacen uso de su maravilloso fondo bibliográfico. De 10 a 13 horas está abierta al público; la tarde se reserva a los académicos.

La Academia se rige por los «Estatutos» de 1859; los académicos se rigen por «estatutos» más personales, a la hora de las asistencias. Hasta el comienzo de este año, campeón es Vicente García de Diego, con 2.192; le siguen Gerardo Diego, Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso, con 1.147, 948 y 899 asistencias, respectivamente. Los «farolillos rojos» —si es que un académico puede serlo—, están personificados por Emilio Alarcos Llorach, Torcuato Luca de Tena y Tomás Navarro Tomás —si bien éste vive en Norteamérica—, con 29, 38 y 55 asistencias.

LOS GAUCHOS JUDIOS Y ALBERTO GERCHUNOFF

Por Marcos-Ricardo BARNATAN

UNA muy reciente reedición de un libro casi legendario en Argentina (1), reaviva el recuerdo de Alberto Gerchunoff, uno de los ejemplos literarios más claros de la asimilación y desarrollo de los refugiados judíos en América. Nacido en Rusia y emigrado a Buenos Aires durante su infancia, Gerchunoff vivirá en el campo argentino junto a los primeros colonos judíos que comenzaron a trabajar la tierra a fines del *siglo* XIX. Estos campesinos que traían consigo el samovar de plata de sus abuelos se compenetrarán rápidamente con los gauchos criollos, adoptando sus costumbres y sus vestimentas, y hasta llegar a convertirse en los míticos «gauchos judíos» que Gerchunoff evoca en estos cuentos breves y precisos, escritos con increíble maestría en la lengua nueva, el viril castellano de los hombres que hacían la patria en las grandes llanuras argentinas.

La literatura de Gerchunoff tiene su remoto origen en las tertulias familiares donde oyó por primera vez la palabra América y pudo imaginar un maravilloso país de libertad para su raza perseguida. Es el mismo impulso que hizo partir a los Berconsky de Odesa, que están en mi sangre, el que empujó a los Gerchunoff de Tulchín, a los pioneros de una corriente más tarde numerosa que buscó en Argentina un nuevo hogar, una nueva lengua.

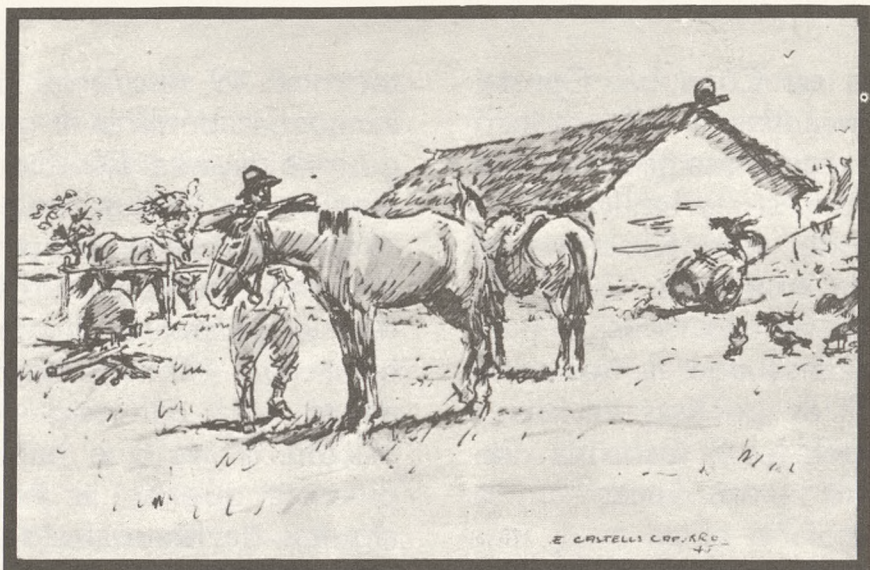
Gerchunoff se inició como periodista en el Buenos Aires de mil novecientos, mezclando la bohemia de las tertulias literarias con las reuniones políticas del Centro Socialista, donde conoció a Lugones y a Payró. Este último sería más tarde su maestro. Conservamos más de una fotografía donde se ve a Gerchunoff junto a Horacio Quiroga, Fernández Moreno, Lugones, Samuel Glusberg y Giusti. Diez años más tarde aparecerá «Los Gauchos Judíos», su libro más célebre, y en el que queda manifiesta su habilidad literaria, su vocación argentina, y una clara tendencia hacia el lirismo y la idealización de la vida campesina fundamentada en su experiencia campestre.

El libro apareció en un momento clave. Se celebraba el primer centenario de la Revolución de Mayo y por

tanto del joven país. Su exaltación en cierta medida patriótica del mito de un país potencialmente agrícola coincide con las Odas Seculares de Lugones. Los enemigos de Gerchunoff creen ver en esta actitud una claudicación a los que entonces dirigían al país, un sometimiento del «nuevo argentino» a los viejos dueños de la patria que constituían la élite gobernante.

En defensa del escritor debemos recordar las condiciones en que llegaban estos perseguidos del terror antisemita zarista, que en su nueva patria buscaron protec-

ción y libertad. Ambas cosas les eran concedidas por derecho propio y no por gracia especial por los gobiernos republicanos argentinos, que, aunque no eran la ideal «panacea democrática», ejercieron una política inteligente de absorción de los extranjeros que, al fin de cuenta, hicieron al igual que los fundadores el nuevo país. Gerchunoff así lo entendió y así lo testimonian estos cuentos escritos con



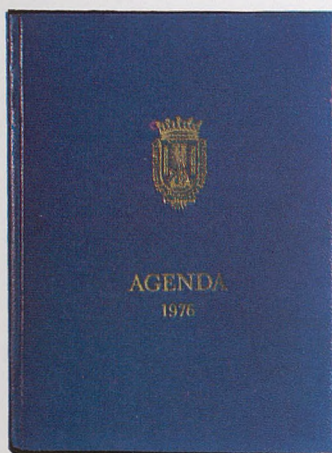
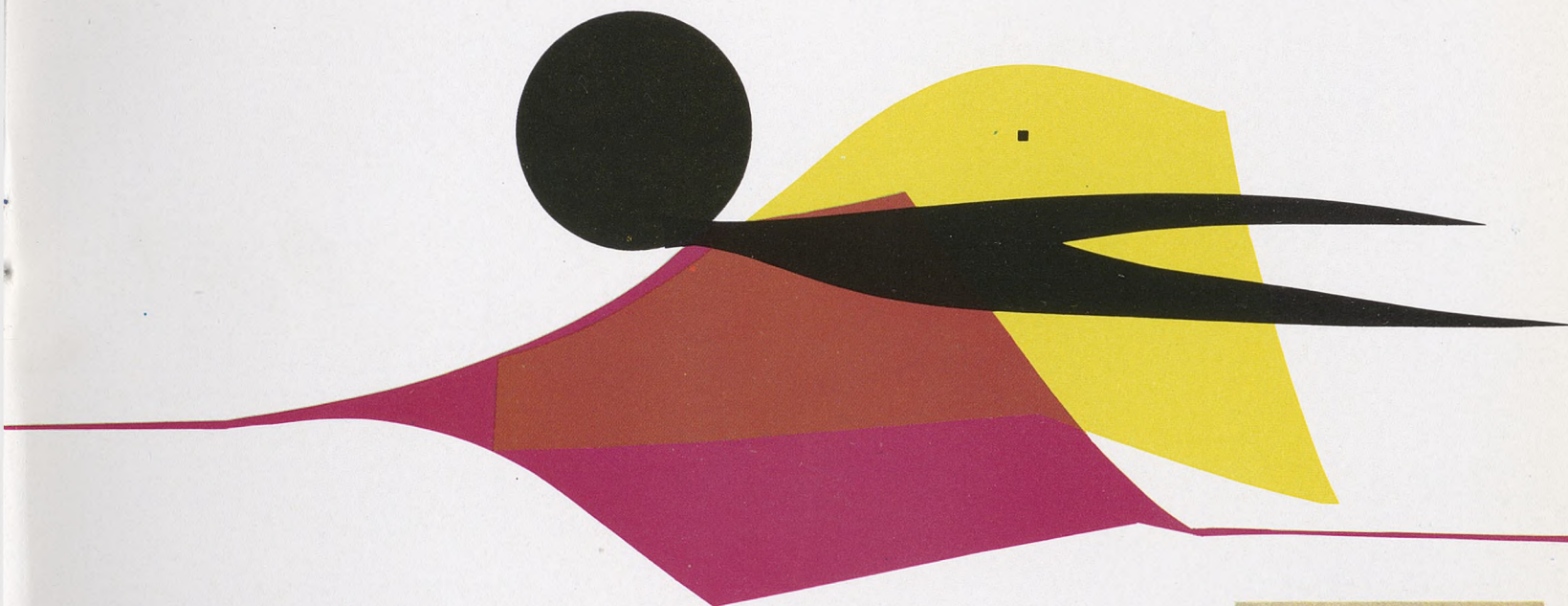
la fiebre auténtica de quien descubre con entusiasmo una vida nueva y fértil.

El intimismo de Gerchunoff, su lírico intimismo, será paradójicamente una de las formas de expresión literaria de una conciencia colectiva. Su literatura expresa con poca emoción y galanura el sentimiento de un pueblo milenario que, en el escenario joven de Argentina, vio renacer su identidad. Aún el sueño sionista, con Teodoro Herzl a la cabeza, no había concretado, y la vuelta a Sión era para muchos judíos del mundo ese largo viaje en las bodegas de los grandes buques que surcaban la ruta hacia América. Y al norte y al sur de un continente de ignorados perfiles crecieron con tenacidad y sacrificios las nuevas Jerusalenes.

Gerchunoff es un testigo de excepción de esa hora fundacional, y sus «gauchos judíos» un testimonio que invalida con su verdad los argumentos que siempre se esgrimieron en el ataque a los que siguen fieles a la Ley de Moisés.

(1) A. Gerchunoff. «Los Gauchos Judíos», Editorial Aguilar, Buenos Aires, 1975.

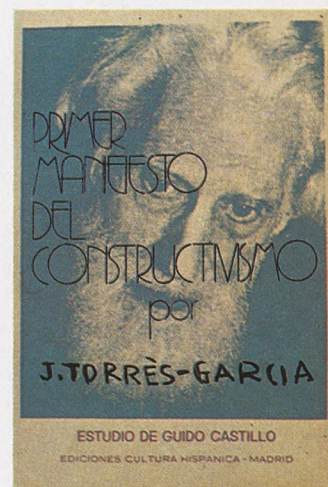
EDICIONES CULTURA HISPANICA



**AGENDA DEL INSTITUTO
DE CULTURA HISPANICA 1976**
Precio: 600 ptas.



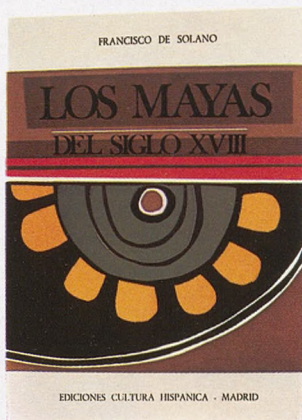
**ITINERARIOS POR LAS COCINAS
Y BODEGAS DE CASTILLA**
JULIO ESCOBAR
Precio: 175 ptas.



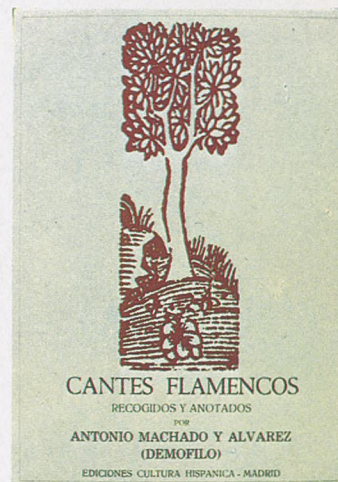
**PRIMER MANIFIESTO DEL
CONSTRUCTIVISMO**
J. TORRES GARCÍA
Precio: 2.500 ptas.



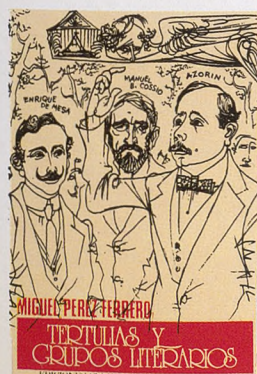
**ESTUDIOS DE HISTORIA
DEL PENSAMIENTO ESPAÑOL (siglo XVII)**
JOSÉ ANTONIO MARAVALL
Precio: 390 ptas.



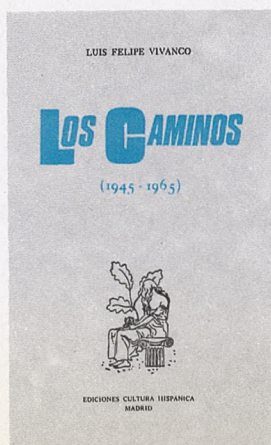
LOS MAYAS DEL SIGLO XVIII
FRANCISCO DE SOLANO
(Premio Nacional de Literatura
«Menéndez y Pelayo», 1974)
Precio: 575 ptas.



CANTES FLAMENCOS
DEMÓFILO MACHADO
Precio: 375 ptas.



**TERTULIAS Y
GRUPOS LITERARIOS**
(2.ª edición)
MIGUEL PÉREZ FERRERO
Precio: 275 ptas.



LOS CAMINOS
LUIS FELIPE VIVANCO
Premio de la Crítica «Sitges», 1974
Precio: 300 ptas.

PEDIDOS
INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA
Distribución de Publicaciones.
Av. de los Reyes Católicos, s/n. - MADRID - 3.



FRONTAL DE PLATA DE LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO (CORDOBA, ARGENTINA)